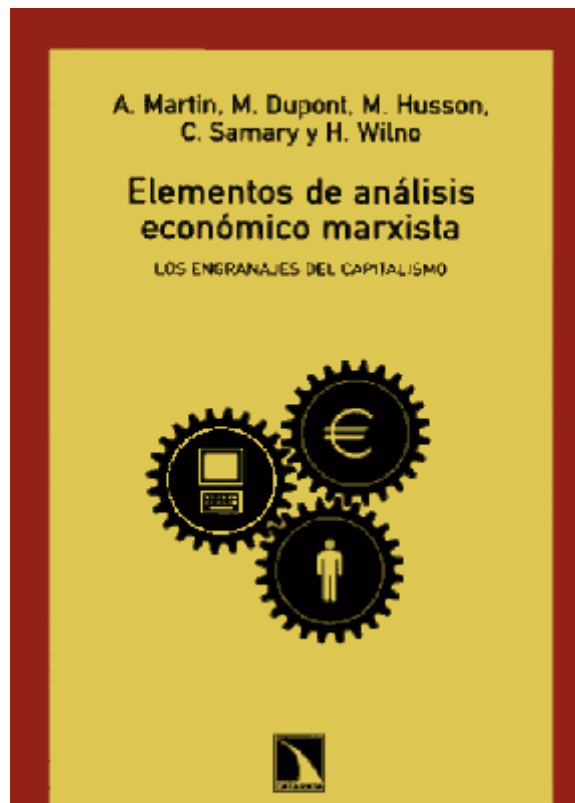


**A. Martin, M. Dupont, M. Husson,
C. Samary y H. Wilno**

**Elementos de análisis
económico marxista**

LOS ENGRANAJES DEL CAPITALISMO



Traducción: María Dolores Vivero García

Prólogo

Introducción

Capítulo 1 El valor y la explotación

Capítulo 2 La acumulación del capital

Capítulo 3 Las fluctuaciones económicas

Capítulo 4 El imperialismo y la economía mundial

Capítulo 5 La alternativa socialista: elementos para el debate

Pequeña guía de lectura

PRÓLOGO

LO QUE LOS MARXISTAS SABEN SOBRE EL CAPITALISMO

Este libro ha sido escrito con la voluntad de evitar un doble escollo: por un lado, el dogmatismo (“nada ha cambiado”) y, por otro, lo que se podría bautizar como el “replantearse todo” (“¡ ha cambiado tanto todo !”).

La parsimonia es un buen principio : apliquemos hasta el final la teoría marxista del valor-trabajo y veamos si chocamos con eventuales insuficiencias. Este método permite bastante rápidamente poner el proyector en el error común que encontramos como fundamento de las tesis de moda sobre el fin del trabajo y sobre las nuevas fuentes del valor económico.

Si el trabajo no es ya la única fuente de *riqueza* producida, entonces es lógico deducir que uno se puede enriquecer durmiendo y que el valor trabajo tiene que perder su centralidad. EL problema esta en que esas afirmaciones no resisten la prueba de los hechos.

SIN TRABAJO NO HAY BENEFICIO

La inmaterialidad creciente de las mercancías o el peso del trabajo intelectual en su concepción no cambian en nada las relaciones de producción básicas ni, en particular, la ley del valor. La cuestión planteada aquí es la de saber de dónde viene el beneficio : ¿ del trabajo o del ordenador ? Todo el proyecto de Marx ha consistido en desvelar, detrás de la engañosa apariencia, las relaciones sociales fundamentales. En el capitalismo sólo el trabajo es fuente y medida de valor y el beneficio se forma como un excedente. Es la diferencia entre, por un lado, la riqueza producida – que toma la forma de una enorme acumulación de bienes y servicios – y, por otro, lo que vuelve a los trabajadores. Esa diferencia se llama plusvalor y es repartida en función de reglas que atribuyen a los títulos de propiedad el derecho y el poder de extraer una determinada fracción de ese plusvalor. La redistribución puede tomar formas diversas: beneficios para las empresas, intereses para los acreedores, dividendos para los accionistas. La clave de interpretación marxista nos preserva del error consistente en confundir la creación del plusvalor y su reparto. En particular, el enriquecimiento financiero debe ser analizado como una captación del valor producido en el proceso de producción. Esa es además una de las grandes lecciones del “krach” de la nueva economía: privada de su sustrato mercantil, su valor bursátil se hunde...

El gran argumento de los teóricos del nuevo capitalismo es decir que el trabajo directo sólo ocupa ya un lugar subalterno dentro de la actividad productiva. La creación de valor económico pasa cada vez más por servicios inmateriales, por la circulación de la información; el conocimiento se ha convertido en un factor de producción en si mismo, cada asalariado es una especie de pequeño capital, y es la empresa como máquina colectiva la que produce realmente valor. Por eso el salario es una forma de remuneración superada que hay que completar fomentando el interés en los resultados de la actividad. No todo es falso en ese discurso, pero tampoco hay nada realmente nuevo. El capital ha sido siempre un poder social capaz de absorber en su beneficio las capacidades y las cualidades de los trabajadores, y en ese sentido es una relación social. EL capitalista compra lo que le hace falta para producir y revende su mercancía con un beneficio. Esa relación esencial no ha cambiado nada, y menos aún la ley que consiste para cada capitalista en reducir los costes al máximo y especialmente el coste salarial. No hay ninguna noticia de que el ensañamiento patronal en bajar los salarios, reducir el empleo y prolongar el tiempo de trabajo útil

haya desaparecido debido a una especie de evaporación del trabajo productivo.

Esta idea falsa, según la cual el trabajo no participaría ya en la producción más que de manera accesorio, se encuentra en la idea también falsa de una pérdida de centralidad del trabajo. Se trata en realidad de pura ideología que trata de justificar la persistencia de un paro masivo y de preservar el derecho de la patronal a emplear y a despedir “libremente” con el pretexto de que la verdadera vida está en otra parte. Los fundamentos de esta ideología han sido barridos por la significativa experiencia desarrollada en Francia en los últimos cuatro años, mediante la creación de empleo en un número récord, pudiendo comprobarse así que hace falta trabajo para producir y que los parados no han renunciado a pedir un empleo. En Francia la patronal acaba incluso de rendir una especie de homenaje del vicio a la virtud afirmando —en contra de toda evidencia— que el paso a las 35 horas reducía el número total de horas de trabajo: eso era admitir implícitamente que en eso reside la fuente de la riqueza social.

MUTACIONES DIFÍCILES DE DIGERIR

No se trata evidentemente de negar las transformaciones del trabajo, que son muy profundas: dilución del trabajo de concepción, horarios, teletrabajo, precariedad, polivalencia, intermitencia, auto-formación, especialización flexible, calidad, atención al cliente, etc. Obviamente, no se produce las mismas cosas ni de la misma manera que hace treinta o cincuenta años. De ahí a saltar apresuradamente a la conclusión según la cual las categorías clásicas de trabajo y de explotación están superadas, hay un paso demasiado rápido. Estamos hoy inundados por teorías nuevas que pretenden negar la validez de un análisis en términos de relaciones capital-trabajo y giran alrededor de la economía del conocimiento. Ya no se podría medir ni el trabajo ni el valor, y eso querría decir que ese nuevo capitalismo, bautizado por ejemplo como “cognitivo” o “patrimonial”, obedecería a leyes diferentes a las del capitalismo “clásico”, el que Marx tan bien teorizó.

Esa posición remite a leer a Marx con anteojeras, a hacer de él el teórico hoy superado de un capitalismo de la pequeña empresa (en gran parte, además, imaginario). Eso es un contrasentido absoluto, a la vez en lo que se refiere a Marx y, lo que es más grave, al capitalismo contemporáneo, debido a una lectura no dialéctica. Tenemos, por un lado, un sistema con su lógica inmutable, y por otro, las mutaciones del trabajo. La apología modernista consiste en decir que esas transformaciones bastan para cambiar el capitalismo, lo que supone atribuirle una plasticidad que no tiene. La crítica marxista consiste en demostrar que el capitalismo no puede digerir cómodamente una extensión del ámbito de la gratuidad y el paso a una organización cooperativa y democrática del trabajo que se han hecho posibles gracias a las transformaciones actuales. Frente a esas amenazas virtuales, todos los esfuerzos del capitalismo, a pesar de su pretensión de modernidad, están orientados hacia la preservación y la reproducción del cálculo económico mercantil más estrecho.

En lugar de esperar que la transformación social sea introducida por mero automatismo, como subproducto de las innovaciones tecnológicas, el marxismo revolucionario debe por el contrario suscitar las resistencias a la mercantilización. Se trata de contribuir así a ese cambio radical de situación, que haría pasar al movimiento social a la afirmación de aspiraciones anticapitalistas centradas en el derecho al empleo, a los servicios públicos y al tiempo libre, nociones todas ellas evidentemente extranjeras para el capital.

Dentro de esa perspectiva crítica este libro se abre con una exposición de la teoría marxista del valor-trabajo, pasa luego a una presentación de la dinámica del

capitalismo contemporáneo y esboza las perspectivas de su superación socialista. Ese nos parece el método correcto de un marxismo vivo, para el que la teoría no es un dogma sino un instrumento para comprender el mundo y para transformarlo.

Michel Husson

INTRODUCCIÓN

El panorama actual de la economía mundial presenta motivos suficientes para incitar a la reflexión y a la rebelión: desigualdades crecientes y paro masivo en los países capitalistas desarrollados, sobreexplotación de los trabajadores y miseria de la mayor parte de la población en el Tercer Mundo, hundimiento de la producción y pauperización de amplios sectores de la población en los países del Este a los que se les prometía un futuro radiante tras la caída del muro de Berlín.

La realidad actual del capitalismo triunfante se resume en las siguientes paradojas monstruosas: más de tres millones de parados según los cálculos oficiales en Francia, jóvenes abocados a empleos precarios, en un momento en que la duración del trabajo se halla bloqueada y en que se prolonga la edad de la jubilación. Mientras que cientos de miles de personas pasan hambre en el Tercer Mundo, la política agrícola europea pretende reducir las superficies cultivadas. Mientras que el Sida sigue haciendo estragos, resulta que *"la lógica económica conduce a ciertos gigantes mundiales de la industria farmacéutica a abandonar la búsqueda de una vacuna contra el Sida"* (*Le Monde* del 6 de mayo de 1994).

¡La *lógica económica*, ése es el gran dogma! La literatura económica y el discurso dominante tienden cada vez más a excluir la economía del debate democrático (en nombre de lo que "no puede ser de otro modo") y a denunciar como una ensoñación sin interés, incluso nociva, la más mínima crítica de la lógica y de las finalidades del sistema. Para los economistas que ocupan el primer plano de la escena, este mundo es el único posible.

Frente a esto, uno puede sentirse desarmado. Nada más salir de casa, el "mercado mundial" nos acosa: coreanos y japoneses están al acecho. En nombre de este nuevo "peligro amarillo", deberíamos cerrar filas con los patronos y los políticos aceptando, y gracias, la baja de los salarios y la degradación de las condiciones de vida y de empleo. Mientras tanto, sin temor a las acrobacias intelectuales, la teoría dominante explica que la armonía nace de la libertad económica: que las mercancías circulen, que los precios y los salarios fluctúen sin control, y así se fabricarán los mejores productos y el paro desaparecerá. Los mismos que dicen esto decretan que vivimos "por encima de nuestras posibilidades" y que tendremos que elegir, por ejemplo, entre empleo o protección social.

Para resistir a las implicaciones propiamente reaccionarias de estos discursos neo-liberales, hay que ir más allá de la aparente razón económica e intentar comprender cuáles son los principales resortes de esta maquinaria que nos destruye, hacia dónde nos lleva esta deriva de fin de siglo.

Estamos convencidos de que las herramientas teóricas del marxismo son más útiles que nunca para este trabajo de reflexión crítica sobre el mundo que nos rodea. La teoría económica no es en absoluto una "ciencia" monolítica y la crítica que hace Marx de la economía política de su época, (ese es el título del *Capital*) sigue siendo actual. Esta crítica ha sido continuada y enriquecida hasta nuestros días por economistas que no se han resignado ni al capitalismo ni a la desnaturalización del objetivo de otra sociedad por parte de las dictaduras burocráticas del Este.

El método marxista, al desvelar la realidad profunda, permite comprender las grandes tendencias del capitalismo contemporáneo. Este marxismo del que nos reclamamos no es pues un dogma intangible, cuya pureza habría supuestamente que preservar, sino que es, por el contrario, una herramienta conceptual que debe servir para el conocimiento y la acción. El proyecto de este librito es presentar los elementos

fundamentales del análisis marxista en torno a cinco cuestiones clave que corresponden, más o menos, a los siguientes capítulos:

- * ¿De dónde procede el valor de las mercancías y el beneficio?
- * ¿Cómo se reproduce la economía capitalista?
- * ¿Por qué las crisis económicas?
- * ¿Cómo funciona la economía capitalista internacional?
- * ¿Cómo podría funcionar una economía socialista?

Estas preguntas se sitúan en diferentes niveles teóricos, lo cual explica que los capítulos tengan un cariz más o menos abstracto. Las respuestas aportadas no son estáticas: están expresadas en el libro de manera sintética, conservan la huella de los debates que han tenido lugar a lo largo de la tradición marxista, e intentan ofrecer una introducción actualizada. Lógicamente, muchas cuestiones no se han tratado: por ejemplo, la situación específica de las mujeres en la economía capitalista, o los aportes de la ecología a la crítica del sistema. Otras, en particular el debate sobre el socialismo, adquieren un tono más problemático.

Estos límites son debidos al tamaño reducido del libro y a su objetivo, que es el de poner a disposición de todos, de una manera que esperamos sea accesible y no dogmática, los elementos fundamentales del análisis de economía marxista.

Capítulo 1

El valor y la explotación

La obra maestra de Marx, *El Capital*, se presenta como una crítica de la economía política: se trata de ofrecer un análisis global del capitalismo y de desvelar los mecanismos de explotación. Se trata también de establecer que el capitalismo es un modo de producción contradictorio y por ello destinado a ser sobrepasado.

Para esta demostración, Marx comienza por el análisis de la mercancía, ya que es el modo más evidente de iniciar el estudio del capitalismo: *“La riqueza de las sociedades en las que reina el modo de producción capitalista se anuncia como una ‘inmensa acumulación de mercancías’. El análisis de la mercancía, forma elemental de esta riqueza, será por consiguiente el punto de partida de nuestra investigación”*¹.

El estudio de la mercancía y del valor constituye la clave que permite entender la especificidad de la explotación capitalista. La explotación no es una invención del capitalismo, sino que, en el capitalismo, reviste formas nuevas y sus mecanismos se hacen mucho más opacos. En efecto, el asalariado puede pasar todo el tiempo en la misma empresa dando la impresión de que se le pagan todas las horas, como si no le diera ninguna gratis al patrón. El salario aparece, a los ojos del asalariado, como la remuneración del trabajo efectuado o, en otras palabras, como el precio de su trabajo. El salario y el beneficio parecen categorías casi naturales, de manera que resulta difícil discernir la realidad de la explotación tras la bella simetría con la que se nos presentan el beneficio del capital y el salario del trabajo. En este sentido, la teoría, en concreto la teoría del valor, permite desvelar la esencia de las cosas tras su apariencia.

Además, puesto que las mercancías son el producto del trabajo, estudiar la mercancía y su valor lleva a analizar la manera en que una sociedad organiza el trabajo de todos sus miembros, el trabajo social, para satisfacer sus necesidades. Cada sociedad resuelve a su manera este problema de la distribución del trabajo humano. El capitalismo posee un mecanismo regulador que actúa de manera inconsciente y sin embargo real. Marx denomina este mecanismo ley del valor. En la sociedad capitalista, es el valor el que organiza el reparto del trabajo social y el que, por ello mismo, regula la producción.

Marx dice del capitalismo que es *“un sistema de producción en el que la regla hace la ley únicamente gracias a un juego ciego de irregularidades que, en términos generales, se compensan, se paralizan y se destruyen mutuamente”*. Estudiar el valor permite así comprender por qué el capitalismo puede funcionar de manera duradera y por qué sus contradicciones lo exponen a crisis periódicas.

I. LA TEORÍA DEL VALOR

Nuestro objetivo aquí consistirá en trazar el razonamiento que permite establecer una relación entre salario y beneficio por un lado, y trabajo pagado y trabajo no pagado (sobre-trabajo) por otro. Marx emprende este recorrido en el primer capítulo del *Capital* y muestra que los precios están determinados, fundamentalmente, por el valor de las mercancías cuya esencia es el trabajo abstracto.

¹ Karl Marx, *El Capital*, Libro I, capítulo 1. Dado el gran número de ediciones, no daremos la referencia en lo que concierne a las citas del primer libro del *Capital*. Véase la “pequeña guía de lectura” que figura al final del libro.

1. Valor de uso y valor

“La mercancía es, en primer lugar, un objeto exterior, algo que por sus propiedades satisface las necesidades humanas de cualquier naturaleza. Que estas necesidades puedan tener como origen el estómago o la fantasía, no es determinante en este dominio”. Cada mercancía tiene pues su utilidad, ya que satisface una particular necesidad humana. Se dice que la mercancía tiene un valor de uso. Como cada una satisface una necesidad diferente, la utilidad de cada mercancía permite distinguirlas entre sí. Conviene precisar antes de nada que por mercancía se entiende un bien o un servicio reproducible, producto del trabajo humano y destinado a ser vendido en el mercado, lo cual excluye, por ejemplo, las obras de arte.

Estas mercancías diferenciadas entre sí son vendidas y compradas. Esto es posible porque poseen todas algo común, sin lo cual sería imposible compararlas y, por lo tanto, intercambiarlas. Esta “sustancia” común es el valor. Es una sustancia social que sólo existe en la medida en que dos individuos entran en relación para comprar y vender. ¿Cuál es su origen? Éste es el primer enigma que hay que resolver, por más que todo ello nos parezca evidente dado que estos intercambios tienen lugar cada día en la vida cotidiana. Pero, en realidad, esto sólo puede funcionar bajo determinadas condiciones que la teoría se propone sacar a la luz, interesándose más por el “por qué” que por el “cómo”.

Para Marx, la característica común de las mercancías es el hecho de ser producto del trabajo humano y es este hecho común el que hace posible su intercambio. Marx se sitúa, desde este punto de vista, en continuidad con lo que se llamará más tarde la economía clásica, cuyos representantes más conocidos son Adam Smith (1726-1790) y David Ricardo (1772-1823). Pero Marx (1818-1883) pasará por la criba de la crítica los aportes más decisivos de estos autores, especialmente lo concerniente al valor-trabajo, reformulando sus conceptos y resolviendo muchas incoherencias teóricas.

Se trata, sobre todo, de precisar de qué tipo de trabajo hablamos. La primera noción que hay que introducir es la de tiempo de trabajo socialmente necesario; y para definirla hay que dejar a un lado las capacidades individuales, para considerar el tiempo de trabajo empleado, como término medio, por un trabajador. Hay que tener en cuenta también el grado de cualificación del trabajo y distinguir el trabajo simple (menos cualificado) del trabajo complejo (más cualificado).

La segunda gran distinción concierne a la transmisión y creación de valor. Hay que distinguir el trabajo vivo directamente empleado por los trabajadores en un momento dado, y el trabajo pasado, también llamado trabajo muerto, que queda cristalizado, incorporado a las materias primas y a las máquinas.

Estas precisiones son útiles, aunque insuficientes todavía para garantizar la conmensurabilidad de los diferentes trabajos. La medida de la cantidad de un trabajo dado no plantea un especial problema; como dice Marx, *“la cantidad de trabajo en sí misma tiene como medida su duración en el tiempo, y el tiempo de trabajo posee también su medida en las partes del tiempo como la hora, el día, etc.”* Pero es necesario, además, que esta medida de la cantidad de trabajo empleado en el curso de la actividad individual pueda ser trasladada a una noción de trabajo en general. Marx llama trabajo concreto al trabajo en tanto que actividad técnica de producción específica que da lugar a un determinado objeto útil. Este trabajo concreto corresponde a la producción de una mercancía considerada como valor de uso. Del mismo modo que cada valor de uso es particular y se distingue de los otros, los

trabajos concretos son, por naturaleza, heterogéneos y se distinguen cualitativamente unos de otros.

¿Cuál es la operación que permite hacer abstracción de las características concretas de las diferentes formas de trabajo? No puede hacerse ésta por referencia a una cantidad definida de manera fisiológica, por ejemplo en calorías, ya que tal convención no podría corresponder a las particularidades del modo de producción capitalista que, por el intercambio, hace abstracción, también, de estas características puramente físicas. Lo que permite definir el trabajo abstracto es la socialización del trabajo por el intercambio en el mercado.

En esto estriba la originalidad del análisis de Marx, que introduce en este aspecto una ruptura con respecto a sus predecesores: la homogeneidad del trabajo "*no proviene de la naturaleza sino de la sociedad*", es el resultado de una relación social, históricamente dada. En una sociedad capitalista, es el mercado el que cumple la función de poner en relación los trabajos concretos: la igualación social de dos trabajos privados se lleva a cabo mediante el intercambio de dos mercancías que "*entran en sociedad*", como dice Marx.

Este fenómeno social no está organizado a partir de reglas o de codificaciones: esta "*igualación no es el fruto de actos individuales de productores mercantiles que medirían e igualarían sus trabajos previamente al intercambio, mediante alguna unidad de medida. Sería falso pensar que hay igualación de los diferentes trabajos antes del intercambio de las mercancías, por comparación con una unidad de medida dada y, después, un intercambio sobre esta base, es decir proporcionalmente a cantidades de trabajo previamente medidas e igualadas*"².

En el curso del intercambio, el mercado establecerá en qué proporción han de intercambiarse mercancías que tienen el mismo valor. Supongamos que tres horas de trabajo representan la media necesaria para la producción de un pantalón en un determinado estado de la técnica, y que hace falta una media de nueve horas de trabajo para producir un par de zapatillas de deporte, suponiendo un nivel de cualificación igual. La igualación por el mercado consistirá en establecer una equivalencia entre tres pantalones por un par de zapatillas de manera que, indirectamente, una hora de trabajo dedicada a la producción de un pantalón se intercambiará por una hora de trabajo dedicada a la producción de un par de zapatillas.

Esta discusión permite mostrar las particularidades de una sociedad capitalista. Las relaciones entre productores independientes sólo se establecen por medio del mercado, en forma de compras y ventas. Es pues el mercado el que crea un lazo social o, dicho de otra manera, una relación social entre productores privados; esta relación social adopta una forma objetiva: el intercambio de mercancías. Se dice que esta relación social está "cosificada" o "reificada" ya que la relación entre personas se materializa bajo la forma de relación entre cosas, entre mercancías. Por esta razón, y tomando la expresión de Adam Smith, la relación puede aparecer como resultado de procesos naturales, accionados por una "*mano invisible*".

Es también el intercambio, y la igualación de mercancías a que da lugar, lo que transforma el trabajo privado en trabajo social. Sólo en la medida en que los productos de trabajos privados encuentran comprador, al intercambiarse en el mercado, pueden estos trabajos aparecer como útiles para la sociedad y transformarse en trabajo social. Al mismo tiempo que el mercado transforma el trabajo privado en trabajo social,

² Jacques Valier, *Une critique de l'économie politique*, François Maspero, 1982, p. 49.

transforma también el trabajo concreto en trabajo abstracto. Este proceso de abstracción no se realiza en el mundo de las ideas, sino que es realizado concretamente por el mercado, mediante el intercambio de mercancías.

En resumen, la esencia del valor es un trabajo desprovisto de sus formas concretas y socialmente igualado por el mercado. Ese trabajo, característico del capitalismo, es llamado trabajo abstracto. El valor es la expresión material, en forma de mercancías, de ese trabajo abstracto. El trabajo abstracto es una "sustancia" social, que no existe fuera de las relaciones sociales establecidas por los productores en el mercado, y que se expresa en el valor de las mercancías. El valor tiene pues una doble dimensión: una dimensión cuantitativa, la medida del valor, que se expresa en tiempo de trabajo necesario en términos medios para producir una mercancía en una sociedad dada. Y una dimensión cualitativa, en tanto que relación social de producción que reviste la forma de un objeto.

2. Forma de valor, valor de cambio y moneda

Marx introduce a continuación una nueva distinción entre valor y valor de cambio: *"Aquello común que aparece en la relación de intercambio o en el valor de intercambio de las mercancías es, por consiguiente, su valor"*. El valor es la esencia común de todas las mercancías y el valor de cambio es la relación o la proporción en la que se intercambian las mercancías, y lo que permite expresar el valor.

Cuando se toma aisladamente una mercancía, es imposible estudiar su valor. Como dice Marx, *"por más que se dé vueltas a una mercancía tomada aisladamente, no será posible captarla como objeto de valor"*. El valor queda oculto y sólo se manifiesta cuando la mercancía es intercambiada por otra en una determinada proporción, que es el valor de cambio. Ello es así, según insiste Marx, porque *"los valores de las mercancías sólo tienen una realidad social (...) que únicamente se expresa en las transacciones sociales, en las relaciones de unas mercancías con otras"*.

El valor de cambio es pues la forma en que aparece el valor, y se trata de una dimensión cualitativa. Pero la dificultad está en que esta dimensión cualitativa se acompaña, evidentemente, de una dimensión cuantitativa: el valor de una mercancía aparece cuando se intercambia con otra, en forma de una proporción, de una relación de intercambio. Esta distinción entre la esencia, el valor y la apariencia, es decir el valor de cambio, es importante cuando se trata de expresar el origen de la moneda.

Marx demostrará que todas las mercancías expresan su valor en una determinada mercancía, el dinero, que se subdivide en cantidad de moneda. El valor de cambio se convierte en moneda, y la moneda es la forma de aparición del valor en el mercado. Dicho de otra manera, la moneda permite la expresión del valor en forma de valor de cambio. Las mercancías no se intercambian nunca directamente entre sí, sino que lo hacen siempre directamente e inmediatamente con la moneda.

Como la esencia del valor es el trabajo abstracto, este trabajo abstracto se objetiva, por consiguiente, en la moneda. El trabajo abstracto no se define pues sólo por oposición al trabajo concreto: el modo de existencia del trabajo abstracto es la moneda. Este análisis de Marx que distingue entre el valor y su forma de aparición, el valor de cambio, permite comprender por qué percibimos la realidad de otra manera.

Como todas las mercancías se intercambian por moneda, parece que la moneda y los precios encarnasen naturalmente el valor. Marx subraya así que la mercancía elegida para servir de moneda *"no parece convertirse en dinero porque las otras mercancías*

expresen en ella recíprocamente sus valores; al contrario, éstas últimas parecen expresar sus valores en la primera porque ella es dinero". El dinero y su expresión en precio adquieren una autenticidad social tan fuerte que se autonomizan.

Con la autonomización de la forma dinero, la dimensión cualitativa del valor de cambio queda disimulada en beneficio de la única dimensión cuantitativa: la mercancía "A" vale tanto dinero, y el dinero es su valor. Por consiguiente, la tendencia espontánea será la de atribuir a los objetos, y en este caso al dinero, poderes que no tienen, como el de ser el valor en lo que concierne a la moneda. Atribuir a los objetos poderes sobrenaturales es transformarlos en fetiches. El papel de estos fetiches es el de disimular el hecho de que el dinero es una forma de valor, que el valor está determinado por el trabajo abstracto, es decir el trabajo en general empleado en condiciones sociales muy particulares, las del capitalismo. Por esta razón, el análisis del fetichismo juega un papel fundamental³. Este análisis permite explicar que, en la sociedad capitalista, la explotación queda camuflada, apareciendo el Estado por encima de las clases sociales y no como el regidor de la plusvalía.

II. LA EXPLOTACIÓN CAPITALISTA

El capital se presenta inicialmente en forma monetaria, en forma de dinero. Pero por sí mismo el dinero no es capital. El dinero se convierte en capital sólo cuando "crea valor". Cierta suma de dinero es avanzada e invertida en la producción y, al término del proceso, el capitalista obtiene una suma de dinero más alta: el capital es pues valor que se auto-valoriza. Llegamos así a un nuevo enigma: ¿de dónde proviene esta capacidad para obtener beneficios?

1. El ciclo del capital

Retomemos más detalladamente las diferentes metamorfosis del capital a lo largo de su proceso de auto-valorización. El esquema siguiente resume estas diferentes etapas del ciclo del capital:

$A \rightarrow M \text{ (MP, FT)} \rightarrow [P] \rightarrow M+ \rightarrow [R] \rightarrow A+$

Al principio del ciclo, hay cierta suma de dinero, A, con la cual el capitalista compra las mercancías necesarias para la producción, a saber medios de producción MP (materias primas, energía, productos semiacabados, etc.) y fuerza de trabajo FT, lo cual constituye un capital productivo cuyo valor es igual a M. A continuación, viene la fase de producción propiamente dicha [P], cuyo producto se materializa en forma de nuevas mercancías cuyo valor ha aumentado, pasando de M a M+. Pero aún es necesario que estas mercancías pasen con éxito la prueba de la realización [R], es decir que sean vendidas por una suma de dinero A+, equivalente a su nueva magnitud.

En cada una de estas etapas, el capital cambia de forma. Al principio, es capital-dinero, que se transforma en capital mercancías con la compra de los medios de producción y la fuerza de trabajo. Éstos permiten la producción de nuevas mercancías que, a su vez, se transforman en capital dinero. El ciclo está cerrado: en la realidad, el

³ Véase, a este respecto, la sección 4 del capítulo 1 del Libro I del *Capital* sobre "el carácter fetiche de la mercancía y su secreto", que clausura el primer capítulo. Para un excelente análisis de la teoría del fetichismo en Marx, véase Isaac Roubine, *Essais sur la théorie de la valeur de Marx*, Livres "Critiques de l'économie politique", François Maspero, 1978; y para una aplicación de esta teoría al análisis del Estado, véase Pierre Salama y Gilberto Mathias, *L'Etat surdéveloppé*, La Découverte, 1983.

circuito está alimentado continuamente dentro de una empresa, pero las sumas avanzadas por el capitalista siguen todas este ciclo elemental. Y lo importante es que este proceso permite al capital revalorizarse: la suma de dinero A+ que revierte con la venta del producto es mayor que la aportación inicial. La diferencia entre las dos es la ganancia o beneficio.

2. La teoría de la plusvalía

La ganancia no tiene nada de natural. Al contrario, constituye una de las cuestiones más importantes a resolver por la teoría económica: hay que entender qué es lo que permite la existencia misma de este beneficio y no contentarse con constatar su existencia, hay que ir más allá de las apariencias.

La primera explicación posible sería la de un "robo" sistemático que intervendría en el momento del intercambio, es decir en lo que Marx llama la esfera de la circulación. Habría que pensar que el capitalista tima sistemáticamente a sus suministradores, a sus clientes y a sus asalariados en el momento de la compra y de la venta de las diferentes mercancías. Marx rechaza esta explicación, por razones evidentes desde un punto de vista lógico: *"en el intercambio, uno puede ganar lo que el otro pierde; pero esto no es más que una redistribución de la plusvalía en el seno de la clase del capital [que] nada tiene que ver con la determinación del valor propiamente dicho"*⁴.

Se trata pues de encontrar otra explicación, que aparecerá más claramente si se abandona el punto de vista del capital individual para considerar la sociedad en su conjunto y examinar cómo se hace el reparto global del trabajo. Éste puede desglosarse en dos partes: la primera es el trabajo necesario, necesario en el sentido de que corresponde a la producción de las mercancías que los propios asalariados van a consumir. La segunda representa el plus-trabajo, es decir el empleo de trabajo que va más allá, y cuyo producto puede denominarse plus-producto (o excedente).

La existencia de un plus-producto social es pues relativamente simple de interpretar a nivel de la sociedad considerada como un todo: significa que los productores trabajan más tiempo del necesario para su simple subsistencia. La aparición de un excedente es pues muy anterior al capitalismo: ya en la época del feudalismo, el siervo trabajaba una parte de la semana su parcela y otra parte las tierras del señor. La separación entre trabajo necesario y sobre-trabajo se materializaba de este modo, puesto que estaba, por un lado, el trabajo que el siervo dedicaba a producir sus medios de consumo y, por otro lado, el trabajo suplementario que le daba gratuitamente al señor.

Con el capitalismo, esta separación física inmediata desaparece, a causa de la división del trabajo: los asalariados ya no trabajan directamente para su propia subsistencia, como lo hacía el siervo cuando cultivaba su pedazo de tierra. Pero a pesar de la transformación de la organización social, la formación de un sobre-producto obedece a principios similares: la plusvalía, que cada capitalista se apropia en forma de beneficio, es la forma que adopta el sobre-producto en una sociedad capitalista basada en la explotación de los asalariados.

Para comprender cómo funciona esto, hay que imaginarse una gigantesca contabilidad en tiempo de trabajo a escala de la sociedad. Supongamos que el trabajo social haya sido de "H" horas de trabajo: es la medida del nuevo valor -del valor añadido, diríamos hoy- en el curso del periodo considerado. Hagamos abstracción del hecho de que los asalariados trabajan cada uno para un patrón privado e imaginemos que la sociedad

⁴ Marx, *Fondements de la critique de l'économie politique*, Editions Anthropos, 1967, tomo 1, p. 394.

forma una única empresa. Podemos constatar así que una parte de los asalariados se ocupa de producir bienes de consumo necesarios para la subsistencia del conjunto de los asalariados, mientras que otros producen bienes destinados a otros usos, por ejemplo máquinas que servirán para invertir. Si el trabajo de los primeros es igual a “h” horas de trabajo, el de los otros, es decir H-h horas de trabajo, representa el sobre-trabajo, o dicho de otra manera la plusvalía. Todo esto no es, en el fondo, más complicado que en la época del feudalismo, pero sólo aparece de manera clara a escala de la sociedad. Está claro que cada asalariado no pasa una parte de su tiempo trabajando para él, y otra parte trabajando para el patrón; pero si consideramos el conjunto de los asalariados, es esto lo que ocurre. La necesidad de dar este rodeo pasando por la perspectiva global deriva de la naturaleza de la relación salarial: el asalariado no produce su propia subsistencia sino que recibe un salario que le servirá después para comprar mercancías producidas por otros asalariados.

Podemos ahora volver al valor de una determinada mercancía y examinar cómo se desglosa. Una primera fracción de este valor global corresponde al capital constante, que Marx denomina así porque su valor no se modifica a lo largo del ciclo del capital. Esta categoría corresponde al uso de las máquinas y de las materias primas y productos semiacabados necesarios para la producción y que los capitalistas se compran unos a otros. Este intercambio, insistimos una vez más, no genera ningún beneficio. El valor de esta fracción del capital se mantiene pues igual a largo de todo el proceso de producción, se transmite y se incorpora al de las mercancías producidas.

El valor nuevo creado es equivalente al empleo de trabajo vivo. Se descompone a su vez en dos partes: el capital variable corresponde a la compra de la fuerza de trabajo, y el excedente constituye la plusvalía. Como puede verse, existe una estrecha relación entre la teoría del valor y la teoría del beneficio. La teoría del valor dice que el valor de una mercancía corresponde al trabajo necesario para su producción, y la teoría de la plusvalía establece que el beneficio es la parte de trabajo realizado por los asalariados que excede del necesario para la producción de las mercancías que ellos consumen.

3. La mercancía como fuerza de trabajo

La explotación capitalista no es otra cosa que la posibilidad para el capitalista de apropiarse del sobre-trabajo de sus asalariados en forma de plusvalía, y ésta última no es, a fin de cuentas, más que trabajo no pagado. La existencia de la explotación remite pues a una relación social particular, que es la apropiación privada de los medios de producción, y el hecho de que los asalariados ofrezcan su trabajo a cambio de un salario. Podrían imaginarse otras formas de distribución del excedente, de hecho han existido otras (como la renta, bajo el feudalismo) y existirán otras.

La condición central de existencia de esta relación social es, pues, que los asalariados vendan su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Marx introduce aquí una distinción importante entre trabajo y fuerza de trabajo. Lo que el capitalista compra no es “trabajo” en general, sino la capacidad de disponer del asalariado durante su jornada de trabajo. Y lo que le paga no es la totalidad del producto del trabajo que ha efectuado -si así fuera, desaparecería la ganancia- sino el precio de la fuerza de trabajo. Ésta última aparece pues como una mercancía de un tipo muy particular: comprándola y “consumiéndola” se puede ni más ni menos que ganar dinero y rentabilizar un capital. Esto es lo que lleva a Marx a decir que el valor de uso de la fuerza de trabajo es su capacidad para crear valor. La ganancia de cada capitalista viene, en efecto, de la diferencia entre lo que paga en salario y lo que obtiene por la venta de las mercancías producidas por el asalariado. Esta diferencia, como hemos visto, remite a la existencia, a escala de la sociedad, de un sobre-producto.

Pero el precio de la mercancía que constituye la fuerza de trabajo, en este caso el salario, tiene algo en común con el precio de cualquier mercancía: el hecho de representar el valor de las mercancías necesarias para su reproducción. Es ésta otra manera de expresar la teoría de la plusvalía: los asalariados trabajan “H” horas de trabajo, pero las mercancías que aseguran su subsistencia representan “h” horas de trabajo. La diferencia entre H y h es la plusvalía, que nos aparece bajo esta forma en la medida en que la fuerza de trabajo está considerada por el capitalismo como mercancía.

Esta voluntad de presentar la fuerza de trabajo como una mercancía semejante a otras tiene ciertos límites, y uno de los más importantes es que, a diferencia de cualquier otra mercancía, la fuerza de trabajo no se produce directamente en una fábrica capitalista. Ha habido algunas críticas absurdas que reprochaban a Marx el asimilar al hombre con una mercancía, como si esto fuera una prueba de perversión materialista. Esto es ridículo, ya que la especificidad de la fuerza de trabajo reside en el modo de determinación de su valor.

La reproducción de la fuerza de trabajo no está estrictamente determinada por exigencias fisiológicas, sino que constituye en sí misma una relación social. Con el progreso de la sociedad, la condición de vida de los asalariados tiende a mejorar a largo plazo. Porque el salario no corresponde al mínimo vital: incorpora la satisfacción de necesidades que son, en un momento dado, consideradas como socialmente necesarias. Esta definición varía pues en función de las luchas de clase que logran elevar el salario y, por consiguiente, modificar, digamos, las normas de producción de esta particular mercancía. Algunos han propuesto, por tanto, rechazar el concepto de fuerza de trabajo como mercancía y relegar la determinación del salario a una simple clave de reparto del beneficio resultante de la lucha de clases. Esto lleva, en realidad, a una complicación inútil con respecto a la teoría del valor: en un momento dado, el salario obedece a normas bastante estrechas y el valor de la fuerza de trabajo está estrechamente determinado, como en el caso de cualquier otra mercancía.

La concepción de la fuerza de trabajo como mercancía tiene, además, el mérito de introducir una distinción importante entre plusvalía absoluta y plusvalía relativa. En efecto, existen dos medios de aumentar la plusvalía sin alterar el poder adquisitivo de los asalariados. El primero consiste en alargar la jornada de trabajo: para un mismo capital variable, la plusvalía aumenta. Pero existe un medio más eficaz y más “progresista”, que consiste en disminuir el valor de la fuerza de trabajo gracias a un incremento de productividad en la producción de los bienes de consumo. Es lo que Marx denomina la plusvalía relativa, y este mecanismo juega un papel esencial en el capitalismo contemporáneo.

Por último, el salario obedece igualmente a otra determinación que deriva de la concurrencia de los trabajadores entre sí, es decir del peso que ejerce el paro sobre el salario. Marx hablaba del paro en términos de “*ejército industrial de reserva*”, que la acumulación de capital tendía a reproducir constantemente y que influía en la tasa de salario. Su formulación es absolutamente moderna: “*Las variaciones de la tasa general de los salarios no responden pues a las de la cifra absoluta de la población; la proporción diferente de la clase obrera que se desglosa en ejército activo y ejército de reserva, el aumento o disminución de la sobrepoblación relativa, el grado en el que se encuentra ora contratado ora no, en una palabra, sus movimientos alternativos de expansión y de contracción, corresponden, a su vez, a las vicisitudes del ciclo industrial, y es esto lo que determina sus variaciones*”⁵.

⁵ *El capital*, Libro I, capítulo 25.

III. LA COMPETENCIA: TASA DE BENEFICIO Y PRECIO

1. La formación de la tasa de beneficio

La capacidad de producir plusvalía depende de la tasa de explotación, también llamada tasa de plusvalía. Es la relación entre la plusvalía y el capital variable; resume la división del valor nuevo en trabajo necesario y sobre-trabajo. Globalmente, a los capitalistas les interesa que esta relación sea lo más elevada posible. Pero un capitalista individual no dispone de medio alguno para conocer esta relación, que sólo tiene sentido a escala global, y que le queda oculta bajo la reificación de las relaciones capitalistas. Lo que ve es su tasa de beneficio, es decir el beneficio que obtiene de su actividad capitalista, comparada con la aportación de fondos inicial. Mientras que la tasa de explotación compara la plusvalía (PI) sólo con el capital variable (V), la tasa de beneficio la relaciona con el conjunto del capital avanzado, que está compuesto por el capital constante y el capital variable (C+V).

Todo esto es lógico: si adelanto 100 francos me fijo en cuánta ganancia me dan, sin preocuparme por saber si sólo una parte de esos 100 francos es realmente "productiva". Pero esto plantea a toda teoría del valor un problema fundamental, que Ricardo había expuesto en su momento sin llegar a resolverlo, y que puede expresarse del modo siguiente: si es el capital variable lo que crea la plusvalía, entonces la tasa de beneficio será diferente de una rama a otra, en función de la composición orgánica del capital, es decir la proporción existente entre capital constante (C) y variable (V). Ahora bien, esto es contradictorio con la propia relación social capitalista, que se basa en la apropiación privada de los medios de producción e implica, por consiguiente, la competencia entre los capitales y la tendencia a la formación de una tasa de beneficio general. Uno de los principios de funcionamiento de ese modo de producción es el de asegurar, al menos tendencialmente, la igualdad entre capitales desde el punto de vista de su valorización. Pero una estricta proporcionalidad del valor de las mercancías con respecto al trabajo que contienen aparece como contradictoria con la igual rentabilidad de los capitales individuales.

2. La tendencia a la igualación de las tasas de beneficio

La solución a este problema es relativamente simple: la plusvalía se constituye a nivel del conjunto de la sociedad, a partir de la utilización del trabajo social, pero se reparte, según la norma capitalista fundamental, a prorrata de los capitales aportados. Las mercancías no se venden pues por su valor, estrictamente definido por la cantidad de trabajo abstracto que contienen, sino a precios de producción, obtenidos por la aplicación de la tasa de beneficio medio al coste de producción de cada capitalista. Esta transformación de valores en precios de producción realiza pues lo que Marx llama la perecuación de los beneficios, o dicho de otra manera, la repartición del beneficio global de manera igualitaria entre cada capitalista individual.

El punto esencial de este esquema es que no se puede repartir un beneficio mayor al de la plusvalía creada: la teoría de la plusvalía permite determinar la dimensión del "pastel", y la igualación de la tasa de beneficio mediante el establecimiento de precios de producción es la regla según la cual se reparte. Esta regla no siempre se respeta, pero ello no cambia nada a la dimensión del pastel. Esto quiere decir también, y esto es fundamental, que, incluso si el capitalismo concreto no conoce más que precios, una teoría del valor sigue siendo indispensable para comprender el nivel de la tasa de beneficio y, por tanto, la formación de los precios. Para decirlo como Marx, los precios de las mercancías no son más que valores transformados.

Pero ¿cómo tiene lugar esta operación en la práctica? Esta última cuestión ha sido oscurecida por respuestas inadecuadas, que decían, por ejemplo, que la uniformización de la tasa de beneficios se realizaba por desplazamiento de capitales. Pero en este caso, éstos deberían lógicamente dirigirse hacia los sectores de débil composición orgánica del capital, y el capitalismo sufriría una tendencia permanente a ralentizar la acumulación del capital, lo cual es contradictorio tanto con la concepción de Marx (*"Acumulad, ¡ es la ley de los profetas!"*), como con la lógica de la concurrencia capitalista. Tal concepción supondría además que la perecuación-transformación fuese un proceso en dos tiempos: los valores se formarían en un primer tiempo, y se transformarían después en precios. Esto supone olvidar que, en la realidad capitalista, sólo existen los precios: los capitalistas compran los medios de producción a su precio, pagan a sus asalariados, y añaden a estos costes una tasa de beneficio para determinar su precio. La transformación es una operación puramente teórica que permite pasar de un nivel de abstracción a otro: no tiene pues equivalente en el mundo real.

Quedaría por saber qué es lo que conduce en la práctica a una igualación de las tasas de beneficio y, para empezar, qué es lo que impide a los capitalistas fijar cualquier tasa de beneficio. La respuesta está en la dinámica del capitalismo: concurrencia entre firmas, innovaciones, sustitución de productos, régimen monetario más o menos permisivo, etc. No hay en el capitalismo una lógica de equilibrio: es un sistema en perpetuo movimiento. Cada capitalista individual, al invertir, modifica constantemente las normas de producción, es decir desplaza la definición del trabajo socialmente necesario: aquel que consigue producir de manera más eficaz consigue embolsar un sobre-beneficio temporal, que Marx llama plusvalía extra. Los otros se ven obligados a seguirlo, lo que contribuye a la igualación de la tasa de beneficio. Sin embargo, la igualación de la tasa de beneficio de una rama a otra es un fenómeno más difícil de comprender, en la medida en que no implica la confrontación directa, en un mismo mercado, de bienes semejantes. Pero los capitales individuales se confrontan de otro modo, a medida que los capitalistas se venden, unos a otros, mercancías. En el capitalismo contemporáneo, en que el régimen monetario autoriza una inflación permanente, la tendencia a la igualación pasa por movimientos de precios relativos que pueden verse empíricamente.

De todos modos, la formación de una tasa de beneficio uniforme no es más que una tendencia, que choca con numerosos obstáculos. Todo fenómeno de monopolio, ya sea natural (propiedad exclusiva de un recurso no reproducible) o artificial, permite captar una parte de plusvalía superior a lo que implicaría una igualación perfecta de las tasas de beneficio. El hecho de que el mercado sancione o no el que un capitalista individual se apropie de una tasa de beneficio superior a la media resulta, a fin de cuentas, de una relación de fuerzas que puede constantemente ser cuestionada.

Pero lo decisivo es que, en todos los casos, la ley del valor sigue funcionando con todo su rigor: ciertos capitalistas pueden ganar y otros perder, pero todos juntos no pueden obtener una plusvalía total superior a la que viene determinada, en un momento dado, por las condiciones de explotación.

La teoría marxista del valor se diferencia pues radicalmente de las teorías burguesas: según la primera, la plusvalía es una dimensión dada, cuya repartición tiende a hacerse de manera proporcional a los diferentes capitales; para las segundas, es una dimensión que parece resultar de la suma de los beneficios de cada capitalista. Esta presentación no es sino un calco de la ideología espontánea del capitalismo individual, de su visión del mundo. Pero lleva a dificultades, entre las cuales la teoría del interés constituye un ejemplo muy actual. Para Marx, el interés es una fracción de la plusvalía que se apropia el capital bancario en base a préstamos que ha hecho a los capitalistas

industriales: la tasa de interés es, en cierto sentido, indeterminada, deriva de las relaciones de fuerza entre estas fracciones del capital, y simplemente no puede exceder a la plusvalía, puesto que no representa, en el fondo, más que un modo de reparto de ésta. Para las teorías burguesas, el interés es una forma de ganancia que se añade a las demás, lo que lleva actualmente, cuando las tasas de interés han alcanzado niveles muy altos, a una visión de las cosas según la cual cada capitalista podría decidir, en definitiva, si invierte su dinero “productivamente” o lo juega en la Bolsa. Esta concepción es superficial y, para un marxista, salta a la vista: si todos los capitalistas invirtieran su dinero en bolsa, sencillamente no habría más producción de mercancías ni, por consiguiente, plusvalía, de tal manera que la fuente de beneficios financieros se agotaría en consecuencia. Este ejemplo muestra, una vez más, la diferencia entre la economía crítica y lo que Marx llamaba la economía vulgar: ésta última se limita -con mayor o menor cinismo, pero este es otro problema- a describir el mundo de la economía tal y como aparece a sus ojos fascinados.

3. El debate sobre la transformación

También se ha cuestionado la coherencia lógica de las ecuaciones de Marx, pretendiendo que cojeaban mucho.

Ciñéndonos a lo esencial de una controversia muy formalista, se ha pretendido que los medios de producción y la fuerza de trabajo (C y V) estarían expresados en valores, que la transformación sólo concerniría a la producción final, y que sería ésta la única valorizada en forma de precios. Llevando esta crítica hasta sus últimas consecuencias, se desemboca en un sistema de ecuaciones que, aparentemente, basta para determinar los precios de producción y la tasa de beneficio independientemente, pues, de toda teoría del valor. Si esta crítica estuviera realmente fundada, una buena parte de la construcción marxista se vería profundamente cuestionada y quedaría poca cosa de la teoría del valor.

Las ecuaciones utilizadas tienen, sin embargo, una rara particularidad, ya que suponen que los precios medios de producción (producidos en un periodo anterior) son los mismos que los producidos en el periodo en curso. Esta hipótesis es insostenible porque supone razonar en una situación de estado estacionario en la que los precios están determinados de una vez por todas, lo cual es contradictorio con la naturaleza expansiva del capitalismo. Si abandonamos esta hipótesis, el modelo deja indeterminada la tasa de beneficio y su pretensión de aportar una teoría del beneficio sin pasar por el valor queda pues rebatida.

La crítica de esta crítica permite mostrar cómo la dificultad, ya señalada por Marx, desaparece en el momento en que se razona a partir de una sucesión de periodos, tal y como lo expone Ernest Mandel: *“En otros términos, los inputs de los ciclos de producción corrientes son datos que se conocen al principio del ciclo, y no pueden surtir efecto retroactivo sobre la perecuación de las tasas de beneficio en las diferentes ramas de producción en el curso del ciclo. Para que desaparezca toda incoherencia, basta con suponer que ya están calculadas en precios de producción y no en valores, pero que estos precios de producción resultan de la perecuación de las tasas de beneficio durante el ciclo de producción precedente.”*⁶

4. La oferta y la demanda

⁶ Ernest Mandel, *Introduction* a la edición inglesa del *Capital*, Penguin Books, 1981.

Hay que distinguir el precio individual de una mercancía del precio de producción obtenido al aplicar la tasa de beneficio medio al coste total. La primera diferencia deriva de los obstáculos de todo tipo que se oponen a una perecuación absoluta de los beneficios. Existe además una segunda razón de desviación que deriva del juego de la oferta y de la demanda: a corto plazo, el precio varía en función de la presión relativa de la demanda. Pero esta determinación, según especifica Marx, sólo interviene después de la ley del valor: es ésta la que da cuenta de la formación del precio del producto en torno al cual fluctúa el precio de mercado. Esta relativización es absolutamente decisiva, ya que se opone a la teoría llamada marginalista o neo-clásica, que explica el valor por la utilidad marginal asociada al consumo de un bien. Sin entrar en los detalles de la crítica de esta teoría, que es hoy la teoría dominante, puede decirse que su defecto esencial es el de estar desprovista de toda teoría del beneficio, y de limitarse a modelizar mediante una formulación matemática la visión de lo que Marx llamaba la economía vulgar. En esta teoría, el salario es el precio del trabajo y el beneficio la remuneración del capital, y cada uno de estos factores juega un papel simétrico pudiendo substituirse uno al otro.

El valor de uso no debe por ello desaparecer del análisis: es cierto que, como hemos visto, no es este valor el que determina el valor de una mercancía, y no constituye su esencia. Sin embargo, para que el valor se realice, la mercancía tiene que ser vendida, y por lo tanto ser útil para el comprador, o dicho de otra manera, tiene que tener un valor de uso correspondiente al estado de la demanda social. Esto no está garantizado de antemano, y sería un error olvidar esta dialéctica entre valor y valor de uso, ya que juega un papel clave en el estudio de la reproducción del capital y de las crisis.

IV. EL VALOR DE USO DE LA TEORÍA

1. El capital es una relación social

Hemos señalado anteriormente que la teoría se interesa por el “por qué” de las cosas. Desde este punto de vista, hay dos grandes preguntas que se plantean de entrada a quien quiera comprender el funcionamiento del capitalismo: ¿qué es lo que permite a las mercancías, que son objetos diferentes, intercambiarse? ¿Por qué su producción da lugar a un beneficio?

Las respuestas aportadas por el análisis marxista combinan dos niveles. A nivel puramente técnico, la teoría aporta una respuesta coherente a las preguntas precedentes y permite, así, resolver lo que hemos denominado anteriormente los “enigmas” del capital. Primer enigma: las mercancías se intercambian en función de su valor, es decir de la cantidad de trabajo social que ha sido necesario para producirlas. Segundo enigma: la existencia del beneficio procede de la diferencia entre el valor creado por la fuerza de trabajo y lo que ha costado esa fuerza de trabajo. Estas dos respuestas son además coherentes entre sí: la teoría del valor y la de la plusvalía son necesarias entre sí.

Pero existe siempre en el análisis marxista un segundo nivel, el de la crítica de la economía política, que consiste en mostrar que el capital es una relación social. En otras palabras, la utilización de categorías tan evidentes como las mercancías, los precios o el beneficio remite fundamentalmente a la existencia de relaciones sociales específicas, que definen un modo de producción. Lo esencial de la teoría marxista reside en esta doble función: explicar cómo funciona, mostrar que esto no ha funcionado siempre igual y, por consiguiente, que podría funcionar de otra manera. A partir de estas bases teóricas, se puede construir una teoría dinámica del capital, que

parte de sus determinaciones más abstractas para ir hacia sus determinaciones más concretas.

2. El capital es una relación social contradictoria

Por su propio método, la teoría marxista lleva, de entrada, a subrayar el carácter contradictorio del modo de producción capitalista. Las categorías de la economía capitalista tienen, en efecto, una doble cara: por un lado, parecen naturales, incluso eternas. Pero analizando lo que hay detrás de tales evidencias, se ve aparecer inmediatamente cierto número de contradicciones. La más central es, evidentemente, la que opone los asalariados a los capitalistas: la lucha por el salario es una lucha permanente por el reparto del valor nuevo. La tasa de explotación, que mide este reparto, designa una relación económica, pero también una relación eminentemente social, que en cierto modo sirve de barómetro de la lucha de clases. La teoría de la explotación marxista está pues basada en una teoría de la sociedad en la que las clases sociales vienen definidas por su posición dentro de las relaciones de producción: por un lado, los capitalistas, que poseen los medios de producción, y por el otro los proletarios, que sólo pueden ganarse la vida vendiendo su fuerza de trabajo.

Los propios capitalistas no están unificados: la concurrencia capitalista da lugar a otra forma de lucha económica que opone entre sí a los detentadores de los capitales. Desde este punto de vista, cada uno de ellos tiene un doble objetivo: por un lado, pagar el menor número posible de salarios, y en esto están todos de acuerdo, pero por otro lado también extraer la mayor parte posible de plusvalía global. La tendencia a la perecuación resulta de estas acciones múltiples, pero cada capitalista intenta transgredirla todos los días. Esto no tiene sólo consecuencias funestas, ya que uno de los medios para conseguirlo es mejorar las capacidades para obtener un mayor beneficio, lo cual confiere al capitalismo su eficacia en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas.

Esta ausencia de coordinación consciente de la acción de los capitales individuales ha sido siempre objeto de admiración por parte de los defensores del capitalismo, que lo consideran como el mejor de los sistemas. Y sin embargo, los esquemas elementales que acabamos de presentar bastan para dejar entrever la posibilidad de crisis, puesto que nada garantiza automáticamente y a priori la realización del valor o, en otras palabras, la venta de las mercancías.

3. El capital es una relación social superable

El aumento del paro ha llevado a hablar de crisis del valor-trabajo. No se trata sólo de un juego de palabras. El capitalismo contemporáneo ilustra perfectamente la contradicción más fundamental que Marx discernía entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En efecto, puede decirse que las dificultades del capitalismo contemporáneo proceden del hecho de que, en cierto modo, ha funcionado excesivamente bien: ha desarrollado hasta tal punto la capacidad productiva de nuestras sociedades que su modo de cálculo económico, basado en los tiempos de trabajo, se convierte en inadecuado y lleva a regresiones sociales absurdas. Marx lo explicaba en un texto célebre que nos servirá de excelente conclusión a este primer capítulo:

“Desde el momento en que el trabajo, en su forma inmediata, ha dejado de ser la fuente principal de riqueza, el tiempo de trabajo deja y debe dejar de ser su medida, y consecuentemente el valor de cambio deja también de ser la medida del valor de uso.

El sobre-trabajo de las grandes masas ha dejado de ser la condición del desarrollo de la riqueza general. (...) Desde ese momento, ya no se trata de reducir en general el trabajo de la sociedad al mínimo. Ahora bien, esta reducción supone que los individuos reciban una formación artística, científica, etc. Gracias al tiempo liberado y a los medios creados en beneficio de todos. (...) El capital es una contradicción en proceso: por un lado, empuja a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo y, por otro lado, plantea el tiempo de trabajo como la única fuente y la única medida de la riqueza. Disminuye pues el tiempo de trabajo en su forma necesaria, pero para aumentarlo en forma de sobre-trabajo. (...) Por un lado, despierta todas las fuerzas de la ciencia y de la naturaleza así como las de la cooperación y de la circulación sociales, con el fin de hacer (relativamente) independiente la creación de la riqueza del tiempo de trabajo utilizado para ella. Y, por otro lado, pretende medir las gigantescas fuerzas sociales así creadas por el rasero del tiempo de trabajo, encerrándolas en límites exigüos, necesarios para el mantenimiento, como valor, del valor ya producido. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales –simples caras diferentes del desarrollo del individuo social- aparecen, desde la óptica del Capital, como simples medios para producir a partir de su base exigua. Cuando, en realidad, son las condiciones materiales, capaces de hacer estallar esta base”⁷.

Capítulo 2

La acumulación del capital

Tomando como hilo conductor la acumulación del capital, daremos cuenta, en este capítulo, de ciertos aportes de la teoría marxista al análisis del funcionamiento del capitalismo (en el capítulo 3, serán tratadas las fluctuaciones y las crisis) y abordaremos también algunos aspectos concretos de ese funcionamiento.

I. La especificidad del capitalismo moderno

1. La fórmula general del capitalismo

Marx resume la fórmula general del capitalismo del modo siguiente: D--M--D'. Es decir, al principio el capitalista, con un dinero (D), adquiere mercancías (M); después, cede estas mercancías a cambio de un dinero (D'). Pero D' es mayor que D, de lo contrario la operación carecería de interés para el capitalista. ¿De dónde viene la diferencia entre el dinero invertido al principio y el obtenido al final?

En el capitalismo comercial, la diferencia entre D y D' se explica por la capacidad del negociante para sacar provecho de la escasez de ciertos bienes (comercio de especias o de seda entre Oriente y Europa, en la Edad Media), o bien por su capacidad para engañar a sus suministradores y a sus clientes. El saqueo también puede contribuir a aumentar los beneficios. Pero eso no crea un valor nuevo: las ganancias de unos se ven compensadas por las pérdidas de los otros. Estos elementos no juegan más que un papel secundario en el capitalismo moderno que se desarrolla en el siglo XIX con la gran industria, ya que el beneficio procede del funcionamiento normal del sistema, creándose valor nuevo en el proceso.

Con D (el dinero), el capitalista compra en realidad dos tipos de mercancías:

a) medios de producción (máquinas, materias primas y energía): el valor de éstas se incorpora tal cual, sin sufrir aumento, a las mercancías producidas. Esta incorporación

⁷ *Fondements de la critique de l'économie politique*, tomo 2, p. 222.

es inmediata según se van utilizando, tanto en lo que concierne a la energía como a las materias primas. Tratándose de las máquinas, depende de su desgaste.

b) la fuerza de trabajo, que posee una propiedad particular (véase Capítulo I): la de crear un valor superior a lo que le costó al capitalista. El valor del producto del trabajo (lo que resulta de las ocho horas de duración media de trabajo del asalariado) es superior al valor del salario percibido por el trabajador: la plusvalía se la apropia el capitalista y da lugar al beneficio, que es lo que los capitalistas ganan como clase, y que se reparte según la modalidades que veremos a continuación.

2. La esencia del capitalismo

“Marx no buscó la esencia del capitalismo ni en un espíritu de empresa, ni en la utilización de moneda para la financiación de un conjunto de transacciones cuyo objeto fuese la consecución de una ganancia, sino en un modo de producción específico. Por modo de producción, entendía no sólo cierto estado de la técnica –que designó con el nombre de fuerzas productivas- sino también el tipo de propiedad y las relaciones sociales que se establecían entre los hombres en función de su relación con los procesos de producción. Así el capitalismo no era sólo un sistema de producción para el mercado –un sistema de producción mercantil, como lo llamaba Marx-, sino sobre todo un sistema en el que la propia fuerza de trabajo “se había convertido en mercancía”, adquiriéndose y vendiéndose en el mercado como cualquier otro objeto de intercambio... La mera existencia del comercio y de préstamos monetarios, o la presencia de una clase especializada de mercaderes y de financieros –incluso extremadamente ricos- no basta para constituir una sociedad capitalista. La existencia de hombres que manejen capitales extremadamente importantes –sea cual sea su capacidad de atesoramiento- no basta: su capital ha de ser empleado en asociar el trabajo a la creación de plusvalía en la producción.” Esta larga cita del economista marxista Maurice Dobb⁸ resume, mejor de lo que hubiéramos podido hacerlo nosotros, la concepción marxista del capital.

Es importante recordar esta especificidad del capitalismo oculta tras los engranajes del sistema que aparecen a la vista (Marx, en el *Capital*, califica la fabricación de plusvalía de “*gran secreto de la sociedad moderna*”, capítulo 6, Libro I, Tomo I). No sólo permite explicar las raíces del capitalismo, sino que también, aunque nos limitemos aquí tan sólo a señalar este problema, guía el análisis de ciertas realidades presentes como las de los países del Este tras la caída de las sociedades burocráticas.

II. La acumulación del capital y la competencia entre capitalistas

1. ¿Qué es la acumulación?

El hecho de que la producción capitalista repose sobre los asalariados hace que no exista, para una empresa, límite físico a la escala de su producción: si hay demanda para sus productos, siempre puede contratar asalariados suplementarios y, para emplearlos, puede aumentar el tamaño de sus instalaciones y comprar máquinas. El beneficio capitalista es entonces utilizado con dos fines: la satisfacción de las necesidades de consumo de los capitalistas y la adquisición de los medios de producción y de las fuerzas de trabajo suplementarias. Esta compra de medios de producción y de fuerza de trabajo suplementaria constituye la acumulación capitalista.

⁸ Maurice Dobb, *Études sur le développement du capitalisme*, François Maspéro, 1971, p. 18.

La organización de la economía y de la sociedad capitalistas proporciona, por una parte, la *posibilidad* de la acumulación: cada ciclo de producción crea un valor suplementario (se considera aquí el valor de la evolución de las empresas en su conjunto, ciertas empresas capitalistas en particular pueden perfectamente estancarse o hundirse), mientras que, por otra parte, la supervivencia de amplios sectores de la población depende de un empleo. Pero, en realidad, la acumulación no sólo es posible, sino que es *necesaria*. Cada capitalista está obligado a acumular para sobrevivir.

2. Acumulación y competencia capitalista

La primera razón de esta necesidad es la concurrencia entre capitalistas. En efecto, el funcionamiento del capitalismo no es explicable sólo por la oposición fundamental entre los capitalistas como clase y los trabajadores; está determinado también por la lucha entre capitalistas. La relación entre trabajadores y capitalistas regula las condiciones de *creación* de la plusvalía. La lucha entre capitalistas es una lucha por la *repartición* de la plusvalía creada por el trabajo de los asalariados, en la que cada capitalista trata de conservar su parte de beneficio, y si es posible de acrecentarla. El valor creado por los trabajadores de una empresa no se lo van a apropiarse necesariamente los capitalistas poseedores de esta misma empresa, al término de un ciclo de producción y de intercambio. Para esquematizar el problema, nos limitaremos al caso de empresas productoras de un mismo bien, por ejemplo el acero. El precio de un acero de una determinada calidad es único, pero las empresas productoras son diferentes: pueden necesitar más o menos materia prima, energía o mano de obra para producir la misma cantidad de acero, sus máquinas pueden ser de diferente coste.

Si el beneficio total de la rama “acero” se repartiese entre estas empresas proporcionalmente al número de asalariados que cada una emplea, cada patrón (a idénticas tasas de plusvalía) se beneficiaría de la plusvalía que ha conseguido obtener. Para ello, cada empresa tendría que vender el acero que ha producido a su valor individual, sea éste el que sea (pongamos $C+V+PI$, véase capítulo I), su tasa de beneficio sería igual a $PI/C+V$ y habría tantos precios del acero y tasas de beneficio como empresas que lo producirían en condiciones diferentes. En realidad, la existencia de un único precio de venta del acero corresponde al hecho de que el valor de un producto depende de las condiciones medias de producción. Hay pues una tasa de beneficio medio que depende de la plusvalía total producida en la rama (PI) y del valor total del capital invertido en la producción ($C+V$) por todas las empresas de la rama. El precio único tiene como consecuencia el que las empresas que producen acero en las condiciones medias de producción reciban la tasa media de beneficio; por el contrario, las menos competitivas ceden una parte de su plusvalía y reciben menos de la tasa media de beneficio; la situación es la contraria para las competitivas, que reciben más de la tasa media de beneficio y se embolsan una parte de la plusvalía de las anteriores⁹. En general, el ser más o menos competitiva depende de diferencias en cuanto a la mecanización de las empresas, pero puede depender también de otros factores como el ritmo de trabajo.

La competencia entre capitalistas sitúa a cada uno de ellos ante una alternativa: crecer acumulando capital o terminar por desaparecer. A través de esta concurrencia, se impone la “ley del valor”, es decir el hecho de que el mercado rechace a los

⁹ Esta exposición es muy esquemática: su objetivo es presentar el mecanismo de reparto del “pastel” entre empresas capitalistas de la misma rama. El “precio” del acero utilizado en el razonamiento es, más exactamente, el “precio de producción”. Este concepto y su relación con el precio de mercado han sido abordados en el capítulo I.

empresarios incapaces de seguir la evolución de las condiciones medias de producción.

3. La concentración capitalista

La forma en que se manifiesta la concurrencia capitalista varía según las épocas o según los sectores de producción. El capitalismo del siglo XIX, en su mayor parte, era un capitalismo de libre competencia: en cada rama había un número relativamente grande de empresas productoras y, en la mayoría de las ramas, la entrada de nuevas empresas era más o menos fácil. Hoy en día, esto ha cambiado: el capitalismo ha visto aparecer empresas gigantes (corrientemente llamadas “monopolios”) y un nuevo empresario tiene, a menudo, dificultades para implantarse. Esta concentración es fruto de la propia competencia: cada capitalista intenta crecer en detrimento de los demás. En esta lucha, las empresas más fuertes eliminan, absorben o toman el control de las más débiles. La concentración no significa siempre la desaparición jurídica de la empresa sometida: puede seguir siendo formalmente independiente aunque no disponga del poder real sobre su futuro¹⁰. La concentración capitalista consiste, esencialmente, en la reunión de diversos capitales bajo un mismo control. Está marcada por la internacionalización del capital y por una imbricación cada vez más estrecha entre capital financiero y capital industrial.

La concentración significa que los poderes económicos pertenecen cada vez más a una minoría cuyos intereses tienden a desligarse de los Estados nacionales (el comportamiento de las firmas multinacionales y, sobre todo, de los grupos financieros internacionales ilustra esta tendencia) (véase el cuadro). Esta concentración del poder no es contradictoria con una dispersión de la propiedad jurídica de las empresas entre millones de accionistas. El “capitalismo popular” no es sino una ficción: el pequeño accionista no tiene, en realidad, más derecho que el de cobrar un dividendo (cuyo importe viene fijado por los dirigentes de la empresa) y el de vender sus acciones. El hecho de que un asalariado posea acciones de su empresa no le ha servido nunca de garantía contra el despido. En realidad, se puede tener el control de una sociedad con una minoría del capital (un 20% y, a veces, menos).

En estas estructuras, la concurrencia entre empresas adquiere un cariz diferente. Ciertos acuerdos entre empresas, ya sean explícitos o tácitos, pueden suprimir por periodos más o menos largos la competencia por los precios: la competencia pasa entonces por la diferenciación (aparente o real) de los productos, su imagen valorizada por la publicidad, etc. Algunas empresas especialmente importantes pueden controlar más o menos el mercado del producto que fabrican. Pero la observación muestra que esta situación no anula el juego de la concurrencia a largo plazo.

Para terminar, cabe subrayar que esta concurrencia no significa, contrariamente a las ideas dominantes, una mejor satisfacción del consumidor. La concurrencia puede ejercerse sobre aspectos que nada tienen que ver con la mejora de la calidad real del producto: la competencia entre firmas de automóviles no desemboca en la construcción de modelos satisfactorios, tanto desde el punto de vista de la seguridad, como del de la ecología o del precio. En otro orden de cosas, la concurrencia entre escuela privada y escuela pública sólo beneficia a una minoría social.

El funcionamiento del capitalismo muestra pues, día a día, que sobre la base de la expropiación a los trabajadores del producto y del control de su actividad no puede

¹⁰ Para un resumen de los diferentes aspectos de la concentración capitalista, véase Jacques Gouverneur, *Les fondements de l'économie capitaliste. Introduction à l'analyse marxiste du capitalisme contemporain*, L'Harmattan/Contradictions, 1994.

edificarse una democracia ni de pequeños accionarios, ni de consumidores, ni desde luego de ciudadanos.

Las multinacionales y sus países de origen :

La relación entre empresas multinacionales y el país de origen es una cuestión compleja: ¿en qué medida las multinacionales “americanas”, “alemanas”, “francesas” o “suizas” son dependientes de los Estados en las que han nacido? ¿defienden los intereses imperialistas particulares de estos Estados? En el estado actual de internacionalización del capital, no hay seguramente una respuesta general a esta pregunta. Podemos apuntar, sin embargo, tres elementos de respuesta (sobre este tema, véase también el capítulo IV sobre el imperialismo):

* entre las multinacionales, sea cual sea su origen, no hay una solidaridad global que esté por encima de la competencia entre ellas y de los lazos con sus países de origen. Esto no excluye la existencia de intereses parciales comunes y de acciones coordinadas para hacerlos prevalecer.

* la imposición del lazo que la une a su Estado de origen depende de la importancia de éste. Así, una multinacional “suiza” (Nestlé, por ejemplo) u holandesa (Unilever) está más desligada de su base de origen que una multinacional americana o japonesa.

* las finanzas están más internacionalizadas que las demás actividades. Cuanto más importante es el componente financiero de un grupo multinacional, más probable es que su actividad sea independiente de los intereses inmediatos de su Estado de origen.

4. Acumulación, innovación tecnológica y lucha de clases

La acumulación capitalista no es un crecimiento extensivo, una reproducción siempre idéntica según la cual el capital se contentaría de comprar más máquinas y/o de contratar más asalariados. El capitalista debe estar siempre al tanto de los nuevos procesos técnicos para bajar sus costes en materia prima, en energía y, sobre todo, en fuerza de trabajo, aumentando la cantidad producida por hora de trabajo, es decir la productividad. Mediante la concurrencia entre capitalistas individuales, queda materializada la tendencia profunda de la producción capitalista: esa tendencia al crecimiento y al desarrollo sin límite de la producción en función del beneficio como criterio único.

La innovación tecnológica a que da lugar la acumulación no es independiente de la lucha de clases, y ello desde un doble punto de vista:

1. La adopción de ciertas innovaciones o transformaciones del proceso de producción o de gestión constituye una respuesta de los capitalistas a las resistencias de los trabajadores. Esto es muy patente en el automóvil¹¹. Así, el taylorismo en los Estados Unidos de finales del siglo XIX no tiene únicamente como objetivo el aumento de la productividad, sino que se trata también de permitir que la patronal pueda prescindir de los obreros más cualificados organizados sindicalmente y que pueda contratar a nuevos obreros sin formación profesional venidos del campo o inmigrantes sin tradición sindical. Del mismo modo, en Francia, ciertas transformaciones en la gestión de la mano de obra en los años 70 y 80 (grupos autónomos, desarrollo del trabajo temporal, etc.) constituyen la respuesta de la patronal a las huelgas-tapón de los OS del automóvil (huelgas parciales que eran capaces de detener toda la producción).

2. En general, cuando son posibles varias soluciones a un problema, la patronal elige espontáneamente la que permite acentuar la división de los trabajadores en categorías diferentes y reforzar la subordinación de la mayoría.

La evolución de las herramientas y de la organización del trabajo no es un proceso neutro derivado del desarrollo técnico, sino que participa de la lógica general de acumulación capitalista que es, en última instancia, la reproducción de la relación social en que se basa la sociedad burguesa.

¹¹ Christian du Tertre, *Technologie, flexibilité, emploi*, L'Harmattan, 1989.

III. ¿Cómo se reproduce la economía capitalista? Los esquemas de reproducción.

Para seguir existiendo, el capitalista individual debe acumular. Con ello no hace más que someterse a la lógica inmanente del sistema. Una cuestión importante concierne a la posibilidad de reproducción de este sistema de un periodo a otro: ¿en qué condiciones es posible?

1. Los dos sectores de la economía

Toda sociedad, para poder reproducirse, debe suministrar a sus miembros bienes de consumo. Éstos han de ser fabricados¹². Por tanto, la sociedad debe producir también las herramientas, las máquinas, las materias primas necesarias para la producción de bienes de consumo, o sea que debe producir bienes de producción. Está claro que muchas veces, según el uso que se le de, un mismo bien puede ser un bien de producción o un bien de consumo. Por ejemplo, la electricidad puede servir para dar luz en una casa o para accionar una máquina. A pesar de esta observación, se puede representar el funcionamiento de una economía distinguiendo dos sectores fundamentales: el sector que fabrica bienes de producción (sector I) y el que fabrica bienes de consumo (sector II). Esta distinción responde, además, a la polarización social de la sociedad capitalista: los trabajadores se limitan, esencialmente, a comprar bienes de consumo¹³, mientras que los capitalistas poseen los grandes medios de producción.

En las economías tradicionales, cada productor determina el conjunto de los bienes que necesita y los fabrica él mismo, según sus necesidades, o se los compra a uno o dos artesanos. Es lo que hacían los agricultores hasta una época relativamente reciente. Por el contrario, el capitalismo moderno se caracteriza por una división del trabajo cada vez más tajante, que presenta dos aspectos: la aparición de ramas de producción especializada, y la interdependencia creciente entre ramas distintas. El suministro de un producto cualquiera (por ejemplo, calcetines) supone que la fábrica que los produce recibe materias primas, máquinas, energía y, por consiguiente, que los productores de estos bienes han recibido, a su vez previamente, todo lo necesario para su actividad, y así sucesivamente.

Más en general, para que la producción se desarrolle normalmente, es necesario que la producción de un periodo se presente en forma de cantidades definidas de *valores de uso*: los necesarios para el periodo siguiente. En el ejemplo de los calcetines, estos valores de uso son ciertas cantidades de algodón, de lana, de energía, etc. Algunas sustituciones en el proceso de fabricación son posibles, desde luego, pero de manera limitada: no se puede cambiar al instante el tipo de energía necesaria para el funcionamiento de una máquina; pueden fabricarse sólo calcetines de algodón en caso de que escasee la lana, pero hay un riesgo de que no correspondan a la demanda, etc.¹⁴

2. La reproducción

¹² Lo que viene a continuación se inspira en gran medida en “Éléments de théorie économique marxiste”, *Cahiers “Rouge”*. *Documents de formation communiste*, nº1, François Maspéro, 1968.

¹³ La contabilidad nacional (que trata de representar en cifras la actividad económica de Francia, y está elaborada por el INSEE) habla de inversión de los hogares cuando compran una vivienda, pero esta clasificación es, desde el punto de vista económico, discutible si las viviendas se compran para ser habitadas.

¹⁴ Esta es una de las dificultades mayores con que chocó la planificación de la ex-URSS.

En el párrafo precedente, hemos razonado en términos de valores de uso, pero, en realidad, el motor de la dinámica del capitalismo, son los *valores de cambio*. Los valores de uso son producidos en tanto que valores de cambio: de manera general, a un capitalista le da lo mismo producir calcetines, bombas o automóviles, con tal de que estas mercancías se vendan y de que se realice la plusvalía.

A los equilibrios entre cantidades de valores de uso de las que hemos hablado hay que superponer, por tanto, los equilibrios entre los valores de cambio correspondientes.

Se pueden presentar los esquemas de reproducción de la manera siguiente (suponemos que los bienes producidos a lo largo de un periodo, un año por ejemplo, son utilizados sólo en el curso del periodo siguiente: los bienes producidos en 1994 se utilizarían en 1995):

a) El valor de producción del sector I (bienes de producción) es igual a : $C_1 + V_1 + PI_1$.
* C_1 : fracción del valor del capital fijo (máquinas) transmitido al valor de las mercancías producidas, incrementado con el valor total de las materias primas y de la energía utilizada. Esta cantidad está calculada para el conjunto del sector I.

* V_1 : suma de los salarios pagados a los asalariados del sector I.

* PI_1 : masa total de plusvalía extraída en el sector I.

b) El valor de la producción del sector II (bienes de consumo) es igual a: $C_2 + V_2 + PI_2$. Los términos C_2 , V_2 , PI_2 tiene el mismo significado que más arriba, pero se aplican al sector II.

c) Los trabajadores no compran más que bienes de consumo y se hace abstracción del ahorro que hagan.

Su demanda de bienes de consumo es igual a $V_1 + V_2$.

d) Los capitalistas reemplazan sus máquinas usadas y sus materias primas, y reparten su ganancia (la plusvalía): utilizan una proporción A a la acumulación. Su demanda de bienes de consumo es pues igual a $(1-A)(PI_1+PI_2)$. La parte dedicada a la acumulación $A(PI_1+PI_2)$ se descompone en $A_c(PI_1+PI_2)$ (compra de bienes de producción) y $A_v(PI_1+PI_2)$ (contratación de mano de obra suplementaria que generará una demanda suplementaria de bienes de consumo).

e) La condición de equilibrio para el sector I corresponde a la igualdad de la oferta y de la demanda en bienes de producción, o sea: $C_1 + V_1 + PI_1 = C_1 + C_2 + A_c (PI_1+PI_2)$,

lo que equivale a: $V_1 + PI_1 = C_2 + A_c (PI_1+PI_2)$,

y a : $V_1 + (1-A_c).PI_1 = C_2 + A_c.PI_2$

f) La condición de equilibrio para el sector II corresponde a la igualdad de la oferta y de la demanda en bienes de consumo, o sea: $C_2 + V_2 + PI_2 = V_1 + V_2 + (1-A) (PI_1+PI_2) + A_v (PI_1+PI_2)$,

lo que equivale a: $C_2 + PI_2 = V_1 + (1-A)(PI_1+PI_2) + A_v (PI_1+PI_2)$,

y a : $C_2 + A_c.PI_2 = V_1 + (1-A_c).PI_1$

Llegamos, pues, a la misma igualdad (el orden de los términos no tiene ninguna importancia).

La condición de equilibrio puede enunciarse pues del modo siguiente: la demanda total de bienes de producción creada por la producción de bienes de consumo debe ser igual a la demanda total de bienes de consumo creada por la producción de bienes de producción. Según la formulación de P. Salama y Tran HaiHac: "*La economía está en*

*equilibrio cuando la producción de bienes de producción suscita una demanda de bienes de consumo igual a la demanda de bienes de producción suscitada por la producción de bienes de consumo*¹⁵.

¹⁵ Pierre Salama y Tran HaiHac, *Introduction à l'économie de Marx*, Repères, La Découverte, 1992.

Capítulo 3

Las fluctuaciones económicas

De entre los puntos desarrollados en los capítulos precedentes, hay tres que son esenciales para abordar las fluctuaciones del crecimiento económico:

- * la producción capitalista es una producción de mercancías;
- * la evolución de la tasa de beneficio constituye una variable esencial de la marcha de la economía;
- * los esquemas de reproducción muestran la inestabilidad inherente a la marcha de la economía capitalista, pero constituyen igualmente una demostración de la posibilidad temporal de un crecimiento equilibrado, dado que ningún mecanismo económico conduce espontáneamente al respeto de las proporcionalidades necesarias para un crecimiento estable.

A partir de estas bases, organizaremos el capítulo en tres partes:

- I. La posibilidad general de las crisis económicas, las teorías económicas frente a las crisis.
- II. Los ciclos cortos.
- III. Las ondas largas.

“Crisis” y “crisis”: algunos elementos de vocabulario

La palabra “crisis” se utiliza en sentidos diferentes y los términos de ciclos económicos y de ondas largas exigen algunas precisiones. Es pues necesario precisar el vocabulario empleado. Las nociones serán desarrolladas y explicadas más adelante en el texto.

La economía capitalista no progresa regularmente siguiendo una tasa de crecimiento uniforme. Al contrario, el crecimiento es más o menos rápido (llegando a incluir fases de disminución de producción). Hay pues ciclos cortos de unos cuantos años, que se estudian tradicionalmente distinguiendo cuatro fases: la recuperación, el boom, la crisis (la inversión de la tendencia), la depresión (o contracción). Estudiaremos estas cuatro fases, pero de entrada debe quedar claro que la crisis es la fase en que el ciclo se invierte hacia abajo. Utilizaremos la palabra “ciclo”, a pesar de que presenta el inconveniente de sugerir una periodicidad regular análoga a la que puede encontrarse en física.

Por otra parte, se han podido poner de manifiesto movimientos de varias décadas en los que a una fase expansiva sucede una de menor crecimiento, cada una de ellas intercaladas por ciclos cortos. Para calificar estos movimientos, utilizaremos aquí el término de “onda larga”, según justificaremos.

Por último, la palabra “crisis” se utiliza corrientemente para designar la situación de la economía mundial desde principios de los años 70, marcada por el descenso en el ritmo de crecimiento y por el desarrollo de un paro masivo. Para reducir el riesgo de confusión con la crisis de los ciclos cortos, escribiremos la palabra con mayúscula cuando la utilicemos en este segundo sentido (Crisis).

I. La posibilidad general de las crisis económicas, las teorías económicas frente a las crisis.

Las crisis precapitalistas tienen un carácter “lógico”: una mala cosecha (debida a las intemperies o a una guerra) impide que la vida económica continúe como de costumbre. La miseria se extiende en el campo y, a veces, las dificultades se extienden a las actividades urbanas que dependen del campo. La crisis es claramente atribuible a la sub-producción de bienes, de valores de uso.

Inversamente, en el desarrollo de las crisis capitalistas, las empresas se quejan de no encontrar mercado para su producción, pero la “sobrepducción” puede coexistir con

una situación de paro y de no-satisfacción de las necesidades elementales de amplios sectores de la población. Las crisis capitalistas tienen pues, en cierta medida, un carácter “absurdo”.

1. ¿Por qué puede haber sobreproducción?

La posibilidad de la sobreproducción no es en absoluto evidente. Según la “ley del mercado”, atribuida al economista francés de principios del XIX Jean-Baptiste Say, “*la oferta crea su propia demanda*”: toda producción de mercancías es, al mismo tiempo, distribución de ganancias capaz de absorber las mercancías producidas.

En el proceso descrito por Say hay dos puntos esenciales:

* el equilibrio entre oferta y demanda: la creación de un producto que vale 100 francos da lugar a la distribución de 100 francos de ganancia (que se desglosan por ejemplo en 50 francos de salario, 40 francos de pago a los suministradores, 10 francos para el empresario). De ahí que resulte imposible una sobreproducción generalizada, siendo sólo posibles problemas sectoriales y temporales.

* los productos se intercambian por productos. Como afirma J.-B. Say, “*el dinero sólo tiene una función de paso en este doble intercambio; una vez terminados los intercambios, resulta siempre que, en definitiva, se han pagado los productos con productos*” (J.-B. Say, *Traité d'économie politique* (1803), citado en Sirey (1988), *Histoire des pensées économiques, les fondateurs*). El dinero sólo juega un papel secundario en el proceso.

En *El capital* (libro I, tomo I, páginas 121-122, Éditions Sociales), Marx critica duramente la ley de Say: “*Nada más tonto que el dogma según el cual la circulación implica necesariamente el equilibrio de las compras y las ventas*”. Marx subraya la diferencia entre trueque (intercambio directo, sin moneda) y economía monetaria. En el primer caso, hay simultaneidad de operaciones (“*nadie puede desprenderse de su producto sin que simultáneamente otra persona se desprenda del suyo propio*”). En el segundo caso, la situación es totalmente diferente (“*Después de haber vendido, no estoy obligado a comprar ni en el mismo lugar, ni al mismo tiempo, ni a la misma persona a quien he vendido*”). Por otra parte, el recurso al dinero no es neutro: permite que las operaciones se efectúen en un mismo momento: una vez efectuada la operación de intercambio, “*el comprador tiene la mercancía, y el vendedor tiene el dinero, o sea una mercancía dotada de una forma que la hace ser siempre bienvenida en el mercado, sea cual sea el momento en que aparece*”. Y esto hace posible la crisis: “*Si la escisión entre la venta y la compra se acentúa, su relación íntima se afirma - mediante una crisis*”.

Marx continúa subrayando las contradicciones que encierra la mercancía en la producción capitalista: valor de uso / valor de cambio, trabajo privado / trabajo social, trabajo concreto / trabajo abstracto. Son estas contradicciones las que implican la posibilidad de crisis. Marx pone igualmente de manifiesto la diferencia entre el intercambio inmediato de productos, la circulación de mercancías y la producción de mercancías. La sobreproducción no es, en general, una sobreproducción de productos, sino una sobreproducción de mercancías.

La distinción entre “producto” y “mercancía” es especialmente importante para entender la posibilidad de las crisis capitalistas y sus características generales. Cuando, durante la crisis de 1929, se quemaba el café en las locomotoras de Brasil o se dejaban pudrir las cosechas en los campos de Estados Unidos, esto no significaba que todas las necesidades estaban satisfechas. De modo semejante, la recesión de

1992-1993, en Francia, ha estado marcada por una “sobreproducción” en la construcción en París, con un stock de viviendas equivalente a más de un año de venta, mientras que la cifra de personas mal alojadas no cesaba de aumentar.

Este tipo de situación remite al hecho de que el capitalismo no tiene como objetivo fabricar “productos” en función de las necesidades sociales constatadas, sino fabricar “mercancías” en función de la demanda solvente (la de aquellos que pueden pagar) y poder obtener así el beneficio que el capitalista juzga necesario. Esta lógica es particularmente evidente en periodo de crisis, aunque funciona permanentemente y orienta la producción hacia los sectores que mejor permiten satisfacer la regla del beneficio máximo, sean cuáles sean las consecuencias desde el punto de vista de la satisfacción de las necesidades sociales, la calidad de los productos, la salud y el medio ambiente. Por ejemplo, en el ámbito médico, si la medicina preventiva se descuida cada vez más en Francia y se da prioridad a la medicina curativa es, simplemente, porque la segunda permite al sector farmacéutico obtener beneficios considerables y resulta más coherente con una concepción liberal de la medicina.

2. La importancia de la crítica de la “ley de Say”

Podría pensarse que es inútil seguir criticando las tesis de Jean-Baptiste Say. Después de todo, la “vida” misma se ha encargado de demostrar que eran erróneas, puesto que se han dado crisis de sobreproducción. Sin embargo, la cuestión sigue siendo actual.

En efecto, la teoría económica actualmente dominante (la teoría neo-clásica) es una teoría del equilibrio según la cual la economía de mercado encierra mecanismos de auto-regulación que aseguran la vuelta a una situación de equilibrio, si por la razón que sea hubiesen aparecido excedentes o penurias. Esta vuelta al equilibrio se realiza por medio de los precios. Así, considerando el salario como el precio de la fuerza de trabajo, se supone que si puede ajustarse libremente, es decir si no existe salario mínimo y si el poder de los sindicatos es limitado, el paro desaparecería, salvo en el caso de los parados “voluntarios”, o sea de los que rechazan el salario que se les ofrece.

En este marco teórico, la crisis no puede venir del funcionamiento del mercado. Pero hay tres elementos que pueden provocar las crisis¹⁶:

* las “imperfecciones” del mercado, es decir las diferencias con respecto al modelo ideal. Una parte de estas diferencias serían inevitables (imperfecciones de la información de los agentes, tiempo necesario para su adaptación al cambio), aunque podrían limitarse mediante una acción apropiada. Pero lo esencial de las “imperfecciones” vendría supuestamente de “rigideces” institucionales (excesivo poder de los sindicatos, existencia de un salario mínimo).

* una política “inadecuada” del Estado perturbadora de los mecanismos económicos

* mutaciones por causas exteriores al mercado como, por ejemplo, el “choque petrolero” de 1973, o incluso, según ciertos economistas, la reunificación alemana, que sería la causa de la recesión de 1992. Ciertas modificaciones tecnológicas podrían también figurar dentro de esta última categoría¹⁷.

¹⁶ C. Barrère, G. Kebabjian, O. Weinstein, *Lire la crise*, P.U.F., 1983.

¹⁷ Además de estos tres elementos esenciales, conviene señalar la teoría monetaria desarrollada en los años 30 por el economista de origen austriaco Hayek, que explica el ciclo por el comportamiento de los bancos y el desarrollo excesivamente importante del crédito en las fases de expansión económica. De

Algunos modelos sofisticados más recientes intentan combinar estos diferentes elementos. Desarrollados por economistas americanos desde finales de los 60, forman la “teoría de los ciclos reales”, que privilegia los choques tecnológicos (los cuales influyen la productividad y los precios relativos de los factores de producción). Esta teoría afirma que los ciclos (y por lo tanto las variaciones de la actividad y del empleo) constituyen la respuesta óptima de la economía a las modificaciones de su entorno y que todo intento por parte del Estado de estabilizar la economía tiene un impacto negativo. Sobre la teoría de los ciclos reales, un economista francés escribía hace poco: *“El lector [...] se extrañará seguramente que los economistas hayan dedicado tanto tiempo a construir modelos sofisticados para explicar que las fluctuaciones del empleo durante el ciclo son plenamente voluntarias y que lo que algunos consideran como la desgracia de los parados no es sino el reflejo de su inclinación al ocio”*¹⁸.

En realidad, la “teoría de los ciclos reales” constituye actualmente el desarrollo más avanzado del edificio neoclásico en materia de explicación de las fluctuaciones económicas. Es significativa de su empeño por encontrar factores externos al funcionamiento del capitalismo para explicar las crisis y la permanencia del paro. Es una de las manifestaciones más claras de su carácter apologético.

3. La teoría keynesiana

Para mostrar la especificidad de la concepción marxista de las fluctuaciones y de las crisis económicas, no está de más exponer algunos elementos de la otra gran variante de la teoría económica oficial: la teoría keynesiana. El economista inglés John Maynard Keynes desarrolla su pensamiento entre las dos guerras en un contexto marcado por tres elementos:

- * una situación económica inestable: crisis en el periodo inmediatamente posterior a la guerra de 1914-1918, crisis de 1929 que durará hasta la segunda guerra mundial.
- * el miedo al socialismo por parte de todos los que poseen bienes.
- * una fase nueva de la historia del capitalismo: este sistema ya ha penetrado y ha sometido al conjunto de la economía en Estados Unidos y en Europa occidental. En el siglo XIX, amplios sectores de la economía y de la sociedad escapaban al dominio directo de la organización capitalista de la economía: la producción capitalista podía encontrar, por tanto, una parte importante de sus mercados fuera de su esfera directa de dominación, entre los ricos (como la aristocracia propietaria de tierras), los rurales, los pequeños comerciantes y los artesanos. A ello se añadían los territorios conquistados en el marco de la expansión imperialista. La importancia de este entorno no capitalista para los mercados de la producción capitalista había sido subrayada por Rosa Luxemburgo. Ahora el capitalismo depende en gran medida de sus mercados “internos” además de la inversión: se trata de la demanda de los capitalistas y de los asalariados que forman ahora la mayor parte de la población. Esto significa que los asalariados, si bien siguen siendo un coste para cada capitalista individual, se convierten en un mercado esencial para los capitalistas en conjunto.

En este contexto, Keynes va a desmarcarse con respecto a las concepciones dominantes anteriores: critica la ley de Say y demuestra que son posibles equilibrios de subempleo cuando la demanda es insuficiente, ya que, en estas situaciones, la

este modo, Hayek da una explicación del ciclo que, en algunos aspectos, pone el acento en verdaderos problemas, pero, como buen liberal, su conclusión es que las crisis se ven agravadas en la medida en que el Estado interviene e impide que funcionen los automatismos, cf. Barrère, Kebabjian, Weinsten.

¹⁸ Pierre-Alain Muet in *Les cycles économiques*, bajo la dirección de J.-P. Fitoussi y Ph. Sigogne, Références/OFCE, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1994.

bajada de los salarios no sólo no reduce el paro sino que acentúa la depresión económica.

Para Keynes, la causa de las crisis proviene de una rectificación a la baja de los objetivos de los empresarios en función de sus anticipaciones: la bajada de la inversión repercute en la producción y en las ganancias. Los aportes de Keynes al estudio de ciertos mecanismos económicos son importantes pero, para él, la crisis no tiene ninguna funcionalidad con respecto al capitalismo. Esta es la debilidad esencial de su análisis del ciclo económico. La principal conclusión de Keynes es que la intervención del Estado es necesaria para regularizar la evolución económica y suplir las carencias de los mecanismos del mercado.

II. Los ciclos cortos

Estos ciclos han sido estudiados por los economistas ya desde el siglo XIX, dado que, en esa época, reaparecen regularmente más o menos cada diez años. Su vuelta periódica fue observada ya en el *Manifiesto comunista* por Marx y Engels.

1. El desarrollo del ciclo

a) La recuperación. La economía acaba de sufrir una fase de funcionamiento al ralentí. Las capacidades de producción son limitadas (empresas en quiebra han tenido que cerrar y se han realizado pocas inversiones) y el paro es importante (lo que permite ejercer una presión eficaz sobre los salarios). La tasa de beneficio de las empresas que han sobrevivido va creciendo progresivamente. Los industriales han liquidado sus stocks: basta con que la demanda en bienes de consumo se recupere un poco (o deje de descender) para que un proceso de recuperación de la producción del sector II se inicie. Al principio, la demanda puede ser satisfecha, a menudo, sin una inversión importante y los salarios son bajos: la tasa de beneficio aumenta. La prolongación de los horarios de trabajo y la contratación de asalariados suplementarios se traduce en un aumento de los salarios y provoca efectos multiplicadores (el aumento de los salarios se traduce en un aumento de la demanda de bienes de consumo que va a desencadenar nuevas inversiones y contrataciones, las cuales, a su vez, desencadenan..., y así sucesivamente).

b) La expansión. El nuevo arranque del sector II (bienes de consumo) se propaga al sector I (bienes de producción). Todos los sectores de la economía se ven arrastrados en la recuperación. Todas las empresas (incluso aquellas en las que la productividad es más débil y los costes más elevados) pueden dar salida a sus producciones. Las empresas más modernas obtienen sobre-beneficios. Las inversiones aumentan y el paro disminuye. Cada capitalista trata de sacar provecho de las ocasiones de ganar.

Pero a medida que la actividad se desarrolla, la economía se encuentra cada vez más en la situación de una bicicleta: su equilibrio depende de que continúe avanzando. Así, las empresas del sector I han acrecentado su capacidad de producción, su actividad depende de la evolución de las inversiones del sector II, que depende a su vez de la demanda de bienes de consumo. Si ésta se estaciona, o incluso si llegase a disminuir su tasa de aumento, las inversiones del sector II se hacen más lentas, lo cual hace aparecer una sobreproducción en el sector I.

Esta tendencia se va a concretar: las relaciones de oferta y de demanda empiezan a modificarse. El mercado comienza a saturarse. Los stocks aumentan. El crédito al consumo y a las empresas permite sostener la demanda y enmascarar la sobreproducción naciente.

c) La crisis. La diferencia entre la capacidad de producción y la demanda se hace cada vez más profunda (hay que tener en cuenta, además, que hay siempre un tiempo entre la decisión de encargar un nuevo equipo y su puesta en servicio: incluso si las empresas del sector II empiezan a constatar una disminución de la demanda, sus capacidades de producción pueden seguir aumentando en función de sus anteriores pedidos de máquinas). Los precios ya no aumentan, incluso empiezan a bajar. Los capitalistas tratan de salvaguardar sus niveles de precios y ajustan su producción a la baja: esto disminuye sus costes variables (salarios, materias primas) pero no reduce sus costes fijos (amortización de los equipamientos instalados, reembolso de los préstamos, etc.). La tasa de beneficio cae. Las empresas menos productivas tienen dificultades. Las quiebras aumentan y la crisis se propaga: la quiebra del deudor pone en dificultad al acreedor, etc. La producción retrocede. A veces, la inversión de la tendencia se manifiesta por un “krach” de la bolsa, pero esto no es una regla general y, de todos modos, el origen de la crisis está en la esfera de la producción.

d) la depresión. La producción ha caído a un nivel bajo. A través de las quiebras y del retroceso de la inversión, la base productiva de la economía se reduce. El capital se deprecia. Los salarios bajan. Las tasas de interés son débiles. Se crean así las condiciones para una recuperación de la tasa de beneficio y para una recuperación de la producción en el momento en que se manifieste una nueva demanda.

La crisis favorece las reestructuraciones, adapta el stock de capital a las condiciones de una valorización adecuada desde el punto de vista capitalista. La crisis no es una catástrofe sin causa ni algo inmerecido, sino que es funcional al capitalismo y permite podar las “ramas muertas”.

2. ¿Por qué las crisis?

a) cuatro tesis diferentes para explicar los ciclos económicos han sido barajadas por diversos economistas que se reclaman del marxismo:

*la baja de la tasa de beneficio: durante el periodo de expansión, el paro disminuye y los trabajadores están en mejores condiciones para pedir y obtener mejoras de su situación.

*la desproporción entre el sector I y el sector II: en las condiciones de la competencia capitalista, las inversiones evolucionan en función de una multitud de decisiones de capitalistas individuales que no permiten respetar las condiciones de equilibrio entre el sector I y el sector II resultante de los esquemas de reproducción.

* el infra-consumo: la lógica del beneficio lleva a los capitalistas a limitar las ganancias de los trabajadores y, por lo tanto, su consumo, lo cual hace que aparezca una diferencia entre las capacidades de producción y la demanda dirigida al sector II que se refleja después en el sector I.

*la sobre-acumulación: la importancia de la inversión lleva al declive de la rentabilidad del capital: la masa de la plusvalía es insuficiente con respecto al capital. C/V aumenta con mayor rapidez que PI/V → la tasa de beneficio $(PI/V / (1+C/V))$ disminuye.

En realidad, estos diferentes factores se combinan y las explicaciones mono-causales no dan cuenta de la realidad¹⁹. Así, las explicaciones por la baja de tasa de beneficio

¹⁹ Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista*, La Habana, Instituto del Libro, 1968, e Introducción al Libro III de *El Capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Marx*, México-Madrid, Siglo XXI, 1985

tienden a subestimar el problema de la necesidad del beneficio. El problema de los capitalistas no es sólo que las condiciones de la producción permitan extraer de los trabajadores una plusvalía suficiente: el beneficio es meramente potencial mientras no se vendan las mercancías.

Del mismo modo, si bien es exacto que los capitalistas, en su intento de aumentar “su parte del pastel”, tienden a crear capacidades excedentarias, las explicaciones basadas en este aspecto pueden llevar a una conclusión falsa, según la cual la planificación de la inversión suprimiría las crisis. En realidad, permitiría la atenuación de ciertas fluctuaciones, pero no suprimiría la tendencia a la desproporción entre producción y consumo ligada a la explotación de los trabajadores.

En cuanto a las explicaciones por el infra-consumo, llevan a la conclusión de que las crisis serían evitables si los salarios aumentasen regularmente o si el Estado distribuyera un poder de compra adicional en forma de prestaciones sociales. Este tipo de dispositivo permitiría amortiguar las fluctuaciones pero a condición de circunscribirse a los límites de la producción para el beneficio, ya que en caso contrario frenaría la acumulación del capital, sobre todo en los periodos en que la tasa de beneficio ya ha comenzado a caer: la inversión está en función tanto de los beneficios pasados como de las esperanzas de beneficios futuros.

Por último, las teorías de la sobre-acumulación y de la baja de la rentabilidad del capital conducen, inversamente, a pensar que el remedio estaría en el descenso de los salarios, cuando, en realidad, esto provocaría una caída de la demanda, lo que aumentaría las dificultades de realización.

En suma, si cada uno de ellos aisladamente no puede explicar el ciclo, todos los factores que acabamos de examinar pueden quedar integrados en una teoría global: *“En el marco de la teoría económica marxista, las crisis de sobreproducción son crisis de sobre-acumulación del capital y, al mismo tiempo, crisis de sobre-producción de mercancías. El primer aspecto no puede explicarse sin poner el acento en el segundo; el segundo no puede entenderse sin referirse al primero”*²⁰.

3. Las características de los ciclos cortos desde la Segunda Guerra mundial

a) Entre principios de los años 50 (estabilización económica en Europa occidental) y principios de los 70 (entrada en la Crisis, con mayúscula), las economías capitalistas desarrolladas han conocido ciclos ampliamente amortiguados marcados muy a menudo no por un retroceso de la producción sino por una disminución del crecimiento. Esta situación generó en ciertos economistas la ilusión de que el capitalismo había encontrado la manera de superar las contradicciones que provocan las crisis.

La razón de esta evolución hay que buscarla fundamentalmente entre las nuevas características estructurales del capitalismo, que desarrollaremos más adelante, cuando tratemos de las ondas largas. Pero podemos señalar ya tres elementos esenciales de amortiguación de las fluctuaciones coyunturales:

* La intervención del Estado en la economía. Bajo el efecto de la crisis de 1929 y, posteriormente, de la Guerra, se cuestiona el modo de gestión liberal de la economía. La parte del gasto público aumenta en todos los países capitalistas desarrollados.

²⁰ Ernest Mandel, introducción al libro III de *El Capital*, op. cit.

Estos gastos sostienen la demanda doméstica y, sobre todo, la inversión por medio de los gastos de equipamiento civil y militar.

*Las conquistas sociales. Incluso si las crisis sociales y políticas de los años 30 y de la posguerra no han desembocado en el cuestionamiento del poder burgués en los países capitalistas desarrollados, han permitido, sin embargo, la instalación de un sistema de protección social más o menos desarrollado (seguro de enfermedad, jubilaciones, indemnización de paro) que sirve para regularizar la demanda doméstica y limitar su retroceso en periodos de baja económica.

* El desarrollo y la organización del sistema de crédito. El sistema monetario es, a partir de este momento, gestionado por los bancos centrales de los diferentes países (en Francia, la Banque de France) con el dólar como piedra angular internacional. Este sistema es más flexible que el patrón-oro del siglo XIX. Los bancos desarrollan sus operaciones de crédito. Un aprovisionamiento regular de la economía en moneda es, por tanto, posible. Esto contribuye también a amortiguar las fluctuaciones económicas. La contrapartida de ello es el desarrollo de tensiones inflacionistas: el nivel medio de los precios no baja, ni siquiera en periodo de recesión, y diversos países conocen periodos de rápida alza de los precios.

b) ¿Una nueva fase? Esta tendencia a la amortiguación de los ciclos era más nítida en Europa (sobre todo en Francia) que en Estados Unidos: muy esquemáticamente, esto se puede explicar por el papel más importante del Estado y por el mayor desarrollo de los mecanismos de protección social en Europa. Sin embargo, vista la profundidad de la última recesión, numerosos economistas se preguntan si se está produciendo una vuelta a ciclos más acentuados en Europa occidental. Si esta situación se confirmase, sería en gran parte resultado de las políticas neo-liberales que han erosionado los mecanismos reguladores resumidos anteriormente:

* la liberalización de los movimientos internacionales de los capitales acentúa las presiones en materia de gestión de la moneda y del crédito.

* el cuestionamiento de las garantías sociales, la desregulación y la precarización del empleo refuerzan la relación, distendida en el anterior periodo, entre evolución de la actividad y evolución de los salarios.

* las medidas fiscales a favor de los hogares con renta alta han contribuido al aumento del endeudamiento de los Estados: la carga de su deuda es ya tan elevada que dificulta las medidas de sostén de la actividad cuando la economía está a la baja.

III. Las ondas largas del capitalismo

Marx no hace ningún análisis de las ondas largas, puesto que no disponía de la distancia histórica necesaria para analizar cómo, más allá de las crisis cíclicas, el sistema aseguraba su reproducción a largo plazo. Diversos estudios, publicados a partir de finales del siglo XIX, establecían la existencia de movimientos económicos durante periodos largos.

Estos movimientos son denominados, a menudo, "ciclos Kondratieff", nombre de un economista que realizó en la URSS de los años 20 importantes trabajos sobre el tema, antes de que sus tesis fueran condenadas (pues mostraban que el capitalismo había podido superar sus crisis y las seguiría superando eventualmente) y de que fuese detenido y deportado por Stalin. Su perspectiva fue retomada por el austriaco

Schumpeter, que insistió en la relación entre innovaciones y ciclos de crecimiento del capitalismo.

Trotsky siguió de cerca los trabajos de Kondratieff, pero le reprochaba el que estableciera un paralelismo demasiado grande entre ciclo corto y movimiento largo (véase más abajo). Ernest Mandel retomó el análisis de las ondas largas²¹.

Desde finales del siglo XVIII, se han distinguido cuatro movimientos de varias décadas, identificables por el movimiento de los precios, la tasa de crecimiento de la producción y la evolución del volumen del comercio internacional. Cada uno de estos movimientos ve cómo se suceden una fase ascendente (crecimiento rápido) y una fase descendente (crecimiento lento).

	fase ascendente	fase descendente
1ª onda larga	1789-1816	1816-1847
2ª onda larga	1848-1873	1873-1896
3ª onda larga	1896-1910	1920-1919/45
4ª onda larga	1940/45-1967/73 "Treinta Gloriosos"	1968/73 La "Crisis"

(Observación: las fechas indicadas en la tabla corresponden a la periodización destacada en la mayor parte de los estudios. Pueden darse diferencias entre las situaciones de los distintos países. Por ejemplo, se ha dicho que la inversión de la 3ª onda larga tuvo lugar en 1929 en los Estados Unidos, es decir bastante más tarde que en Europa)

Cada onda larga está entrecortada por ciclos cortos de amplitud más o menos acentuada. Éstos tienen una amplitud media diferente según la fase de la onda larga en la que se esté: los periodos de expansión están menos sostenidos en la fase descendente de la onda larga y las depresiones, por el contrario, son más netas.

Según este esquema, los años de expansión, de la posguerra a finales de los 60 (los "Treinta Gloriosos"), corresponderían a la primera fase y, al principio de los años 70, habríamos entrado en la fase "descendente", fase ésta que estaría puntuada por tres recesiones: 1974-1975, 1981-1982 y 1992-1993 en Europa occidental (1990-1991 en los Estados Unidos).

2. Progresos técnicos y tasa de beneficio

Las ondas largas no pueden asimilarse a los ciclos cortos. En su sucesión hay dos factores esenciales:

* las innovaciones tecnológicas. Existe una relación bastante clara entre las ondas largas y las grandes innovaciones tecnológicas (máquina de vapor y telar, en la primera onda larga expansiva; ferrocarril y acero, en la segunda; etc.). Ciertos análisis de ondas largas ponen el acento casi exclusivamente en este factor. Estos análisis tienen un interés descriptivo, pero su alcance explicativo es limitado, salvo si se admite que el "progreso técnico" se desarrolla en base a su propia lógica (lo cual puede sostenerse, si acaso, en lo que respecta a la investigación fundamental, pero es falso en cuanto a la integración de los "descubrimientos" al proceso productivo).

²¹ Ernest Mandel, *Long waves of capitalist development*, Cambridge University Press, 1978.

De los numerosos estudios realizados sobre el ritmo del progreso técnico y su relación con la evolución económica, parece derivarse un esquema según el cual la onda larga descendente, aquella en la que las condiciones de actividad de los capitalistas son más difíciles, incita a éstos a llevar a cabo ciertas innovaciones tecnológicas con el fin de aumentar sus beneficios. Durante la onda larga expansiva, estas innovaciones se generalizan después al conjunto de los sectores productivos dominantes. Cabe sin embargo dudar de la pertinencia de este esquema en lo que respecta a la presente onda larga recesiva, en la que las nuevas tecnologías parecen estar aplicadas de modo bastante amplio. A este respecto, sería importante distinguir:

* las innovaciones de “proceso”, que modifican las técnicas productivas y, por tanto, la organización del trabajo.

* las innovaciones de productos, que desembocan en la puesta a punto de nuevos bienes finales.

Los pilares de la onda larga expansiva de la posguerra

Esquematizando mucho y tomando una terminología “regulacionista”, podría definirse el régimen de acumulación de la posguerra como un “taylorismo-fordismo-keynesianismo”.

*Taylorismo. Sobre la base tecnológica del motor a explosión eléctrica, la electrónica y la tecnología nuclear, los capitalistas han generalizado la organización científica del trabajo, la parcelación y la repetición. Éstas, al mismo tiempo que desposeían ampliamente a los obreros de sus saberes y de sus poderes tradicionales sobre la marcha de la producción, permitían una intensificación sin precedentes de los ritmos de trabajo y del incremento de productividad. El crecimiento de las tasas de plusvalía compensaba así los efectos de aumento y de composición orgánica del capital sobre la tasa de beneficio.

*Fordismo. Aunque Ford buscara conscientemente, mediante una política de altos salarios (“5 \$ por día”), fidelizar su mano de obra y, al mismo tiempo, permitirle comprarse una Ford T, los capitalistas americanos aceptaron de mala gana un “New Deal” que reforzaba el poder sindical y parecía amenazar sus prerrogativas. De igual modo, las burguesías europeas, en su mayoría, no han anticipado los efectos positivos de la instauración de la Seguridad Social o de los incrementos de poder de compra obtenidos por los asalariados. Pero a *posteriori*, y según lo predijo Keynes, la integración de los asalariados en la dinámica de los mercados ha constituido el mejor remedio contra la tradicional crisis de sobre-producción, siempre que el consumo de masas no aumente más rápido que la productividad y no merme la parte de los beneficios.

* Keynesianismo. Los Estados han abandonado el “dejar hacer” liberal y han tomado nota de la necesidad, en la época de los trusts multinacionales, de intervenir directamente en la esfera económica mediante políticas sistemáticas, presupuestarias y monetarias, con el fin de evitar las quiebras más importantes y los krachs desestabilizadores; una política anti-cíclica de apoyo a la demanda, y una “desvalorización suave” de los capitales invertidos por medio de la inflación rampante, han atenuado la magnitud de las recesiones y han evitado su sincronización entre las diversas potencias imperialistas. Por último, estas potencias, tras la guerra, han aceptado la hegemonía de los Estados Unidos, concretizada mediante los acuerdos de Bretton Woods que confieren al dólar el estatus de moneda de reserva internacional, tan válida como el oro.

Según ha podido observarse²², las ondas largas recesivas incitan las innovaciones que favorecen la reducción de los costes de producción. Este es el caso, en especial, de la Crisis actual. Las principales innovaciones corresponden ante todo a las técnicas de producción: los procesos productivos y el empleo en la industria sufren cambios bruscos y los servicios quedan profundamente afectados. Es cierto que aparecen nuevos bienes finales, o bien se transforman las condiciones de fabricación de los bienes existentes, llegando incluso a sufrir transformaciones casi totales (la relojería, sector de la mecánica, se ha convertido en un sector de la electrónica). Pero no hay un nuevo bien capaz de jugar un papel primordial de impulsión de la actividad. El peso

²² Mandel, *Long waves...*

económico y la coherencia de todos los elementos del sector informático no pueden compararse a los del complejo automovilístico en los años sesenta.

* Las variaciones del nivel de la tasa de beneficio. La tasa de beneficio se mantiene a niveles altos durante la onda larga expansiva y empieza a bajar después, de ahí la inversión de la onda: las innovaciones tecnológicas han agotado sus efectos, las posiciones de los trabajadores se han reforzado. La baja continúa durante la onda recesiva pero, en una segunda fase de ésta, comienza de nuevo a aumentar²³: el paro debilita el poder de negociación de los trabajadores, las aplicaciones parciales de las nuevas tecnologías permiten el aumento de las tasas de explotación. Es lo que puede constatarse en los principales países capitalistas a partir de 1982. Evolución de la tasa de beneficio y revoluciones técnicas van ligadas. Cada uno de estos aspectos no puede entenderse si no es en referencia a la relación capital-trabajo y a las necesidades de valorización del capital. Todos estos elementos se combinan en la noción de “orden productivo”.

3. Los “órdenes productivos”

Cada onda larga está marcada por un modo dominante de funcionamiento del capitalismo, por un “orden productivo” (retomando la terminología de P. Dockès y B. Rosier)²⁴, cuyo contenido está formado por la combinación de cuatro series de elementos:

a) Un modo de acumulación del capital
Que remite a una doble relación:

* relación intra-capital: estructuras industriales y financieras, modalidades de la concurrencia. Esquematizando, se trata del grado de monopolización de la economía y de la relación entre capital financiero y capital industrial.

* relación capital-trabajo:

- modo de organización del proceso de trabajo (división “técnica” del trabajo);
- relación salarial: modo de determinación del salario (salario a destajo o salario por tiempo trabajado, existencia o no de negociaciones colectivas y de un salario mínimo legal, etc.);
- reparto del excedente económico entre las clases.

Esta doble relación estructura un modo de acumulación, es decir un funcionamiento del “circuito económico” que permite el funcionamiento de los esquemas de reproducción amplia del capital definidos por Marx.

b) Un tipo de fuerzas productivas materiales.

Hemos subrayado anteriormente la relación entre las ondas largas y las olas sucesivas de innovación tecnológica. A propósito de las precedentes ondas largas, E. Mandel afirma: *“Las ondas largas depresivas están caracterizadas, en general, por una multiplicación de invenciones y de innovaciones tecnológicas, pero que son aún esencialmente experimentales [...] Las ondas largas expansivas, por el contrario, se caracterizan menos por invenciones e innovaciones espectaculares que por su propagación, su generalización, su vulgarización casi universal. Las invenciones de la “onda larga recesiva” son aplicadas ahora en prácticamente todas las esferas de la*

²³ Angelo Reati, *Tasa de beneficio y acumulación del capital en la onda larga de la posguerra*, Éditions de l'Université de Bruxelles, 1990.

²⁴ Pierre Dockès y Bernard Rosier, *Rythmes économiques. Crises et changement social, une perspective historique*, La Découverte/Maspéro, 1983.

actividad económica. Se manifiestan a escala masiva²⁵. Esta distinción parece haber perdido su pertinencia: la presente onda larga recesiva parece caracterizarse por una amplia aplicación de nuevas tecnologías.

c) Un modo de regulación social.

Como muy bien afirma Bernard Rosier²⁶, *“En un sistema social atravesado por intereses contradictorios, no puede haber eficiencia económica sin que estén aseguradas las condiciones de una suficiente sumisión (según diversas formas) de las fuerzas de trabajo al orden industrial”*.

Se trata aquí del conjunto de los elementos estatales y para-estatales: derecho del trabajo, sistema de protección social..., y también de fuerzas llamadas “del orden”, que aseguran lo que los economistas de la escuela de la “regulación” (Robert Boyer, Alain Lipietz, etc.) califican, según una terminología errónea, de “compromiso social”.

d) El tipo de división internacional del trabajo.

El espacio económico capitalista siempre ha estado internacionalmente estructurado y jerarquizado:

* jerarquía de las potencias militares y políticas;

* lugar de las diferentes economías en el proceso productivo (¿quién suministra las materias primas? ¿quién produce los bienes industriales más sofisticados?);

* papel internacional de las monedas (¿cuál es, más allá de los sistemas monetarios nacionales, la divisa aceptada universalmente como instrumento de pago y de reserva?);

* orientación de los flujos financieros internacionales.

En la posguerra, el sistema capitalista internacional está completamente estructurado en torno al imperialismo americano. Actualmente ya no es así, incluso si los Estados Unidos intentan utilizar su supremacía militar para compensar su relativo retraso económico frente a Japón y a Europa.

Una combinación más o menos coherente de estos elementos se estableció en la posguerra y, después, se ha desmoronado progresivamente, con la consiguiente Crisis (véase el cuadro “Los pilares de la onda larga expansiva de la posguerra”)²⁷.

4. La inversión de la onda larga

Trotsky subrayaba, ya en 1923, la diferencia natural entre onda larga y ciclo corto: *“La recurrencia periódica de ciclos menores está condicionada por la dinámica interna de las fuerzas capitalistas, y se manifiesta por sí misma siempre y en todas partes una vez que aparece el mercado. Por lo que se refiere a las fases largas (de cincuenta años) en la tendencia de la evolución capitalista, para las cuales el profesor Kondratieff sugiere, infundadamente, el uso del término ‘ciclos’, debemos destacar que su carácter y duración están determinados no por la dinámica interna de la economía capitalista sino por las condiciones externas que constituyen la estructura de la evolución capitalista”*. Precisa que la explicación de las ondas largas exige “un estudio

²⁵ Ernest Mandel, “La crise économique du capitalisme contemporain et son influence dans les rapports et institutions politiques et la lutte de classe », artículo de 1984, citado en *La crise, les crises, l'enjeu*, La Brèche, Colección “Racines”, 1987.

²⁶ Bernard Rosier, *Théories des crises économiques*, La Découverte, Colección “Repères”, 1987.

²⁷ Puede sostenerse que estos órdenes productivos constituyen, en cada periodo histórico del capitalismo, la configuración que permite limitar el efecto de la “ley de la baja tendencial de la tasa de beneficio”.

más concreto de la curva capitalista y de la interrelación entre ésta y todos los aspectos de la vida social²⁸.

En realidad, la lógica interna (endógena) del capitalismo explica la evolución de cada onda larga, al igual que el paso de una onda larga expansiva a una larga recesiva. Por el contrario, no hay ningún mecanismo endógeno que dé automáticamente paso a una onda expansiva tras la onda recesiva. La comprensión del paso a una nueva fase ascendente exige tomar en cuenta factores “extra-económicos” (la modificación de las relaciones sociales de fuerza en Europa y la guerra en lo que se refiere a los “Treinta gloriosos”). Su amplitud debe permitir una recuperación duradera de la tasa media de beneficio, condición necesaria para el arranque de nuevos procesos dinámicos.

Este punto constituye quizá uno de los aspectos esenciales de la concepción marxista de las ondas largas, concepción que se opone a todo determinismo, sobre todo tecnológico, el cual asimilaría las ondas largas a una serie de revoluciones tecnológicas cuyos efectos dinamizadores se agotan después²⁹. Se desmarca también de las visiones armonicistas basadas en la creencia de una capacidad casi espontánea del capitalismo para encontrar las soluciones propias y crear las condiciones de un nuevo crecimiento equilibrado (incluso, armonioso)³⁰. La depresión larga es efectivamente un “*tiempo de génesis de formas nuevas [...] susceptibles de organizarse en un nuevo orden productivo coherente*”³¹, pero no hay ninguna necesidad de que esta búsqueda llegue a algo (“*la salida de una depresión larga no está necesariamente en el sistema*”³²), ni de que, si esto se produjese, el contenido de la solución encontrada no sea más reaccionario o más bárbaro que la onda larga expansiva precedente.

5. La fase actual de la Crisis

a) Los años 80 y la reciente recesión

La evolución de la relación salarial desde principios de los años 80 tiene como lógica el desarrollo de la flexibilidad y de la precariedad. Hubo crecimiento de la plusvalía absoluta por reducción de los costes de trabajo. La austeridad impuesta a los asalariados, así como las reestructuraciones, permitieron al capital restaurar parcialmente su tasa de beneficio. Pero, al mismo tiempo, la reducción de la demanda de los asalariados originó una disminución del dinamismo de los mercados. Por lo tanto, las inversiones productivas siguieron siendo débiles en una primera fase, mientras que prosperaba la especulación financiera.

²⁸ León Trotsky, “La curva del desarrollo capitalista”, en VVAA, *Los ciclos económicos largos: ¿una explicación de la crisis?*, Madrid, Akal, 1979, pág. 91 y 92.

²⁹ Lo esencial es el reconocimiento del papel de los factores extra-económicos y el rechazo del automatismo de la inversión de tendencia. Desde esta perspectiva, se puede relativizar la divergencia entre Mandel y Dockès/Rosier: éstos últimos consideran inútil la distinción entre determinación endógena y exógena de la inversión en la medida en que la lucha de clases es endógena al modo de producción capitalista. Esto remite, en realidad, a otro debate sobre la lucha de clases, su desarrollo, etc.

³⁰ Puede haber parecido que los economistas regulacionistas cuestionaban, en algunos de sus escritos, estas visiones. En un libro que pretende hacer un balance de la teoría de la regulación (*La théorie de la régulation: une analyse critique*, La Découverte, 1986), Robert Boyer se mantiene prudente y escribe: “*El proceso de salida de las grandes crisis [...] sigue siendo un misterio, para los contemporáneos, para la teoría económica [...] e incluso para los regulacionistas*”. Puede observarse, sin embargo, que sobre el punto preciso de la inversión de la onda larga depresiva, Alain Lipietz ha subrayado el aporte metodológico de Ernest Mandel (véase *Trois crises, métamorphose du capitalisme et mouvement ouvrier*, CEPREMAP, 1985).

³¹ Bernard Rosier, *Théories...*

³² Bernard Rosier, *Théories...*

Esta situación produjo un casi-estancamiento del stock de capital productivo y un aumento de la tasa de utilización de los equipos (es decir, de la relación entre producción efectiva y producción potencial permitida por la plena utilización de los equipos existentes en condiciones de rentabilidad satisfactoria para los capitalistas). Como la “gestión social” de la crisis hacía que la “demanda popular” se mantuviera gracias a las prestaciones sociales (y a la relación de fuerzas que prohíbe sobrepasar ciertos límites en la restricción de los salarios reales), el propio ciclo del capital (el envejecimiento de los equipos) debía terminar provocando cierta recuperación de la inversión. Esta recuperación se vio favorecida por el “enriquecimiento de los ricos” originado por el aumento de las rentas de la propiedad y las bajas fiscales de todo tipo. El consumo de las categorías más favorecidas jugó, por tanto, un importante papel en la dinámica del sistema de la segunda mitad de los años 80 en el último periodo³³. Los países de la OCDE registraron un aumento significativo de la inversión mientras que la recuperación económica iniciada en los Estados Unidos en 1983 se extendía a Europa. De este modo, el incremento de las desigualdades permitió al capitalismo volver a encontrar, por un tiempo, beneficios y a la vez mercados.

Esta nueva fase de acumulación condujo a algunos economistas a anunciar el principio de una nueva onda larga para los años 90, basándose en el alza de los beneficios y en la llegada de innovaciones tecnológicas (la informática y sus derivados)³⁴. Este punto de vista se basaba fundamentalmente en una concepción mecánica de la sucesión de las ondas largas. Desde una perspectiva contraria, era legítimo plantearse cuáles habían sido las consecuencias de las derrotas parciales sucesivas de las clases obreras de los principales países capitalistas que permitieron restablecer las tasas de beneficio a niveles similares a los de los años 70 y, teniendo en cuenta los mecanismos de recuperación de la segunda mitad de los años 80, sostener que un nuevo tipo de configuración aparecía dotada de una estabilidad limitada y basada en el aumento de las desigualdades.

La situación se invirtió ya en 1990-91: el estancamiento de la demanda doméstica tuvo consecuencias sobre la inversión. Los Estados Unidos entraron en una recesión. Pero la reunificación alemana perturbó el desarrollo de este último ciclo: el mercado que creó para la RFA y para las economías de la Unión Europea retardó la recesión en Europa continental (el Reino Unido evolucionó de manera similar a los Estados Unidos). Esta recesión particularmente acentuada ha mostrado los riesgos de las políticas neo-liberales de desregulación (véase más abajo), pero también ha mostrado la inestabilidad del modelo de crecimiento de los años 80. Incluso si la economía americana conoce actualmente una recuperación y si la recesión europea está probablemente terminando, la “Crisis” perdura.

b) ¿Hacia un nuevo “orden productivo”?

Ahora todo el mundo tiene ya claro que las nuevas tecnologías en sí mismas no pueden aportar ninguna salida a la Crisis. La incapacidad del capitalismo para recrear simultáneamente beneficio y mercados en expansión resulta esencial para comprender la situación actual y, sobre todo, la reciente recesión. A ello se añade la falta de coherencia de los diferentes aspectos del “orden productivo” presente.

³³ Según puede apreciarse, las rentas financieras no las pierde todo el mundo y tienen una función en relación con el sistema: esta constatación se opone a ciertas posiciones del Partido Comunista Francés que denuncia la carga impositiva sobre las finanzas, atribuyéndole las dificultades del sector productivo. Si esta perspectiva puede corresponder a verdaderos problemas a nivel micro-económico (a escala de una empresa o de una rama), resulta globalmente errónea para la economía en su conjunto.

³⁴ Angelo Reati, *Tasa de beneficios...*

Mientras que la mayoría de los economistas se esfuerzan por demostrar que el mundo actual es el único posible³⁵, las burguesías se afanan en alinear el capitalismo europeo (modelado por las relaciones de fuerza sociales y políticas heredadas de la Liberación y de las luchas sociales) sobre el modelo americano más flexible y menos social. Para conseguirlo, deberán infligir nuevas derrotas a los trabajadores. Ciertos sectores de la clase dominante deberán pagar también el precio de la internacionalización cada vez mayor de las economías, lo que alimenta en distintos países tendencias nacionalistas.

Pero el establecimiento de un nuevo “orden productivo” coherente no puede hacerse país por país, ya que supone también compromisos entre países dominantes sobre la regulación de los intercambios internacionales y el sistema monetario y financiero internacional. Por último, los países capitalistas desarrollados parecen estar actualmente marcados por una falta de coincidencia que habría que superar, y que se da entre sectores de elevado potencial de demanda (salud, educación) y sectores con alzas de productividad importantes y con perspectivas de beneficio muy elevado³⁶. Dos soluciones parecen posibles: el ajuste de la demanda (por el refuerzo del poder de compra de las categorías con ingresos más elevados compradoras de bienes manufacturados de lujo) o el de la oferta, mediante la rentabilización de los sectores que no generan suficiente beneficio para los capitalistas, pero hacia los cuales la demanda es fuerte.

Se trata de un vasto programa cuyos resultados son de lo más inseguros: hay que repetir, en efecto, que no hay fatalidad para la salida de la onda larga recesiva, sobre todo teniendo en cuenta que cierto número de características de los años 80 (como la financiarización de la economía) pueden ser consideradas como obstáculos suplementarios para la vuelta a una onda larga expansiva. Algunos economistas deducen de ello la posibilidad de un estancamiento en la Crisis. Conviene, sin embargo, no arriesgar un pronóstico definitivo en esta materia.

Por el contrario, a medio plazo, en lo que respecta a los últimos años del milenio, no caben muchas incógnitas: la salida de la recesión y un ritmo de crecimiento del orden del 2,5% de media durante algunos años, según las hipótesis más favorables, parece que no supondrán el fin del paro masivo, de la incertidumbre y de la precariedad para amplios sectores de la clase obrera y la juventud.

³⁵ Para ellos, no se trata sólo de negar la posibilidad de toda alternativa global a este sistema, sino de rechazar como nociva toda veleidad de puesta en marcha, dentro del marco mismo del sistema, de mecanismos correctores (como los objetivos de Keynes) dirigidos a acercarse al pleno empleo y a mejorar las condiciones de vida de la masa de la población.

³⁶ Maxime Durand, “Où va la crise?”, *Inprecor*, nº 346, 14 de febrero de 1993.

Capítulo 4

El imperialismo y la economía mundial

El término de imperialismo no aparece en Marx sino en los marxistas de principios de siglo. Pero es importante subrayar que este concepto no designa, como a menudo se cree, una teoría de la explotación de los países del Tercer Mundo. Se refiere, en realidad, a una teoría de la economía mundial cuyos elementos constitutivos se encuentran ya en Marx, y van a irse enriqueciendo y precisando poco a poco. Este capítulo comenzará, pues, presentando un rápido panorama de los desarrollos de esta concepción. En un segundo momento, abordaremos los rasgos esenciales de la economía mundial contemporánea.

I. UNA RÁPIDA HISTORIA DE LAS TEORÍAS

1. Marx y el mercado mundial

En las páginas del *Capital* dedicadas a la génesis del capitalismo, Marx muestra cómo éste se desarrolló en un pequeño número de países (Holanda y, después, Inglaterra), que cumplían dos series de condiciones. Por un lado, el capitalismo comercial había prosperado en estos países sobre la base del intercambio con regiones menos desarrolladas, jugando en este sentido un papel determinante en lo que Marx llama la acumulación primitiva del capital. Por otro lado, era necesario que ese capital-dinero pudiese después transformarse en capital productivo, y esto no pudo realizarse más que *“allí donde las condiciones se habían creado en el curso de la Edad Media”*³⁷.

La extensión del comercio mundial contribuyó a acelerar el declive del feudalismo y, después, las relaciones entre comercio e industria se modificaron: *“la necesidad inmanente para el modo capitalista de producir a una escala cada vez más y más grande incita a una perpetua extensión del mercado mundial, de manera que no es aquí el comercio el que revoluciona constantemente a la industria, sino al contrario”*. Esta página del *Capital* desemboca en la siguiente afirmación que es muy clara: *“La base del modo de producción capitalista está constituida por el propio mercado mundial”*³⁸.

La noción de mercado mundial es, pues, constitutiva del capitalismo, según se subrayaba ya en el *Manifiesto del Partido Comunista*: *“Por la explotación del mercado mundial, la burguesía da un carácter cosmopolita a la producción y al consumo”*. Pero el punto de vista de Marx y Engels sobre la penetración en los países coloniales no ha estado exento, al menos en sus escritos de juventud, de una visión bastante unilateral, que esta otra fórmula del *Manifiesto* ilustra bastante bien: *“Por el rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y la infinita mejora de los medios de comunicación, la burguesía arrastra en la corriente de la civilización incluso a las naciones más bárbaras”*. Así, en 1847, Engels llegará a aplaudir la conquista de México: *“Es un progreso para un país hasta entonces exclusivamente preocupado por sí mismo, desgarrado por incesantes guerras civiles y alejado de todo desarrollo [...] Es interesante para su propio desarrollo el que Méjico se encuentre a partir de ahora bajo la tutela de Estados Unidos”*³⁹.

En cuanto a Marx, hace una afirmación igual de categórica en un artículo sobre la India publicado en 1853 en el *New York Daily Tribune*: *“Inglaterra tiene que cumplir una doble misión en la India: destructora, por un lado, y regeneradora, por otra: tiene*

³⁷ *Le Capital*, Éditions Sociales, Libro III, tomo VI, p. 341.

³⁸ *Le Capital*, Éditions Sociales, Libro III, tomo VI, p. 341.

³⁹ Citado por Manuel Aguilar Mora, “Marx y México”, *La Batalla*, nº 4, 1983.

que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia". Ciertamente, si el desarrollo se introduce no es de manera deliberada: "Ya sé que la burguesía industrial inglesa trata de cubrir la India de vías férreas con el exclusivo objeto de abaratar el transporte del algodón y de otras materias primas necesarias para sus fábricas".

Pero este proceso de industrialización se extiende de tal manera que "el sistema ferroviario se convertirá por tanto en la India en un verdadero precursor de la industria moderna". La revolución social sigue siendo necesaria, pero se concibe como el colofón de un proceso lineal: "Todo cuanto se vea obligada a hacer en la India la burguesía inglesa no emancipará a las masas populares ni mejorará sustancialmente su condición social, pues tanto lo uno como lo otro no sólo dependen del desarrollo de las fuerzas productivas sino de su apropiación por el pueblo. Pero lo que sí no dejará de hacer la burguesía es sentar las premisas materiales necesarias para la realización de ambas empresas. ¿Acaso la burguesía ha hecho nunca algo más?"⁴⁰.

En otro artículo de 1853, Marx llega aún más lejos a propósito del Hindustán: "provocando esta revolución, y sean cuáles sean sus crímenes, Inglaterra fue un instrumento inconsciente de la historia". La penetración colonial se percibe, pues, como instrumento de progreso, violento sin duda, pero saludable, puesto que sacude sociedades que llevaban una "vida vegetativa, estancada, indigna"⁴¹.

Estas concepciones evolucionarán a lo largo del tiempo, a partir de una reflexión profunda sobre la cuestión nacional, sobre todo a partir de los casos de Irlanda y China y, en el ámbito de la economía, gracias a una aprehensión más sintética de la dinámica del mercado mundial.

En los análisis del *Capital*, la función del comercio internacional reside principalmente, para Marx, en la contra-tendencia que proporciona a la baja de la tasa de beneficio: "los capitales invertidos en el comercio exterior pueden dar una tasa de beneficio más elevada porque se entra aquí en competencia con países cuyas facilidades de producción mercantil son menores"⁴².

Marx afirma que hay transferencia de valor: "El país favorecido recibe en contrapartida más trabajo del que ha dado a cambio, aunque esta diferencia, este excedente, como en el intercambio entre el capital y el trabajo, se lo embolse una clase en particular", pero insiste sobre todo en el hecho de que esta contra-tendencia no hace más que desplazar el problema sin impedir, a fin de cuentas, que se manifieste la tendencia a la baja del beneficio "en determinadas circunstancias"⁴³.

Marx se interesa principalmente por la dinámica de la reproducción del capital en lo que llamaríamos hoy los países del Centro. Pero su visión unilateral integra poco a poco elementos más contradictorios, como en su análisis de los efectos de la gran industria: "Arruinando por la concurrencia su mano de obra indígena, la industria mecánica los transforma por fuerza en campos de producción de las materias primas que necesita [...] Una nueva división internacional del trabajo, impuesta por las sedes principales de la gran industria, convierte de esta manera una parte del mundo en campo de producción agrícola para la otra parte, que se convierte por excelencia en el campo de producción industrial"⁴⁴.

⁴⁰ Citado en Marx y Engels, *Acerca del colonialismo*, Moscú, Ediciones Progreso, 1977, p. 51 y 52.

⁴¹ Idem, pp. 35-43.

⁴² *Le Capital*, Libro III, tomo VI, p. 250.

⁴³ Idem, p. 251.

⁴⁴ *Le Capital*, Libro I, tomo II, pp. 131-132.

2. Las teorías clásicas del imperialismo

La noción de imperialismo aparece a principios de siglo, con los trabajos clásicos de Lenin y de Rosa Luxemburgo. No se trata en principio de analizar lo que llamaríamos hoy las relaciones Norte-Sur: la cuestión teórica que se discute se refiere a las condiciones internas de funcionamiento del capitalismo. Después de la “gran depresión”, que duró de 1873 a 1895, el capitalismo reemprende, en efecto, un crecimiento más dinámico, al mismo tiempo que conoce transformaciones substanciales. Toda una serie de teóricos como Bernstein y los que Lenin llamará los marxistas legales van a proponer una interpretación de los esquemas de reproducción que demuestran la posibilidad de un desarrollo indefinido del capitalismo sobre la única base del mercado interior. La cuestión que se plantea es, pues, la de comprender el modo de funcionamiento del capitalismo en un estadio particular de su historia. Es en relación con esta problemática como se introduce el concepto de imperialismo y como los países coloniales o semi-coloniales van a jugar un papel específico en el análisis teórico.

a) Rosa Luxemburgo y el problema de los mercados

A los pronósticos optimistas de un Bernstein sobre la dinámica del capitalismo, Rosa Luxemburgo opone una lectura diferente de los esquemas de reproducción. El argumento puede resumirse de manera bastante sencilla. Con la acumulación del capital, la composición orgánica tiende a aumentar, mientras que el capitalismo intenta contener el crecimiento de los salarios. En estas condiciones, si se mantiene la hipótesis atribuida a Marx, según la cual “*los capitalistas y los obreros son los únicos consumidores*”, la reproducción del capital se hace imposible. Rosa Luxemburgo rechaza, en efecto, las tesis de los marxistas legales, como Tougan-Baranovsky, que trataban de mostrar que la expansión capitalista era posible sobre la base de un auto-desarrollo sin fin de la sección de los medios de producción. Retoma una intuición fundamental de Marx según la cual “*la producción de capital constante no se hace nunca por sí misma, sino únicamente porque se utiliza más capital en las esferas de producción que producen para el consumo individual*”⁴⁵. Lo que ocurre pues es que “*requiere, como primera condición, un círculo de compradores que se sitúen fuera de la sociedad capitalista*”⁴⁶.

Además, esta idea, como se ha visto, está ya presente en Marx, quien señalaba en *El Manifiesto* que “*llevada por la necesidad de mercados siempre más extensos para sus productos, la burguesía invade toda la superficie de la tierra*”. Esta concepción, que implica que la realización de la plusvalía necesite permanentemente la apertura de mercados exteriores, da cuenta muy bien del periodo de expansión imperialista, durante el cual los países dependientes juegan un papel creciente, desde el punto de vista de los mercados ofrecidos. Pero no puede sistematizarse su fondo teórico: que, en ciertas condiciones históricas particulares, la expansión imperialista sea un elemento importante, incluso decisivo, de la acumulación del capital, es una cosa; pero hacer de esta constatación una ley absoluta, según la cual “*la plusvalía no puede ser realizada ni por los asalariados ni por los capitalistas, sino sólo por capas sociales o sociedades de modo de producción precapitalista*”, es un paso que no puede darse.

b) Lenin: el imperialismo, o el capitalismo de los monopolios

⁴⁵ *Le Capital*, Libro III, tomo VI, p. 314.

⁴⁶ *L'accumulation du capital* (1913), Petite Collection Maspero, Oeuvres IV, p. 25.

“Si hubiera que definir el imperialismo lo más brevemente posible, habría que decir que es el estadio monopolista del capitalismo”⁴⁷. Según vemos, Lenin toma como punto de partida el modo de funcionamiento de los países capitalistas más desarrollados. Su propósito es doble: por una parte, da cuenta de las transformaciones que han intervenido en este funcionamiento y, por otra parte, explica cómo las rivalidades inter-imperialistas han conducido a la Primera Guerra Mundial.

El imperialismo, estadio supremo del capitalismo, escrito en 1916, recoge de Hilferding y Hobson sus análisis clásicos sobre el capitalismo financiero, pero amplía la definición a los cinco “caracteres fundamentales siguientes: 1) concentración de la producción y del capital llegada a un grado de desarrollo tan alto que crea los monopolios, cuyo papel en la vida económica es decisivo; 2) fusión del capital bancario y del capital industrial, y creación sobre la base de ese “capital financiero” de una oligarquía financiera; 3) la exportación de los capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, toma una especial importancia; 4) formación de uniones internacionales monopolísticas de capitalistas que se reparten el mundo y 5) objetivo de reparto territorial del planeta entre las mayores potencias capitalistas del mundo”⁴⁸.

Bujarin⁴⁹ propone una representación de la economía mundial más sistemática que la de Lenin, insistiendo en la contradicción entre la internacionalización de las fuerzas productivas y la apropiación de la plusvalía que continúa desarrollándose a escala nacional. Produce una crítica de la teoría del ultra-imperialismo de Kautsky, según la cual la concentración del capital podría desembocar en un funcionamiento armonioso de la economía mundial. Esta crítica toma un tono muy moderno si se relaciona con las dificultades de unificación capitalista europea. Sin embargo, su teorización reposa, a fin de cuentas, sobre un modelo erróneo: cada capitalismo nacional resolvería sus contradicciones mediante la formación de una especie de capitalismo de Estado, y las contradicciones del capitalismo se reflejarían a nivel mundial, manifestándose sólo en forma de rivalidades inter-imperialistas.

c) La ley del desarrollo desigual y combinado de Trotsky

Esta ley, que fue presentada por Trotsky sólo de manera fragmentaria, se articula estrechamente a su teoría de la revolución permanente. La idea general más importante es que el capitalismo tiende a extenderse al mundo entero, pero que no lo hace de manera lineal y armoniosa. El sistema productivo resultante es jerarquizado, estructurado en economías dominantes y economías dominadas.

“Diferente en esto a los sistemas económicos que le han precedido, el capitalismo tiene la propiedad de extender continuamente su expansión, de penetrar en nuevas regiones, de sobrepasar las diferencias, de transformar las economías provinciales y nacionales cerradas sobre sí mismas en un sistema de vasos comunicantes, y de acercar así, de igualar, los niveles económicos y culturales de los países más avanzados y de los más atrasados”. Esta fórmula de Trotsky parece volver a una concepción lineal de la formación de la economía mundial, pero Trotsky introduce inmediatamente una tendencia complementaria: “Por el acercamiento económico de los países y la igualación de sus niveles de desarrollo, el capitalismo actúa con sus métodos, es decir con métodos anárquicos que boicotean su propio trabajo, oponiendo un país a otro y una rama de producción a otra, desarrollando ciertas partes de la economía mundial, frenando y atrasando otros sectores”⁵⁰. En el primer capítulo de su *Historia de la revolución rusa*, Trotsky añadirá un elemento suplementario: “De esta ley

⁴⁷ *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Moscú, Ediciones Progreso

⁴⁸ *Idem*, p. 114.

⁴⁹ Véase *La economía mundial y el imperialismo*

⁵⁰ *L'internationale communiste après Lénine*, PUF, pp. 104-105.

*universal del desarrollo desigual se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarrollo combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la combinación de fases distintas, a la amalgama de formas arcaicas y modernas*⁵¹.

El contenido dialéctico de esta ley del desarrollo desigual y combinado permite, retomando la expresión de Trotsky, explicar “*el vivo entramado del proceso histórico*”, que evita dos simplificaciones abusivas. La primera consistiría en presentar el capitalismo, a pesar de la violencia de sus métodos, como un agente del progreso histórico con un balance, en suma, positivo. Pero la formulación de la ley se distingue igualmente de una tesis, que podría calificarse de tercermundista, según la cual el capitalismo sería radicalmente incapaz de sostener cualquier desarrollo en los países dominados.

Desgraciadamente, estos avances acumulados poco a poco por los clásicos del marxismo serán dilapidados por la contra-revolución estaliniana. Por razones de conveniencia política de la burocracia soviética, la teoría marxista va a verse reducida a una visión esquemática que trata de afirmar el papel progresista de las burguesías nacionales con respecto a un imperialismo interesado únicamente en el mantenimiento de estructuras locales calificadas de feudales, con el fin de justificar una política de la Tercera Internacional.

3. Las teorías de la dependencia

Simplificando un poco, se pueden considerar como tales las numerosas contribuciones que aparecen tras la Segunda Guerra Mundial y que enlazan con las teorías clásicas del imperialismo. La novedad importante consiste en razonar desde el punto de vista de los países dominados y en insistir sobre las deformaciones implicadas por el desarrollo capitalista mundial. Así Baran⁵² retoma el debate donde Marx lo había dejado, para mostrar que el imperialismo británico puso trabas al desarrollo de la economía india.

a) La dependencia

A pesar del florecimiento de perspectivas muy diversas, se puede considerar que existe un núcleo común que puede resumirse con esta definición de la dependencia de Dos Santos: “*Por dependencia entendemos una situación en la que la economía de ciertos países está subordinada. La relación de interdependencia entre dos economías o más, entre éstas y el comercio mundial, adopta la forma de dependencia cuando ciertos países (los dominantes) conocen la expansión y la autosuficiencia, mientras que otros (los dependientes) no pueden esperar llegar a lo mismo sino como subproducto de esta expansión [...] Vemos que las relaciones establecidas por este mercado mundial son desiguales y combinadas*”⁵³.

La repercusión de las fórmulas de Trotsky es más que una coincidencia y marca la vuelta a las teorizaciones de la economía mundial. Pero esta vuelta bascula hacia el tercermundismo en dos tipos de teorías que tienden a sobre-valorar ciertos rasgos de la estructura de la economía-mundo.

b) El desarrollo del subdesarrollo

⁵¹ *Historia de la Revolución Rusa*, París, Ediciones Ruedo Ibérico

⁵² *La economía política del crecimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975

⁵³ “The structure of dependance”, *American Economic Review*, mayo 1970.

Las tesis de André Gunder Frank⁵⁴ son un buen ejemplo de esta tendencia a llevar las cosas al límite. El punto de partida es la constatación correcta de la polarización de la economía mundial: el desarrollo del capitalismo no es homogéneo, ya que existe lo que Frank y Samir Amin⁵⁵ llaman el Centro y la Periferia. Se hacen entonces algunos estudios históricos muy interesantes sobre la génesis de este subdesarrollo para mostrar cómo la penetración capitalista ha destruido las estructuras sociales preexistentes y ha conducido a una forma de desarrollo desarticulado, truncado, completamente determinado por las necesidades de los países del Centro.

La voluntad de separarse del esquematismo estaliniano lleva a Frank a extremar su lógica alternativa en lo que concierne a América latina. Puesto que se trata de rechazar tesis “dualistas” someras que oponen un sector “feudal” a un sector capitalista, Frank insistirá en el predominio del capitalismo, afirmando que América latina es capitalista, desde los primeros años de su conquista.

Esta tendencia a saltar de un esquema extremo al otro la encontramos de manera aún más marcada en una perspectiva dominante en los años sesenta que podemos resumir someramente así: el capitalismo saquea el Tercer Mundo, repatría íntegramente sus beneficios, luego es incapaz de asegurar el desarrollo industrial de los países dominados. No existe pues ninguna diferencia, en cuanto a su naturaleza, entre revolución antiimperialista y revolución socialista. Es evidente que esta conclusión deriva correctamente de la teoría de la revolución permanente. Lo que es menos convincente, retrospectivamente, es el carácter unilateral del análisis económico, basado sobre todo en la noción de intercambio desigual.

c) El intercambio desigual y las transferencias de excedente

La figura del saqueo estaba muy extendida y encontró un modelo teórico en el libro de Arghiri Emmanuel⁵⁶. Este modelo tiene el mérito de la simplicidad: los países de la periferia se caracterizan por salarios y niveles de productividad inferiores. Pero existe un mercado mundial en el que se forma, por perecuación de las tasas de beneficio, un precio único. Esta unicidad del precio, reflejada sobre las diferencias de productividad lleva a transferencias de valor, o dicho de otra manera, a una explotación de la periferia por el centro. Este modelo teórico parece satisfactorio y puede además tomar formas más denunciadoras pero bastante próximas, como la teoría de la sobreexplotación de Ruy Mauro Marini⁵⁷.

El error de fondo de este modelo está en que confunde países y capitales, error que da lugar indefectiblemente a la visión paradójica de una solidaridad de intereses entre la clase obrera y la burguesía de los países imperialistas, que, por así decir, co-explotarían a los asalariados de los países dependientes. No es extraño que se haya hablado entonces de “*naciones proletarias*”, lo que lleva a una sorprendente conexión, puesto que el radicalismo de la teoría del intercambio desigual tiende al final a aproximarse a la idea del nacionalismo anti-imperialista.

d) Elementos para un balance

Este rápido repaso no da cuenta de la riqueza de los debates. La principal crítica que, a pesar de todo, se puede hacer a las versiones radicalizadas de las teorías de la dependencia es la de haber obstaculizado la comprensión de los procesos de industrialización que se desarrollaban precisamente en los años sesenta. En varios

⁵⁴ Véase, por ejemplo, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1970

⁵⁵ *La acumulación a escala mundial*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974

⁵⁶ *L'échange inégal*, Maspero, 1969.

⁵⁷ véase *Dialéctica de la dependencia*, Era, México, 1972.

países capitalistas dependientes, como Méjico, Argentina o Brasil en América latina, como Corea o la India en Asia, o como Argelia o la Costa de Marfil en África, ha habido procesos de industrialización después de la Segunda Guerra Mundial hasta principios de los años setenta. Las tasas de crecimiento alcanzadas como media en los países del Sur, en este periodo, son equivalentes a las de los países imperialistas.

Las versiones más extremas y/o las más vulgarizadas de las teorías de la dependencia no permitieron comprender correctamente, entonces, la realidad de un desarrollo local basado en el crecimiento de las industrias de sustitución que remplazaban progresivamente los bienes importados. Esta visión demasiado unilateral de las cosas remitía a un papel excesivo atribuido a la esfera de la circulación y popularizaba la imagen de países a los que continuamente se les extraía la riqueza desde el exterior, con una tendencia simétrica a exagerar la importancia de esta transferencia para los países imperialistas.

En estos análisis existe una base común útil que conserva su actualidad. Pero sus conclusiones insuficientemente evaluadas han dado lugar a posiciones completamente opuestas: simplificando, había, por un lado, un optimismo desarrollista, que teorizaba un modelo reformista de desarrollo homogéneo y coherente (era, por ejemplo, la posición, en los años cincuenta y sesenta, de un núcleo de reflexión como la Cepal que teorizaba un modelo reformista). Por el lado opuesto, la tesis del saqueo del Tercer Mundo afirmaba que el capitalismo era por naturaleza incapaz de asegurar la más mínima forma de desarrollo o, incluso, de industrialización. Ahora bien, la dinámica de los países dependientes es una realidad vacilante y contradictoria, que no puede reducirse a una u otra de estas tesis.

Los países dominados no se definen sólo por esta relación de dependencia. Son también sociedades de clase, en las que el modo de producción capitalista domina, pero de manera más tardía y chocando con la persistencia de otras relaciones de producción. La dinámica particular de estas sociedades resulta pues de un juego de fuerzas múltiples, de factores internos y de factores externos estrechamente imbricados: la dominación imperialista externa se combina con la dominación capitalista interna de manera específica para cada formación social y en cada época.

II. EL IMPERIALISMO Y LA ECONOMÍA MUNDIAL EN LA ACTUALIDAD

Tras este rápido repaso de las diferentes perspectivas teóricas de la economía mundial, esta segunda parte tratará de los principales rasgos de la realidad contemporánea, resituándolos en un marco teórico de conjunto.

1. La reestructuración de la economía mundial

Desde el principio de la onda larga recesiva, la economía mundial ha conocido numerosas transformaciones. La principal tendencia es la de una mundialización imperialista. Los años ochenta han estado marcados por una internacionalización creciente de la actividad económica, que puede medirse, por ejemplo, por el crecimiento del comercio mundial, aproximadamente dos veces más rápido que el crecimiento de la suma de los mercados nacionales: hay pues intensificación de los intercambios de mercancías, principalmente entre los países capitalistas más desarrollados. El mismo proceso se da en los movimientos de inversión directa y a través de fusiones y alianzas entre grandes grupos internacionales. En esta dinámica, hay que señalar como elemento decisivo el hecho de que la mundialización no ha tenido lugar principalmente según una lógica vertical de segmentación de la división

internacional del trabajo. Los movimientos de inversión internacional conciernen esencialmente a los países imperialistas y lo mismo ocurre con las mercancías. En otras palabras, las deslocalizaciones hacia el Tercer Mundo juegan un papel muy secundario. Las exportaciones de capitales hacia allí no han conocido un aumento cualitativo: en el caso latino-americano, corresponden en su mayoría a inversiones atraídas bien por los mercados bursátiles, o bien por la ola de privatizaciones. Es pues una afluencia de capitales especulativos y muy volátiles.

La segunda tendencia del imperialismo contemporáneo es el lugar ocupado por las actividades financieras, que se expresa sobre todo en la subida de los tipos de interés. Calculados fuera de la inflación, éstos alcanzan niveles sin precedente histórico. Esta situación no está desligada de la estructuración de la economía mundial. Los tipos de interés elevados son, en efecto, resultado de la configuración de la economía mundial, en la que el déficit exterior de los Estados Unidos está financiado por los capitales excedentarios japoneses y alemanes, pero a condición de ofrecer una remuneración suficiente. Esto es tanto más necesario cuanto que la desregulación de los mercados financieros permite a los capitales pasar, en un abrir y cerrar de ojos, de un continente a otro: esta libre circulación contribuye a su vez a empujar al alza las tasas de interés.

La subida de los tipos de interés ha sido, junto con la disminución del crecimiento, un factor clave en la explosión de la deuda del Tercer Mundo: numerosos países que se habían endeudado al 5 o 6% han visto saltar las tasas de interés al 15% a principios de los años ochenta. El mantenimiento de tipos de interés elevados ha dado lugar a una transferencia de capitales en sentido inverso, según la cual los países deudores del Sur pagan más dinero a los países ricos del que reciben de ellos. En Europa, la alineación sobre el marco en el seno del Sistema Monetario Europeo ha representado otra palanca para el alza de los tipos de interés.

Este movimiento de financiarización no es una causa de la crisis sino un efecto de ésta. El incremento de la parte de la renta nacional que va a las rentas financieras puede, en efecto, interpretarse simplemente por referencia a los esquemas marxistas de la reproducción: en un contexto en que los salarios están bloqueados mientras la producción y la productividad siguen creciendo, aunque sea a un ritmo menos rápido, los beneficios quedan restaurados más rápidamente que las ocasiones de inversión. Deben, pues, ser “reciclados” a través de la esfera financiera, ya que su inflamamiento no es más que la cara oculta de otro fenómeno, que es el aumento de las desigualdades. No es posible dar la vuelta al análisis y decir que el mantenimiento en la recesión resulta de tipos de interés demasiado elevados o de un mal empleo del beneficio: no hay un buen capitalismo industrial por oposición a un capitalismo financiero. Hay un funcionamiento regresivo del capitalismo en su conjunto, que se traduce además, como en los años veinte, en una subida de rentas financieras y de esa capa social que podemos llamar “rentistas”. El efecto más importante de la subida de los tipos de interés es, sobre todo, el de pesar sobre los déficits presupuestarios en Europa y alimentar el aumento de las deudas públicas, que es la contrapartida de los regalos hechos a las rentas financieras.

La mundialización va acompañada de una tendencia en parte contradictoria, que es el establecimiento de una estructura de dominio imperialista tripolar. Con la mundialización, las estrategias de las grandes firmas multinacionales se transforman: razonan, de entrada, en relación con el mercado mundial y mantienen entre ellas relaciones complejas de concurrencia y también de acuerdos de cooperación, sobre todo en la investigación tecnológica. Tal proceso tiende a darles una nueva autonomía con respecto a los Estados. Esta realidad es pues totalmente distinta de la idea de Trust capitalista de Estado propuesta por Bujarin: el campo de intervención y los intereses económicos de los grandes grupos dejan de coincidir con los de su Estado

de origen. En el caso de potencias económicas como Japón, Estados Unidos y Alemania, esta tendencia no se ha terminado, y la coordinación entre el Estado y los grandes grupos sigue siendo activa.

A esta mundialización transversal, corresponde una tendencia vertical a la estructuración de zonas o de continentes. El imperialismo americano está reestructurando su dominación sobre el continente americano, sobre todo a través del Alena (Acuerdo de Libre Cambio entre Canadá, Estados Unidos y México). La zona asiática es la mejor protegida y, al mismo tiempo, integrada desde el punto de vista de los procesos productivos. Mientras que Japón y Corea están presentes en todos los mercados mundiales, la penetración de su mercado interior es, en la práctica, muy difícil. La organización por círculos concéntricos de las economías de la región y la manera en que China se inscribe en el dispositivo confieren al conjunto un dinamismo económico y comercial que no se encuentra en las otras grandes zonas capitalistas.

La unificación europea choca con profundas contradicciones: la construcción de un Estado supranacional está retrasada con respecto a la realidad del proceso de mundialización. Esto tiende a convertir a Europa en el menos homogéneo de los tres polos (Europa, Estados Unidos, Japón) que forman la Tríada. En efecto, Europa es un conglomerado de Estados capitalistas de rango comparable y ampliamente abierto a la competencia exterior. Está menos presente en terceros mercados y, sobre todo, se muestra incapaz de estructurar de manera dinámica su periferia natural, es decir el Mediterráneo y la Europa del Este. La dificultad de fondo que tienen que resolver los países europeos consiste en construir algo que cumpla a escala europea las funciones elementales habitualmente ejercidas por los Estados. El proceso de construcción europea es, pues, de un tipo diferente a los tratados firmados en América o en Asia.

Este proceso responde a las necesidades evidentes de las burguesías europeas, pero no por ello se halla exento de profundas contradicciones. La vía elegida con el Tratado de Maastricht era quizá la más rápida, o en todo caso, la más restrictiva. Su fracaso viene de una subestimación de las especificidades económicas nacionales y, sobre todo, de la diferente forma que han tomado las relaciones sociales de clase en cada uno de los países de la Unión Europea. La falta de cohesión de ésta aparece cada vez que se ve confrontada a las otras dos potencias imperialistas. Las últimas negociaciones del GATT han puesto de manifiesto la total falta de simetría en estas relaciones: Europa es la única que juega plenamente el juego del libre cambio, sobre todo en materia de mercados públicos. La porosidad de su economía la debilita de cara a sus competidores. El condominio imperialista es, pues, potencialmente conflictivo a causa de los múltiples desequilibrios. A falta de suscitar un "nacionalismo" europeo que no corresponde ni a los intereses de los grandes grupos ni a los de los pueblos, las burguesías europeas se verán expuestas durante largo tiempo a procesos de repliegue sobre un nacionalismo más tradicional.

2. La división internacional del trabajo en la actualidad

La articulación entre Norte y Sur se ha modificado mucho desde la Segunda Guerra Mundial. Se pueden distinguir tres grandes periodos, sin olvidar las fuertes disparidades que existen en cada uno de ellos. En el curso de los años sesenta, la tasa de crecimiento del PIB de los países del Sur tiende a alcanzar y a sobrepasar la de los países del Norte. En el periodo que va de 1967 a 1977, el crecimiento per cápita es incluso superior en el Sur: globalmente hay recuperación. Esto se debe a la existencia de procesos de desarrollo reales que operan en los países del Tercer Mundo y, también, al efecto de reciclaje de los petrodólares. El alza del precio del petróleo de 1973 a 1974 representó la formación de una renta que modificó

repentinamente el reparto de la plusvalía a escala mundial. Al no poder aumentar bruscamente la demanda inducida en los países productores de petróleo, el reciclaje de sus rentas suplementarias (los “petrodólares”) consistió en reinyectarlas en el sistema bancario internacional, que empezó de repente a prestar, principalmente a los países del Tercer Mundo, lo cual provocó un crecimiento importante de la deuda de éstos.

El año 1977 marca una importante ruptura, al ver la tasa de crecimiento medio de los países del Sur bajar bruscamente y descolgarse de la del Norte. En los años ochenta, que han sido llamados la década perdida, se registra, por primera vez después de mucho tiempo, un retroceso absoluto del producto per cápita en zonas enteras. Al mismo tiempo, se produce la explosión de la deuda, tanto más incontrolable en la medida en que está alimentada por una alza prodigiosa de las tasas de interés, mientras que la economía mundial da un frenazo importante. Se produce entonces un control de los países deudores por parte de las instituciones imperialistas, Banco Mundial y FMI, que imponen por todas partes planes de “ajuste” tendentes a organizar este retroceso histórico.

Dicho periodo se entiende bien aplicando el concepto de desarrollo desigual y combinado. Esta perspectiva de la economía mundial permite comprender que hubo al mismo tiempo una industrialización, pero que la dependencia impedía que ésta desembocara en un crecimiento autónomo con relación a la situación en los países imperialistas. El crecimiento de los países imperialistas iba acompañado, en los países capitalistas de la periferia, de una industrialización basada en la sustitución de importaciones. Pero ésta fue chocando progresivamente con sus propias contradicciones, que pueden resumirse en relación con los esquemas de reproducción: el ciclo del capital no consigue cerrarse en el propio país, que en general es incapaz de producir los medios de producción.

El paso de la onda larga expansiva a la onda larga recesiva se produjo por razones principalmente internas de los países imperialistas. Esta crisis en el Centro se combinó con una crisis específica del modelo de industrialización del Sur y redobló, a través del peso de la deuda, la amplitud de la crisis en los países dominados. Éstos se encuentran, de algún modo, aún más dominados que en los años treinta, en los que la crisis se había traducido por una desconexión que permitió a algunos países, sobre todo a Argentina y, después, a Brasil y a México, establecer un modelo de sustitución de importaciones y asentar así las bases de una industrialización.

Como vemos, esta lectura se inscribe en una tradición marxista renovada por los teóricos del imperialismo y, posteriormente, por los de la dependencia. Permite combinar las aportaciones de teorías no dialécticas que en principio están condenadas a no encontrarse. Resulta, en efecto, llamativo constatar que, en los años sesenta, las teorías tercermundistas declaraban el desarrollo imposible, cuando precisamente se estaba produciendo un desarrollo en numerosos países. Veinte años más tarde, los liberales fingen creer que los países del Tercer Mundo, al fin, van a poder adoptar todos la vía de la modernización capitalista, cuando justamente se hunden globalmente en la recesión. El concepto de dominación imperialista sigue, pues, estando de actualidad y la noción un poco difusa de Tercer Mundo conserva su sentido si este término designa el conjunto de los países dominados. Lo que no impide, evidentemente, la existencia de enormes diferencias entre los países en cuestión.

Corea del Sur y Taiwán siguieron, de este modo, una trayectoria propia que les permitió salirse de la categoría de país dependiente: el hecho es evidente, sean cuales sean los criterios adoptados (niveles de renta, estructura del aparato productivo). Si

añadimos los dos centros principalmente financieros, que son Hong Kong y Singapur (aunque son dos ciudades-enclaves), se obtiene un polo de crecimiento fuerte. Pero es Japon el que sigue estructurando la zona mediante una red muy densa de relaciones comerciales y de inversiones. En la periferia de este centro imperialista, se encuentran países como Malasia, Tailandia o Filipinas, que se integran en una división internacional del trabajo con papeles bien distribuidos. Es una de las razones por las cuales la vía coreana no es reproducible: los países de segundo rango de la zona tienen la función de proveer el capital regional en mano de obra de bajos salarios, y no están llamados a acceder al rango de potencia industrial. El modelo que preconiza el Banco Mundial se distingue, por otra parte, en puntos importantes de la trayectoria coreana, que se apoyó en una reforma agraria, en la protección de las industrias nacientes y en una política industrial coordinada por el Estado.

Las muy diferentes posibilidades de los países del Sur (y del Este) no impiden que se pueda examinar su situación de conjunto. Una tendencia absolutamente llamativa es, en efecto, la elección casi-universal de un modo de crecimiento basado en las exportaciones. Esta convergencia no se debe al azar, puesto que a estos países las políticas les vienen impuestas, en gran medida, por instituciones internacionales como el FMI o el Banco Mundial. Por consiguiente, la lógica de organización de la economía mundial reposa sobre el establecimiento de una competitividad entre estos países, basada en salarios bajos u otras ventajas específicas, frente a inversiones muy volátiles, o a mercados muy inestables. Este esquema lleva a una nueva forma de desarrollo dependiente, que traza las líneas de lo que podríamos llamar un neo-imperialismo.

Está claro que en este juego no todos los países pueden ganar. La principal razón es casi aritmética: la capacidad de absorción de los países imperialistas es limitada y lo será tanto más en la medida en que logren venderles más a los países del Sur, en razón de los efectos sociales de tales éxitos. En este mercado mundial, los “ofertantes”, que son los países de bajos salarios, se convierten en prisioneros de una lógica sin fin que les condena a reproducir sus “ventajas comparativas” consistentes, ante todo, en sus bajos salarios; este tipo de configuración no es, pues, un modelo de desarrollo. Este modelo es además muy diferente de la trayectoria coreana, y queda prácticamente excluida la posibilidad de que nuevos países accedan, sobre la base de la división internacional del trabajo, a un dominio completo de las filiales industriales. No es imposible que se den éxitos menos sistemáticos, pero serán siempre éxitos contra competidores vecinos. Sólo la China, por su mezcla muy específica de ultracapitalismo, de pequeña economía campesina y de represión, puede esperar un modelo más homogéneo y relativamente auto-centrado.

En los países del Sur, el ajuste liberal se traduce, mayoritariamente, en el establecimiento de un modelo que puede calificarse de excluyente o dualista, porque delimita una fracción de la economía susceptible de conectarse al mercado mundial. El resto se encuentra así marginado, a causa de los insuficientes niveles de productividad y de desarrollo tecnológico, que la “ventaja” de los bajos salarios no basta para compensar, desde el punto de vista de la lógica capitalista. En estas condiciones, no se puede poner en marcha la satisfacción de las necesidades del propio país, ni elevar simultáneamente la productividad y el nivel de vida en el conjunto de la sociedad. Suponiendo que haya desarrollo, se trata de un desarrollo desigual y truncado.

Semejantes consideraciones pesan sobre el proceso de restauración capitalista en los países del Este, que se ven en gran medida sobredeterminados por la nueva gestión de la economía mundial. Lejos de constituir una nueva frontera, una zona de expansión sin límite para la acumulación del capital, los países del Este representan,

en cierto modo, una carga que el capital internacional no está capacitado para asumir. Prueba de ello es la experiencia de la reunificación alemana: incluso con una voluntad política fuerte y enormes medios financieros, la asimilación sigue siendo un proceso contradictorio y difícil. Esto es aún más evidente en países mucho más pobres o mucho más grandes. También en estos casos, la lógica dominante consistirá en seleccionar aquellos países que presenten un interés suficiente y que puedan en cierta medida ser incluidos en la Europa capitalista. Hungría, la República Checa y Polonia parecen los mejor situados, lo que significa que otros países serán marginados, e incluso desmembrados. El precedente yugoslavo es, sin duda, un caso límite, pero las tensiones internas se han visto reforzadas por la atracción diferencial ejercida por Europa sobre los diferentes componentes de Yugoslavia. Rusia debería, hasta cierto punto, recuperar un papel de centro económico con respecto a países como Ucrania, sin por ello estabilizar las zonas de desequilibrios y de tensiones.

La ausencia de enlace exterior dará al proceso restauracionista un aspecto específico, acentuando la tendencia al desarrollo de un capitalismo parasitario, relativamente incapaz de apoderarse del núcleo de la economía. Las ventajas específicas que se habían atribuido a los países del Este, sobre todo en materia de formación y de cualificación de la mano de obra, se evaporaron parcialmente, al tiempo que estas sociedades conocían un proceso profundo de desestructuración social.

La explotación de los países del Tercer Mundo es sin embargo un factor secundario entre los factores que determinan la dinámica de los países capitalistas desarrollados. Esta constatación, que permite sobrepasar un tercermundismo simplista, significa que las razones de los éxitos y fracasos del capitalismo en el centro no dependen principalmente de los recursos que obtiene del Tercer Mundo.

Esto es importante, sobre todo en un momento en que, con un cinismo bastante increíble, ciertos economistas burgueses pretenden que el paro, en Europa, sería resultado de la concurrencia de los países con bajos salarios y en particular de las deslocalizaciones. Esta tesis debe ser rechazada, pero también la idea contraria según la cual la prosperidad de los años sesenta se sustentaría principalmente en el saqueo del Tercer Mundo. La razón es sencilla: la fuente principal de riqueza de los países imperialistas, es el trabajo empleado en el propio país, cuyo nivel de productividad se sitúa a niveles por otra parte muy superiores.

Todo ello no impide, claro está, que, al contrario, las transferencias de valor pesen de manera considerable sobre la economía de los países dominados. Pero la dominación imperialista no basta tampoco para explicar la evolución económica y social de los países dominados. El funcionamiento concreto del capitalismo en una formación social dada resulta, en efecto, de la combinación de factores externos (la inserción en la economía mundial) y de factores internos (estructura de clases, repartición de la renta, formas de dominación política, etc.). Encontramos aquí, de forma diferente, el debate en torno a la teoría de la revolución permanente: si la relación imperialista bastara para explicar el subdesarrollo, una alianza interclasista sería posible para liberarse de esta dominación. Pero olvidaríamos así que las clases dominantes de los países del Tercer Mundo se benefician de la dominación de su propio país y participan en ella. Su modo de vida es idéntico al de las clases dominantes de los países más ricos y sus fuentes de bienestar social se sitúan precisamente entre los sectores fuertemente exportadores: para estas clases, se trata por tanto del mejor modelo disponible en el periodo histórico actual. Estos distintos elementos se combinan de forma diferente en cada país dominado, sobre todo en función de los productos que exporta, de su grado de desarrollo industrial. En lo que atañe a todos estos puntos, es necesario hacer análisis concretos de los capitalismo periféricos.

Los principales elementos de todo programa de desarrollo son fáciles de enunciar: hay que dar la prioridad a la satisfacción de las necesidades de la mayoría, denunciar la deuda, organizar la reforma agraria, reorientar los recursos hacia el mercado interior y controlar el comercio exterior, repartir la renta de manera más igualitaria, llevar a cabo una reforma fiscal. En cada uno de estos puntos, este programa se opone a los intereses de las burguesías locales. Todo antiimperialismo es, en este sentido, un anticapitalismo que supone una doble ruptura articulada: con el mercado mundial, evidentemente, pero también, en el interior, con la ley del beneficio y las desigualdades.

La ley del desarrollo desigual y combinado es pues una fórmula que corresponde perfectamente al capitalismo contemporáneo. En efecto, la dialéctica fraccionamiento / integración aparece actualmente como el principal movimiento de la economía mundial. Con el hundimiento de las sociedades burocráticas del Este, puede decirse que el capitalismo imprime su marca al conjunto del planeta, sobre el cual ejerce su dominio más o menos exclusivo y sin consideración de las fronteras nacionales. Pero ha perdido la capacidad de extender su lógica en profundidad y funciona como una enorme maquinaria de exclusión: en lugar de asimilar a su lógica las capas sociales y las zonas geográficas, ejerce una selección sistemática y rechaza todo lo que no consigue integrar a dicha lógica. Representa el paro y las exclusiones en los países ricos, el crecimiento del sector informal en los países pobres. Introduciendo la concurrencia entre formaciones sociales que se sitúan a niveles de productividad extremadamente dispares, introduce la regresión social, y ahoga toda perspectiva de progreso social de los demás. La economía mundial capitalista ha entrado, pues, en una fase de inestabilidad profunda en la que pueden germinar las formas más bárbaras de perpetuación de un sistema económico y social hoy en día caduco. Sería posible, actualmente y en las décadas venideras, asegurar al conjunto de la población mundial un acceso a la satisfacción de las necesidades elementales: las potencialidades económicas existen, incluso teniendo en cuenta las constricciones ecológicas. Cada vez está más claro que son las exigencias irracionales del sistema capitalista las que obstaculizan las aspiraciones de la humanidad; precisamente en esta contradicción cada vez más flagrante reside la posibilidad de fundar un anticapitalismo contemporáneo.

Capítulo 5

La alternativa socialista: elementos para un debate

Son las mercancías, y no los ejércitos de los países capitalistas avanzados, las que han producido un choque mortal en las economías llamadas socialistas. Tras varias décadas en que los niveles de vida se habían ido aproximando, en el curso de los años ochenta aumentan las disparidades entre sistemas. Mientras que el capitalismo, durante su crisis, era aún capaz de revolución tecnológica, la burocracia de los países llamados socialistas se había convertido en un gran obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas y se volvía masivamente hacia el mercado para intentar conservar sus privilegios.

La victoria del capitalismo en el terreno de la eficacia económica (el mercado, según se decía, iba además ligado a la democracia) parecía, para muchos, condenar no sólo al “socialismo” de los países del Este sino también toda idea de alternativa global al capitalismo. Pero el triunfo del mercado liberal predominante en 1989 (año de la caída del muro de Berlín y del crecimiento recuperado en la Comunidad europea que preparaba su gran mercado de 1992) ha sido de corta duración. Lo mismo puede decirse de la “avalancha hacia el Este” y de las ilusiones puestas en las terapias liberales.

La “eficacia económica”, en las condiciones de la nueva expansión capitalista, va acompañada de regresiones sociales colosales en todos los países del mundo. Hasta el punto de que se habla de “tercermundización” de los Países del Este y de “cuartomundo” en el seno mismo de los países ricos. Las ganancias en productividad se traducen, pues, en más paro y más pobreza y no en más ocio o bienestar. Y en la *destrucción no creativa* que se opera en las economías llamadas socialistas, cada vez se atacan más, también, los derechos fundamentales (la educación, la salud, el empleo, etc.): es cierto que estuvieron tan vituperados y pervertidos por la burocracia que nunca estuvieron plenamente realizados, pero, incluso bajo la forma que adoptaron, siguen siendo percibidos como verdaderos derechos asociados a la exigencia de una “justicia social”.

Si la “necesidad” de una lógica alternativa a la del capitalismo de gestión y redistribución de los recursos humanos se hace sentir más que nunca, sin embargo hay que hacer frente a las dudas profundas sobre la posibilidad misma del socialismo. No discutiremos aquí todo lo que estas dudas representan en cuanto a la actual relación de fuerzas entre clases, ni todo lo concerniente a las cuestiones políticas y estratégicas (algunas antiguas, otras ligadas a la nueva época de mundialización capitalista a la que nos enfrentamos).

Nos limitaremos a abordar aquí lo relativo al balance de la experiencia de los países del Este: ¿hay que revisar u olvidar a Marx? ¿Qué aporta a nuestra reflexión la experiencia de los países llamados socialistas?

Resulta evidente –pero no está de más decirlo explícitamente– que no se trata aquí de “zanjar” estas cuestiones. Cada una de ellas exige una ardua tarea de análisis que llevará tiempo y movilizará energías procedentes de múltiples horizontes.

I. ¿HAY QUE OLVIDAR A MARX Y A LOS BOLCHEVIQUES?

1. Marx y el socialismo

Con frecuencia se atribuye hoy a Marx la responsabilidad del fracaso del “socialismo” proclamado en el Este⁵⁸. Por ejemplo, Wladimir Andreff estima que el socialismo, en los textos de Marx y Engels, se define de alguna manera por “*una oposición punto por punto de la economía socialista a la capitalista*”. “*De ella se deducen*” las características siguientes:

- “*al valor (en moneda) sucederá una evaluación directa de los productos en tiempo de trabajo;*
- *la contabilidad y el cálculo económico se harán en unidades físicas (en unidades de trabajo, entre otras) y no en valor (y en moneda);*
- *una planificación regulará la economía –en lugar del mercado, se sobreentiende*”⁵⁹.

El hiper-centralismo de las sociedades llamadas socialistas sería, pues, la consecuencia inevitable de la negación del mercado. El marxismo sería irremediabilmente portador de esta deriva centralista. Esta perspectiva suscita varios tipos de observaciones:

* La supresión del mercado y el hiper-centralismo de la planificación soviética no fueron fruto de una “lectura de Marx” y de su aplicación, sino de una historia concreta. No se puede hacer abstracción de los acontecimientos que han marcado los primeros años de la URSS: es la lógica estaliniana de control político y policial de la sociedad la que ha producido el hiper-centralismo. El “modelo económico” es fruto de opciones (y de una represión política) previas.

*Es cierto que se encuentran en Marx algunos hilos conductores sobre la sociedad socialista, pero se niega explícitamente a “leer en los posos de café”, es decir a predecir lo que serían las modalidades concretas de funcionamiento de una sociedad socialista. Los hilos conductores legados por Marx ponen el acento:

- en la desalienación del trabajo, y por lo tanto en la capacidad de los interesados para convertirse en dueños de este trabajo, de controlar sus resultados. Pero esto implica una transparencia y una responsabilidad (incluido para la “medida” de los gastos en trabajo) que se sitúan en las antípodas de la sociedad y de la planificación soviéticas;

- en el debilitamiento del Estado, tesis inspirada, como sabemos, en el ejemplo de la Comuna de París. La “dictadura del proletariado”, en su contexto y en su espíritu, es una fórmula que describe al menos la más amplia democracia para los trabajadores, siendo el cuestionamiento de la dominación de la clase burguesa la esencia de esta “dictadura”. Aquí también, “el socialismo real” de la URSS es lo contrario de los hilos conductores marxistas, aunque estos hilos conductores no nos den recetas sobre la democracia socialista.

Por otra parte, el socialismo (como primera fase hacia la sociedad de la abundancia comunista) no es “pensado” (pensable) por Marx sino *a partir de una sociedad capitalista desarrollada*.

2. Las concepciones de los Bolcheviques y el “socialismo en un sólo país”.

En este aspecto, los Bolcheviques se han diferenciado de los Mencheviques. Para éstos últimos, la revolución rusa, al estallar en un país subdesarrollado, no podía y no debía ser socialista – ya que el capitalismo debía asegurar el desarrollo previo de las

⁵⁸ Esto es lo que hace, por ejemplo, Alec Nove, hoy fallecido. Especialista británico de Europa del Este, es autor de *Socialismo sin Marx* (Económica).

⁵⁹ Wladimir Andreff, *La crise des économies socialistes*, Presses Universitaires de Grenoble, 1993, p. 26.

fuerzas productivas. El papel de los partidos obreros era, por tanto, el de inscribirse en la revolución burguesa, apoyando de forma crítica el reformismo. El desastre de las economías “socialistas” hace necesario retomar el debate: ¿sería el precio a pagar por un hiper-voluntarismo bolchevique, que pasa por encima de las etapas históricamente “necesarias”?

Este debate estaría viciado si no restableciese previamente la realidad del análisis bolchevique: el socialismo en un país atrasado, y además aislado, no era más concebible para ellos que para los Mencheviques. Conservaban, en este sentido, la esencia del pensamiento marxista, pero insertándolo en el análisis del modo de desarrollo del capitalismo mundial:

* En primer lugar, estaba claro que era a partir de las contradicciones del capitalismo desarrollado que estallaba la revolución socialista: era la exportación de sus capitales hacia su periferia subdesarrollada la que había dado lugar a formaciones sociales híbridas, socialmente explosivas, sometidas a un “desarrollo desigual y combinado”, como ocurría en Rusia. El capitalismo mundial, sistema jerarquizado, podía ser, por tanto, contestado en su eslabón más débil.

* Pero esto no implicaba la posibilidad de construir el socialismo sin pasar por las revoluciones en los países desarrollados. De ahí la esperanza fundamental en la revolución alemana sobre todo. La consolidación del estalinismo fue el precio a pagar por el aislamiento de la URSS.

Stalin y sus sucesores proclamaron el “socialismo construido” sobre la base de la industrialización extensiva que las nacionalizaciones habían hecho posible. En *La revolución traicionada*, Trotsky mostraba ya tanto sus logros como los monstruosos estropicios burocráticos camuflados por las estadísticas. Predecía que “*la intervención de las mercancías (capitalistas) a bajo precio [...] sería infinitamente más peligrosa*” que los ejércitos capitalistas⁶⁰: las debilidades de productividad del sistema, decía, serían (si el capitalismo conseguía salir de su larga crisis de entre guerras) un factor clave de las relaciones de fuerza mundiales.

La larga supervivencia del estalinismo (no prevista por Trotsky) estuvo a su vez ligada a cuatro factores: la gran debilidad de las burguesías europeas tras la guerra; la ambigüedad de la victoria sobre el fascismo en la segunda guerra mundial (victoria en la que el movimiento obrero tuvo su peso, pero en el marco de una colaboración de clases); la caída del capitalismo en los países satélites de la órbita soviética y las revoluciones yugoeslava, china y cubana, que debilitaron el capitalismo mundial; por último, las reformas burocráticas que introdujeron modos de gobierno menos violentos y basados en mejoras reales de nivel de vida para las poblaciones. Además de la represión, de las esperanzas de emancipación alimentadas por la lucha antifascista y del impacto de la revolución de Octubre, las mejoras sociales económicas y culturales también formaron parte de las realidades que explican la duración de la vida de estos sistemas: para las generaciones que habían conocido los regímenes anteriores, esto era muy importante.

3. La problemática de la transición

Para Trotsky, como para el conjunto de los Bolcheviques antes de la victoria de Stalin, la sociedad soviética no era ni capitalista ni socialista. Los Bolcheviques la habían denominado “socialista” (como la propia revolución de Octubre) para describir su

⁶⁰ *La révolution traahie*, in *De la Révolution*, Éditions de Minuit, p. 450.

objetivo. Pero se trataba para ellos de una sociedad de transición al socialismo –no prevista por Marx. La problemática de la transición al socialismo, es decir el análisis de las condiciones históricas concretas de emergencia del socialismo, estaba ligado a la era del imperialismo.

El debate primero y principal es pues el de las condiciones de emergencia del socialismo: ¿la era histórica de estallido de las revoluciones abierta por la primera guerra mundial podía dar nacimiento a sociedades inmediatamente socialistas (por tanto sin clases, sin sector capitalista)? ¿Se trata sólo de un problema ligado al subdesarrollo o, como lo formulaba el economista soviético Préobrajensky a mediados de los años 20, el problema de toda revolución en un país o conjunto de países con un nivel de productividad inferior al de los países capitalistas más desarrollados?

“Si se aplicasen a la URSS los precios mundiales, escribía Préobrajensky, los dos tercios de nuestra industria se verían eliminados a causa de [...] su carácter no necesario desde el punto de vista de la división mundial del trabajo basada en el capitalismo”. Pero, según subraya, el problema se plantearía de manera similar en cualquier otro lugar mientras la revolución no hubiera vencido en los países más desarrollados: “la economía soviética de Europa, decía por ejemplo, será más débil [...] que la economía de la América capitalista”⁶¹.

En este contexto, se hará necesario tener “una colaboración forzosa” con el capitalismo aún realmente existente, protegiéndose al mismo tiempo de él. Lejos de preconizar la autarquía, se trata, para Préobrajensky, de utilizar las relaciones con el capitalismo mundial con el fin de beneficiarse de sus tecnologías y conocimientos.

En otras palabras, las contradicciones, las categorías económicas y el modo de funcionamiento de esta sociedad de transición formaban parte, para los Bolcheviques soviéticos, de una problemática teórica totalmente diferente del rechazo del mercado, de la “ley del valor” y de la moneda (que pudieron marcar parcialmente ilusiones ligadas al “comunismo de guerra”). El primer gran debate marxista, en este nuevo contexto, fue el de la ley del valor y lo protagonizaron, en los años veinte en la URSS, Préobrajensky y Bujarin. Pero ni el uno ni el otro (pero tampoco Trotsky ni la Oposición de izquierda) preconizaron la supresión total del mercado, la autarquía (ruptura de lazos con el mercado capitalista) o una planificación de tal naturaleza que no necesitase del cálculo económico ni de los precios. Trotsky estima así que “dos palancas deben servir para regular y adaptar el plan: una palanca política creada por la participación real en la dirección de las masas interesadas, lo que no se concibe sin la democracia soviética; y una palanca financiera resultante de la verificación efectiva de los cálculos a priori utilizando un equivalente general, lo cual es imposible sin un sistema monetario estable”⁶².

En resumidas cuentas, el debate sobre la herencia de Marx es bastante más complicado que el anunciado por los críticos de Marx – y no puede situarse, en realidad, en los meros aspectos criticados por éstos: no hay en Marx ningún análisis de las condiciones reales de emergencia del socialismo. Este análisis que se inauguró en los años veinte desde una perspectiva marxista, ha de ser retomado ahora que nos encontramos al fin de una época: la iniciada por la revolución de Octubre, que acaba con la caída de los países llamados socialistas y con una “mundialización” específica

⁶¹ Véase *La Nouvelle économie*, EDI, p. 184. Véase también VVAA, *El debate soviético sobre la ley del valor*, Madrid, Comunicación, 1974. Sobre este debate se puede consultar también C. Samary, “Plan, marché et démocratie – l’expérience des pays dits socialistes”, *Cahier d’Etude et de Recherche*, n° 7/8, IIRF, Amsterdam, 1988 ; W. Brus, *Problèmes généraux de fonctionnement de l’économie socialiste*, Maspero, 1968.

⁶² *La révolution trahie*, op. cit., p. 487.

del capitalismo (conjuntos regionales, lugar de las instituciones mundiales de la burguesía, lugar de las multinacionales, deslocalización de los procesos productivos).

En cualquier caso, no había (ni podía haber) en Marx (ni en Prébrajensky, por otra parte) ninguna aproximación a las cuestiones de la burocratización del Estado obrero, puesto que no tenían ninguna perspectiva experimental al respecto. Hay que esperar a los años 30 para que Trotsky precise sus análisis sobre esta cuestión. Tampoco había una aproximación teórica o empírica de las cuestiones de cálculo económico en la transición (qué “medida” de las necesidades y de los costes). Del mismo modo que no había experiencia sobre lo que podía ser una democracia socialista como regulador económico y político en la emergencia del socialismo. No hay que olvidar ni a Marx ni a los Bolcheviques, pero no todas las respuestas las podemos encontrar en ellos. Nosotros nos “beneficiamos” de la experiencia y de los daños prácticos e ideológicos que se produjeron por la degeneración burocrática de la revolución de Octubre.

II. DE LA EXPERIENCIA DE OCUBRE A LA CRISIS

1. Las contradicciones de la planificación burocrática

Una aproximación marxista a las sociedades del Este choca necesariamente con dificultades conceptuales. Lo constatado por Bujarin para las categorías económicas es sin duda generalizable en una sociedad de transición marcada por las incertidumbres del “ya no / todavía no”:

“Nos encontramos en este punto ante una curiosa contradicción. Las viejas categorías de la economía política permanecen como formas primeras de la generalización práctica de la realidad económica viva en continuo cambio. Al mismo tiempo, sin embargo, estas categorías no pueden permitirnos penetrar más allá de la ‘aparición de los fenómenos’ (...). Estas relaciones elementales, de las que las categorías de mercancía, precio, trabajo asalariado, beneficio, etc., constituyen la expresión ideológica, existen en la realidad al mismo tiempo que no existen”⁶³.

Pero esta perspectiva debía adoptarse con la única finalidad de ver, detrás del plan y del mercado, las relaciones sociales de producción y de intercambio⁶⁴. Las numerosas descripciones de estas sociedades, han subrayado, desde perspectivas diferentes, su especificidad⁶⁵. Ésta se confirma y se mide plenamente en las propias dificultades de la restauración capitalista que pueden constatarse actualmente. En síntesis, la planificación burocrática estaba marcada por los rasgos siguientes:

a) Duplicación “política” de las instituciones de planificación por las del partido. Evaluación principalmente en naturaleza (cantidades físicas), a pesar de una contabilidad en precios: no había un “papel activo” (Brus) de la moneda en el sector de los bienes de producción. Es decir, no había un verdadero proceso de compra venta. De ahí la falta de “obligación presupuestaria fuerte” (Kornai) sobre la gestión de las empresas: no había medida real (sean cuáles sean los criterios) de los costes, no había reabsorción de los derroches, ni criterio de “beneficio” – porque no había

⁶³ Bujarin, « Las categorías económicas del capitalismo durante el período de transición », en *El debate soviético sobre la ley del valor*, p. 77.

⁶⁴ Véase “Plan, marché et démocratie », ya citado, donde se analizan, además de los debates de los años veinte, las contradicciones de la planificación burocrática de tipo soviético, y las diferentes reformas de este sistema con o sin autogestión. Véase también W. Brus, ya citado, y Gérard Roland, *Économie politique du système soviétique*, L'Harmattan, 1989.

⁶⁵ Véase, sobre todo, Janos Kornai, *Socialisme et économie de la pénurie*, Economica, 1984 ; Alec Nove, *L'économie soviétique*, Economica, 1981.

moneda funcionando como capital (no se podía comprar una fábrica o unos equipamientos).

b) la moneda funcionaba como poder de compra (ingresos) en el sector de los bienes de consumo. Los privilegios burocráticos eran pues esencialmente en especie, o en bienes de consumo. Las diferencias de ingresos eran reducidas en comparación con una economía capitalista (Nove). Los precios en el sector de los bienes de consumo no eran, sin embargo, “precios de mercado”: no reflejaban necesariamente los costes (cf. las subvenciones duraderas a los bienes de primera necesidad), ni las relaciones de oferta y demanda. De ahí las colas. A precios muy bajos, la demanda es alta. Por esto los economistas hablaban, a veces, de “inflación camuflada” cuando describían las colas para adquirir bienes mantenidos a precios “administrados”. Pero hay dos maneras de suprimir las colas: encontrar mecanismos de aumento adecuado de la oferta (y de mejor organización de la distribución); o bien, lo que la “transición” actual introduce, es decir el aumento de los precios, que hace inabordables muchos productos.

c) El trabajo era ciertamente asalariado, pero de una manera específica y limitada: los directores de las empresas no tenían en realidad derecho ni poder de despido, porque no había una “obligación presupuestaria fuerte” que llevara a la restricción de los costes. Pero también porque el poder (los privilegios y promociones) de los directores dependía de criterios a la vez económicos (alcanzar o sobrepasar los objetivos del plan) y políticos (la tranquilidad social). En efecto, la nomenklatura era nombrada (y destituida de sus funciones) según criterios políticos. Reinaba en nombre de los trabajadores, sobre sus espaldas. No era un verdadero propietario de las empresas (no podía cerrar o vender la empresa ni gestionarla libremente según criterios de rentabilidad). De ahí que hubiera quizá una connivencia conflictiva de los directores y de los trabajadores para realizar (o sobrepasar) el plan, con el máximo de recursos pedidos “al centro” y camuflados localmente para estar seguros de que no faltasen. Para alcanzar este plan, un director tenía, además, que atraer y mantener la fuerza de trabajo (el puesto de trabajo no se imponía). La empresa constituía (sobre todo cuando era de talla media y en las ramas prioritarias del plan) un espacio de protección social de todo tipo y de distribución de bienes en especie: viviendas, guarderías, espacios de vacaciones, productos de base, etc.

Los economistas han descrito, a menudo, el mal pleno empleo de la economía soviética como un “paro camuflado” porque a falta de verdaderos mecanismos mercantiles que marcaran obligaciones, la cantidad de puestos de trabajo era ampliamente superior a su equivalente en una empresa capitalista –e independientemente de este criterio de comparación discutible, había una pérdida real de tiempo de trabajo. Pero para un trabajador, el derecho al trabajo (incluso si se trataba de un empleo malo) se había convertido en algo adquirido.

d) En conjunto, se daba una forma parasitaria de explotación no capitalista de los trabajadores, que no controlaban los objetivos de su trabajo ni el uso del excedente. La ausencia de mecanismos mercantiles permitía, al mismo tiempo, una producción extensiva (multiplicación de unidades de producción) muy dispendiosa en recursos materiales, humanos y naturales. Pero permitió, simultáneamente, a regiones enteras salir del subdesarrollo y desarrollar sectores y ramas (sobre todo en el ámbito cultural y científico) sin las limitaciones de la rentabilidad privada. El aumento de los costes, la tendencia al pleno empleo de los recursos, imponían el paso a una producción más “intensiva” (mejor gestión de las unidades de producción existentes). De ahí las reformas.

2. Las reformas económicas

En general, fueron introducidas bajo la presión, por un lado, de las necesidades crecientes de las poblaciones (incluidos los burócratas) y, por otro lado, de las necesidades originadas por los intercambios mundiales (exigencia de mejora de la calidad y de reducción de gastos). En el caso yugoslavo, fue la ruptura Tito/Stalin de 1948 y el aislamiento impuesto al régimen yugoslavo por el Kremlin lo que llevó a reformas (introducción de la autogestión y de otra forma más flexible de planificación) tendientes a consolidar la base social del régimen.

Sean cuales fueran las variantes, las reformas introducidas por la burocracia estuvieron marcadas, en su conjunto, por las características siguientes:

- a) Falta de cambio substancial en el sistema del partido único;
- b) Falta de puesta en cuestión del estatus de la propiedad de los medios de producción esenciales;
- c) Utilización parcial de mecanismos mercantiles con el fin de ejercer una presión sobre la intensidad y la calidad del trabajo; introducción de estímulos monetarios (primas) en función de la realización del plan; introducción de indicadores mercantiles parciales para verificar la consecución del plan.

En la práctica, esto implicaba cierta descentralización de la gestión corriente de las empresas (a la vez que se mantenían las opciones estratégicas centralizadas) y una modificación del sistema de precios.

Las reformas chocaron con reacciones sociales que iban en dos direcciones opuestas. Los sectores de la burocracia en buena posición de cara al mercado hicieron presión para acentuar la lógica mercantil de las reformas en un sentido capitalista: hacer de la rentabilidad una verdadera categoría económica, permitir, por tanto, las reducciones de personal, pero también la apropiación y la gestión libre del beneficio para que pudiera fructificar. Y, al mismo tiempo, que la participación en los beneficios de los directores se viera estimulada por verdaderos derechos de propiedad transmisibles.

Otra parte de los burócratas, así como los trabajadores, ejercieron presiones en el sentido contrario. A los primeros las reformas les ponían en una situación de inseguridad: criterios de competencia económica más estrictos, cambios en las costumbres, etc. Los segundos se resistieron a tres aspectos principales de las reformas: la tendencia a aumentar las desigualdades (con beneficios que dependían más de los resultados mercantiles); el aumento del coste de la vida (por la reforma de los precios de primera necesidad) –fue un proyecto de reforma de los precios lo que provocó en 1980 la explosión de *Solidarnosc* en Polonia–; y, por último, la resistencia a las amenazas de despido que entraban en la lógica de las reformas.

Las reformas permitieron, a menudo, una flexibilidad de los mecanismos de planificación, aumentos de productividad y de calidad parciales. Significaron, en todos los casos, una pérdida de control creciente del “centro” a favor de las unidades de producción cada vez más autónomas –sin verdadera vuelta atrás a pesar de las recentralizaciones periódicas parciales. Pero no se tradujeron nunca (habida cuenta de las resistencias señaladas) en una verdadera disciplina mercantil. El mercado pudo funcionar eventualmente “para los beneficios”, pero nunca “para las pérdidas”. En la práctica, las diversas reformas aportaron a los distintos regímenes burocráticos más o menos flexibilidad provisional. Pero no resolvieron nunca el problema esencial, que era precisamente el del burocratismo.

Las numerosas crisis y poderosos movimientos anti-burocráticos (1956 en Polonia y Hungría, 1968 en Checoslovaquia y Yugoslavia, *Solidarnosc* en Polonia en 1980) desembocaron, desgraciadamente, en semi-reformas y en la represión, que impidió todo pluralismo político, toda acumulación de fuerzas y de experiencia –salvo parcialmente en Polonia. La democracia socialista no se impuso en ningún sitio para controlar el plan y el mercado, y ofrecer la única fuerza capaz de resistir a la temible “eficacia” del mercado capitalista: la responsabilidad de los trabajadores asociados, hombres y mujeres.

3. El giro de los años ochenta

Todos los ingredientes que precipitarían una importante transformación habían sido analizados (agotamiento de las formas de crecimiento extensivo, crisis política y moral, contradicciones de las reformas, etc.). Sin embargo, la caída tan esperada del sistema de partido único no tomó la dinámica previsible en el sentido de una lucha de los trabajadores por una democracia socialista: ¿subestimación de los deterioros profundos del sistema? Sin duda en parte, pero esto es secundario. ¿Optimismo en una salida progresista? Seguramente, sobre todo teniendo en cuenta que este optimismo había valorizado la fuerza de *Solidarnosc* minimizando todas sus debilidades. Pero sobre todo hubo una conjunción histórica de varias crisis de dimensiones mundiales:

* una crisis a largo plazo estructural de un sistema de planificación burocrática incapaz de pasar a un crecimiento intensivo, que había agotado y malgastado sus recursos y capacidades de reformas. Esta crisis se acompañaba, sobre todo a ojos de las nuevas generaciones, de una crisis moral y política que los mecanismos de corrupción, el conservatismo burocrático y la falta de libertades habían aumentado;

* una crisis de endeudamiento de varios países de Europa central y oriental tras una ola de importaciones y de créditos en el curso de la década de los setenta. Suponía una vulnerabilidad a las presiones del FMI. En síntesis, estos regímenes no podían ni siquiera asegurar el semblante de bienestar y de seguridad que los había legitimado. El “patio trasero de Rusia” beneficiaba provisionalmente del aumento de precios del petróleo, pero el contra-choque petrolero de 1986 sobrevendrá después de una década de estancamiento. El peso de la carrera de armamentos, en la nueva fase de guerra fría marcada por la llegada de Reagan al poder, había supuesto durante varios años la caída drástica de las inversiones en equipamientos.

* mientras que durante varias décadas las diferencias entre países capitalistas desarrollados y países de Europa del Este se habían reducido, estas diferencias iban a aumentar brutalmente: por un lado, el fin de la década de los ochenta coincide en Europa con una recuperación económica estimulada por la recuperación de los beneficios y la euforia del gran mercado europeo; pero la razón más profunda es que, a diferencia de la burocracia, el capitalismo innova en su crisis: la revolución tecnológica es la expresión de una lucha de clases (destrucción de los baluartes obreros) y una ruda competencia mercantil;

* el fracaso de las reformas en el Este (sobre todo las de la Yugoslavia autogestionaria) y el fracaso del estado del bienestar en el Oeste darán a las ideologías liberarles mercantiles una fuerza provisional considerable en el seno de la “intelligentsia”. Ésta jugará un papel motor en la propuesta de lo que aparece como respuestas “radicales” al callejón sin salida de las reformas burocráticas;

En este contexto, sin verdadera legitimidad de clase, la burocracia de los países del Este no podía ni llevar hasta el final la ofensiva anti-obrera, ni prolongar los mecanismos anteriores del crecimiento (no nos detendremos aquí en el caso específico de China). Frente a este callejón sin salida histórico, una parte substancial de sus cúpulas va a plegarse a los deseos de la burguesía mundial presentándose candidata a la restauración capitalista. Al no poder seguir protegiendo sus privilegios y su poder mediante el crecimiento económico y la seguridad de los trabajadores, intentará consolidarlos mediante la privatización.

La degradación económica a lo largo de diez años, la puesta en cuestión de la seguridad de empleo en las políticas de austeridad impuestas, la debilidad de las alternativas socialistas –y también los discursos engañosos de los partidarios de la “economía de mercado” (que supuestamente aportaría eficacia y democracia), la ausencia total de experiencia sobre la realidad del mercado, todo esto facilitará el acceso al poder de nuevos equipos decididos a cambiar el sistema.

El “gorbachovismo” chocará con todas las dificultades ya conocidas de las reformas económicas intentadas en otros lugares, agravadas por el peso de la nomenklatura y de la clase obrera soviética. El inmovilismo de la “perestroika” (reconstrucción económica) chocará con los efectos de la “glasnost” política: explosión del pluralismo político dentro y fuera del partido, desarrollo de los movimientos nacionales y sociales, caída del muro de Berlín y de los partidos hermanos con la desaparición del riesgo de intervención soviética.

La URSS y los países de Europa del Este entraron, con la década de los noventa, en la era llamada de “transición hacia la economía de mercado”. Este vocabulario se utiliza de manera casi universal, incluso en los países que habían conocido desde los años sesenta reformas que recurrían ampliamente a mecanismos mercantiles, como Yugoslavia y Hungría. Lo que muestra hasta qué punto los mecanismos mercantiles que se introdujeron fueron parciales, incapaces de imponer realmente la acción de la ley del valor.

El rechazo a utilizar el término “capitalismo” no es sino una hipocresía suplementaria. Son el Fondo Monetario Internacional, los acreedores occidentales y los ideólogos más radicales del liberalismo mercantil los que imponen el curso dominante de los cambios, apoyados por una parte sustancial de las antiguas y nuevas élites en el poder. Los preceptos de Jeffrey Sachs en Polonia son los mismos que ya han hecho estragos en Bolivia: la privatización y la apertura a la competencia mundial se supone que han de orientar de manera racional las futuras inversiones en el mundo sin fronteras de las multinacionales. El objetivo ya no es el de extender el recurso al mercado en un sistema que sigue siendo no capitalista, sino el de adoptar lo que se presenta como el modelo de una “economía normal”, de hecho “capitalista”, dotada de un mercado del trabajo y del capital y subordinado en su lógica a los criterios de la rentabilidad de mercado. Sería más claro llamar a las cosas por su nombre.

No es necesario recordar que, para las poblaciones de los países afectados, éstos no eran los objetivos de las “revoluciones contra”, cuya meta en positivo permanecía vaga: contra el antiguo régimen llamado socialista, a favor de vivir mejor y más libres; esto era grosso modo lo que funcionaba como sustituto de un programa. Se comprende así que los movimientos y frentes amplios, unificados temporalmente en torno a lo que se rechazaba, estallasen pronto (y no cesen aún de dividirse y de marginalizarse) en cuanto se trata de hablar del “cómo” y de construir otra sociedad. Es evidente que el modelo popular no está hecho de paro, de aumento de las desigualdades y de cuestionamiento de las protecciones sociales. Lo que se desea es un “capitalismo” muy socialista. Pero no es esto exactamente a lo que tiende el

capitalismo mundial realmente existente. Por lo que tampoco será ésta la esencia de las políticas llevadas a cabo. De ahí las flagrantes desilusiones actuales.

III. ALGUNAS CUESTIONES TEÓRICAS

1. “(Re)pensar” el socialismo a partir del balance crítico de las sociedades capitalistas y no capitalistas

Los pensadores socialistas han tratado de precisar el contenido concreto de un proyecto socialista según dos vías diferentes. La primera consiste en definirlo negativamente por oposición al capitalismo, contraponiendo las características de cada uno de los sistemas. Es la vía de los “socialistas utópicos” criticados por Marx, aunque, a veces, los marxistas han caído también en este tipo de defecto.

La segunda vía consiste en deducir ciertos rasgos del socialismo a partir de tendencias concretas de la evolución del propio capitalismo: existe, por ejemplo, cierta visión (discutible) de la “gran maquinaria socialista”, a veces presente en Marx o en sus discípulos, deducida de las tendencias a la mundialización y a la concentración capitalistas. La predicción unilateral de las tendencias a la concentración capitalista en perjuicio de la pequeña producción marcó, a su vez, una perspectiva que daba mucho valor al “gigantismo” de la gran producción “socialista” y subestimaba el papel posible de una pequeña producción no capitalista integrada en la transición al socialismo.

Desde nuestro punto de vista, se trata de “(re)pensar” el socialismo a partir de un balance crítico de las sociedades capitalistas y no capitalistas, que no se limite a contraponer sus características, sino que permita analizar sus efectos sobre dos planos: la desalienación del trabajo y la satisfacción de las necesidades. Hay que buscar todas las aspiraciones emancipatorias frustradas por estas relaciones sociales opresivas; hay que estudiar todas las experiencias de resistencia a la explotación, de responsabilización de los trabajadores y de los ciudadanos –todo lo relativo a la “escuela del socialismo” antes de la toma de poder, necesariamente entorpecido y determinado por el entorno capitalista. Por esta razón, nos interesa hacer un balance crítico de las cooperativas y de las diversas formas de autogestión obrera. Nos interesan también todas las instituciones y mecanismos que (al Este como al Oeste) han “regulado” el mercado, expresando la necesidad de planificación, de conocimiento de las necesidades y de su financiación pública, de creación de empleos, de desarrollo regional, de control de los factores nocivos para la ecología.

Detrás de los debates sobre el GATT y la política agrícola común europea, se perfilaban también cuestiones sociales insolubles en el capitalismo pero muy presentes: el lugar que debía tener una agricultura insertada en su entorno natural y regional, el tipo de “oficio” (de funciones sociales diferentes de las productivas) para los agricultores (ordenación del territorio, etc.). No hay que dejar a la derecha liberal la crítica de los burocratismos, del “mercado político”, de los despilfarros en la gestión del sector público. Debemos, por nuestra parte, poner el acento no en la privatización, sino en el control social, el desarrollo de todas las formas asociativas.

2. La cuestión de la ley del valor: mercado y socialismo

Después del debate soviético de los años veinte, el polaco Oscar Lange defendió, contra los teóricos liberales que negaban la posibilidad misma de un plan, la idea de que la planificación podía realizar los equilibrios del mercado mejor que el propio mercado. No entraremos en los detalles de este debate por ser demasiado técnico.

Diremos simplemente que el argumento esencial de Lange subrayaba como ventaja principal del plan sobre el mercado su capacidad de reunir la información y evitar las crisis de sobreproducción. Aunque con otro lenguaje, este modelo iba en definitiva en el mismo sentido que la tesis de Bujarin estimando que el plan debía aplicar conscientemente la ley del valor. Es fácil comprender que, con esta problemática y ante la constatación empírica del burocratismo de los aparatos de planificación, se llegue a un modelo de “mercado socialista”. Es este modelo el que fue defendido en particular por el economista Branko Horvat, en Yugoslavia, en el marco de un sistema de autogestión. Este debate sigue siendo actual e importante; se ha enriquecido en el marco de modelos que proponen todo tipo de instituciones y mecanismos para regular el mercado⁶⁶.

Una de las confusiones del debate estriba en las palabras utilizadas: como ya hemos señalado, la existencia de moneda, de precios, incluso de cierto mercado (lugar en donde se venden y compran los bienes) no significa que la “ley del valor” oriente la producción y la formación de precios: la apertura de empresas o su cierre puede obedecer perfectamente a criterios de juicios cualitativos (no siempre expresables en “precios”) y a una escala temporal diversa (mientras que el horizonte de la ley del valor es limitado).

La cuestión esencial es, sobre todo, la de hacer los precios transparentes, es decir mostrar las relaciones sociales que están ocultas detrás de ellos. Esto plantea la cuestión de los criterios de evaluación de los costes, de las necesidades, de la eficacia. Detrás del debate sobre la “cláusula social” en las relaciones de comercio mundial, hay, en primer lugar, mucha hipocresía (que no podemos avalar adoptando las propuestas discutidas en los cenáculos oficiales), pero hay también una cuestión de importancia para el movimiento obrero: la mundialización de los intercambios y de la producción hace jugar, a partir de ahora, la ley del valor sobre otra escala. Un mismo producto, según proceda de Corea o de Europa, incorpora condiciones sociales de explotación muy diferentes.

La problemática de Préobrajensky aporta a este debate una perspectiva teórica que sigue siendo muy fecunda⁶⁷; detrás de su formulación de las dos “leyes” en conflicto, se pueden explicitar varias características esenciales de la transición al socialismo:

a) No se puede “razonar en economía cerrada”, ya que el problema fundamental al que se ha visto y se ve confrontada la revolución socialista reside precisamente en esta necesidad de una “relación forzada” con el capitalismo mundial mientras éste exista. Y no es irrealista suponer que los bastiones imperialistas más desarrollados serán los últimos que resistan. Hay pues, necesariamente, dos lógicas sociales de acumulación radicalmente en conflicto.

b) Lo que es “coste” para un capitalista (el tiempo de formación, de debate, la salud y la seguridad del trabajador, un ritmo y unas relaciones humanas de trabajo, etc.) puede ser “necesidad” y fuente de productividad y de eficacia en un sistema de autogestión⁶⁸. Hay actualmente, en la ofensiva capitalista mundial, un choque de

⁶⁶ Véase sobre todo la muy interesante contribución de Diane Elson al debate Nove/Mandel, “Pour la socialisation du marché”, en *Critique Communiste*, nº 106-107, 1991. Véase también Michel Dupont, “Contre le socialisme de marché”, en *Critique Communiste*, nº 136, 1994, así como las “Brèves réponses” que le dirige Tony Andréani en *Critique Communiste*, nº 136, 1994.

⁶⁷ Hay que criticar, sin embargo, sus debilidades: ausencia de un análisis de la burocracia, “cientifismo” de ciertas formulaciones sobre la “ley de acumulación primitiva socialista” a expensas de la agricultura, etc.

⁶⁸ Véase el debate con Henri Legape, en la conclusión del libro *Le marché contre l'autogestion*, p. 292-295). H. Legape recoge, en su obra *Autogestion et capitalisme*, modelizaciones de firmas autogestionarias en un entorno mercantil y “demuestra” la superioridad de la firma capitalista.

sistemas en el que los criterios de eficacia que se imponen son los del capitalismo, que consigue reducir mejor, desde su punto de vista, todos los costes.

c) El punto de vista socialista no puede dejar de ser consciente, fundamentado en juicios explícitos, en primer lugar, sobre los objetivos: qué necesidades fundamentales deben ser satisfechas para todos, qué calidad de las relaciones humanas, qué ecología, qué tecnología, qué organización de la vida, qué dependencias exteriores y qué solidaridades. Y también juicios explícitos sobre los medios. Por esta razón el mercado no puede ser un regulador socialista.

Pero esto no quiere decir que no se pueda o no se deba utilizar la moneda, los precios, el mercado, o más bien cierto mercado. Éste último, como decía Trotsky, puede ser un medio de verificación del plan⁶⁹. Debe estar, en todos los casos, “socializado”, es decir que, por un lado, tiene que estar sometido al control de los trabajadores y usuarios (transparencia de los precios, como ya hemos señalado, y por lo tanto de las condiciones de producción); y por otra parte también, ha de existir un control de calidad. Las poblaciones concernidas también han de poder decidir lo que puede dejarse al mercado (y a la financiación privada) y lo que ha de ser planificado (con fondos públicos asegurados). También corresponde a un regulador democrático el hacer periódicamente un balance de estas opciones.

Si el mercado debe ser socializado, el plan también: en sus procedimientos de evaluación de las necesidades y de los recursos, en los controles de sus resultados y de las condiciones de producción (qué tiempo de trabajo y de ocio, qué modo de distribución...). Felizmente para nosotros, no es necesario ni tampoco útil planificarlo todo.

La iniciativa individual y colectiva debe permitir siempre la innovación y su generalización cuando resulta eficaz: hay que romper los monopolios que impiden la elección y, al mismo tiempo, la competición mercantil cuya lógica consiste en eliminar la competencia. El modo de regulación y de distribución debe permitir que un individuo o un colectivo de producción innovador gane innovando y que, al mismo tiempo, otros colectivos se beneficien también de esta innovación (las mejoras de productividad pueden medirse a escala de una rama o de una región permitiendo mejoras ya sea salariales, de condiciones de trabajo o de existencia).

3. La democracia socialista

La vida política de los países occidentales ilustra cada vez más los límites de la democracia burguesa; con la independencia de los Bancos centrales, el neo-liberalismo pretende oficializar de aquí en adelante el hecho de que buena parte de la gestión de la economía quede al margen del debate político. Inversamente, el simple rechazo de las “libertades formales” de la burguesía se ha transformado, a menudo, en caricatura de democracia. Nuestra corriente ha avanzado ya en la elaboración en lo que atañe a estos aspectos⁷⁰.

Sin embargo, a este nivel, los debates necesarios son más complejos de lo generalmente previsto. Habrá que tomar de nuevo y hacer avanzar la discusión sobre las formas y las condiciones de ejercicio de la democracia directa e indirecta, las libertades individuales y colectivas (representación de las mujeres, de los trabajadores, de las minorías y comunidades nacionales, etc.), el papel de los partidos

⁶⁹ Véase “Conditions et méthodes de l'économie planifiée”, *Critique communiste*, n° 106-107, 1991.

⁷⁰ Véase “Démocratie socialiste et dictature du prolétariat”, resolución adoptada en el XI Congreso de la IV Internacional.

y de las instituciones de defensa de los intereses particulares en la realización de esta democracia.

4. Volver sobre el análisis de las sociedades burocráticas

Los conceptos para analizar estas sociedades –si se rechaza la apelación de “socialista” que la burguesía y los estalinistas han utilizado durante décadas- tienen todos en común la noción de una sociedad en la que los trabajadores siguen estando dominados y explotados. La noción de “Estado obrero burocrático degenerado” o “deformado” ha sido criticada sobre todo porque hace pensar que los obreros están en el poder. Algunos piensan que esta noción comporta en sí misma un “apoyo crítico” a la burocracia. Los otros conceptos (capitalismo de Estado, Estado burocrático o nueva sociedad de clase) marcarían, desde este punto de vista, una relación de conflicto de clase y, por lo tanto, un mayor contraste. Para aquellos que los defienden, tienen la virtud de expresar una posición crítica más radical contra la burocracia. Esto es cierto en las formas.

Sin embargo, en el fondo, la noción de “Estado obrero burocrático degenerado” no es un obstáculo para poder hablar de dictadura de la burocracia y de revolución antiburocrática, ni de explotación; no impide analizar concretamente lo que fueron las reformas de estas sociedades, su historia. Es cierto que no protege de los oportunismos, aunque casa también muy bien con todos los sectarismos. Con el mismo concepto se puede estar a favor o en contra de *Solidarnosc*, a favor o en contra de la intervención soviética en Afganistán, a favor o en contra de Milosevic; permite también llegar a convergencias de análisis concretos con los que comparten otros conceptos (por ejemplo, con los que apoyan a *Solidarnosc*, o con los que luchan en contra del proceso de restauración capitalista).

Paradójicamente, las condiciones para hacer de manera seria el debate sobre las designaciones de la URSS surgen quizá con su crisis y, consecuentemente, con una pérdida relativa de interés por estos debates. Pero hay que hacerlo no sólo para realizar el balance del pasado, sino también para aclarar el presente. Aunque las delimitaciones esenciales no se hacen ya en relación con este debate, sino en función de la actitud frente a la restauración capitalista que se lleva a cabo en estas sociedades y, en este sentido, la cuestión principal es si se trata de un progreso o si hay que resistirse a ello.

Las dificultades de la restauración capitalista –y el cambio total de la opinión popular en un espacio de tres años en Alemania del Este, en Polonia, en Hungría o en Rusia- permiten tomar conciencia, con mayor rigor, de lo que se perdía con este proceso. La noción de “conquistas” sigue siendo portadora de falsos debates. En el lenguaje popular, en el Este, designa lo que al menos se percibía como derechos fundamentales (pervertidos, nunca plenamente realizados por el sistema): derecho al trabajo, al transporte, a la salud, a la cultura para todos. La gran mayoría de los trabajadores de los países del Este es hostil a la privatización de todos estos sectores, así como a la privatización de las grandes empresas. Pero ¿ofrece esto una relación de fuerzas, medios financieros y el poder necesario para oponer una alternativa socialista?

Si los trabajadores no tuvieran el poder, la burocracia reinaría en su nombre, sobre sus espaldas, más específicamente, haciendo difícil la independencia de clase. Un movimiento obrero independiente se forjará con la extensión real de los mecanismos mercantiles y de la propiedad privada capitalista, con la emergencia, en suma, de una clase burguesa real.

Por su parte, los que estiman (sin razón desde nuestra perspectiva) que el estalinismo y su crisis son el precio a pagar por la “utopía bolchevique” deben hacer balance de las experiencias reformistas del Oeste. Pero, de todas formas, también se encuentran confrontados al Este, a la realidad de la ofensiva restauracionista. ¿Qué opinan? ¿Qué proponen como alternativa?

Frente al desorden mundial, la defensa de una alternativa socialista es más necesaria que nunca. Exige un lenguaje, un programa y una movilización de fuerzas sociales contra todo lo que es “inhumano”, es decir inaceptable desde un punto de vista humano: el paro, la marginación, la imposibilidad de acceder a los derechos fundamentales para la existencia material, la democracia, la dignidad –derecho a la vivienda, a la salud, a la educación, al trabajo, al ocio, a la paz. El proceso de restauración capitalista en el Este, la “globalización” capitalista, significa también una nueva escala, un espacio universal para pensar cuáles son las necesidades fundamentales que deben figurar en una verdadera Carta de los “derechos humanos” y cuáles son los medios que hay desplegar para responder a ellas.

Pequeña guía de lectura

Una de las dificultades más importantes, cuando se quiere abordar la teoría marxista, estriba en la dificultad cada vez mayor para conseguir las obras básicas. Por lo tanto, además de las referencias señaladas en cada capítulo, propondremos aquí, como lectura complementaria, y de manera necesariamente arbitraria, algunas obras bastante recientes.

Merece la pena leer *El capital* y puede hacerse de diferentes maneras. Por ejemplo, centrándose en el rigor de la construcción, o al contrario, confrontando el texto de Marx con la realidad del capitalismo contemporáneo. El Libro I es relativamente accesible, por ejemplo en la colección Champs de Flammarion, o en una nueva traducción (en la que la plusvalía se convierte en *sobrevalor*), recientemente publicada en PUF, en la colección "Quadrige". Los otros dos libros, en Editions Sociales, son más difíciles de encontrar. También está la edición de La Pléiade.

El *Tratado de economía marxista* de Ernest Mandel ha sido reeditado por Christian Bourgois (1986), en un sólo volumen. Aunque escrito en 1962, se trata de una suma que ofrece una presentación original, rica y tónica de la teoría marxista.

Desde hace poco existen dos introducciones útiles. En primer lugar la *Introduction à l'économie de Marx* de Pierre Salama y Tran Hai Hac, en la editorial La Découverte, colección "Repères": librito denso y brillante, publicado en 1993. El libro de Jacques Gouverneur, *Les fondements de l'économie capitaliste*, en la editorial l'Harmattan (1994) propone una introducción muy rigurosa, destacando su esfuerzo pedagógico.

Una de las mejores síntesis de la dinámica del capitalismo económico, de inspiración "marxista-regulacionista", es *Rythmes économiques, crises et changement social, une perspective historique*, publicado por Pierre Dockès y Bernard Rosier en 1983 (editorial La Découverte /Maspero). Es un libro largo pero claro y de acceso relativamente fácil. También puede leerse *Le théories des crises économiques* de Bernard Rosier, editado por La Découverte en la colección "Repères" en 1987.